

¡NO, POR DIOS!

(ATEÍSMO PARA PRINCIPIANTES)

MAURICIO-JOSÉ SCHWARZ



Índice de contenido:

Prólogo

Notas

Parte uno: Dios

La experiencia personal
El fantasma omnipresente
Pero ¿qué es dios?
Los dioses imposibles
Religiones que nacen
¿Y si no me lo creo?

Parte dos: Religión

Fuera de la realidad
El creyente selectivo
El miedo al pensamiento
¿Puede un ateo cantar *gospel*?
Las religiones que no lo parecen

Parte tres: Moral

Con dios todo vale
Los pecados originales
¿Valores cristianos?
El sentido de la vida
El dolor es malo
Libertad religiosa

Parte cuatro: Sexo, vida y muerte

La mujer como problema
La prostitución
El inevitable aborto
Homosexualidad y matrimonio
Muerte digna y vida indigna

Parte cinco: No creer

Agnosticismo
La convivencia imposible
Ateos a la fuga
Conclusión provisional
Nota al margen: El ateísmo militante

Agradecimientos

¡No, por dios!

(Ateísmo para principiantes)

Mauricio-José Schwarz

Diseño de portada: Adrián Alonso

Fotografía de portada: Mauricio-José Schwarz

Corrección: Jean Sroka

In memoriam

Filippo Giordano Bruno (1548-1600)

Por la libertad de pensar

El amor, la solidaridad, la nobleza y la cooperación son producto de un universo en evolución, no la gracia de un ser superior con modales de niño malcriado.

Prólogo

Ser ateo es bueno.

De hecho, es tan bueno, es tan totalmente normal que la mayoría de la gente, incluso los que se dicen creyentes en una u otra religión, actúa día a día como si dios no existiera, sin preocuparse ni por los enormes premios que dicen los libros sagrados que nos depara ni por su presunta voluntad, ni siquiera por los castigos que se nos repite insistentemente que nos tiene destinados.

Al menos en las culturas resultado de la Ilustración, dios es una opción ocasional, un tema secundario, un factor que no está presente en lo cotidiano. Cuando los creyentes se esfuerzan día a día por trabajar, obtener satisfactores, conseguir pareja, quedar bien con sus amigos, superar distintos tipos de pruebas o exámenes, conservar o recuperar la salud y hacer otras cosas trascendentes para sus vidas, dios aparece apenas como un extra en la película de su cotidianidad. El futbolista que se persigna y mira al cielo antes del silbatazo inicial del partido no piensa en dios mientras juega, salvo ocasionalmente, como cuando un compañero falla un gol. El cura que viola a un niño no está pensando en dios, el empresario que equilibra cuidadosamente su inversión y conduce su empresa no depende de la intervención de dios; cuando cruzamos una calle, no nos ponemos en manos de un ser todopoderoso, benevolente y preocupado por cada cosa que hacemos, sino que cautamente miramos a un lado y otro del camino para asegurarnos de que no venga un vehículo que nos pueda atropellar.

Sabemos que dios no detiene vehículos desbocados. Lo sabemos al ritmo de miles de muertes al año de personas atropelladas por autos. Esperamos que dios haga ganar a nuestro equipo o que le salve la vida a una persona con una enfermedad terminal, pero no esperamos que detenga una o dos toneladas de metal y plástico, cuando para ello apenas tendría que oprimir suavemente el freno.

Si una fábrica únicamente usara como prevención para accidentes una oración a alguna deidad primaria o subsidiaria —como los santos en el mundo católico—, se la consideraría remisa en la más elemental obligación de promover la seguridad de sus trabajadores. Ciertamente, en muchas fábricas puede haber una imagen de algún ente sobrenatural protector, pero suele estar acompañada de reglas de seguridad, recomendaciones concretas, cursos de formación en prevención y combate de incendios, reglas de mantenimiento del espacio de trabajo, guardas y escudos en las partes móviles de la maquinaria, equipo de protección personal —desde tapones para los oídos hasta monos ignífugos para el trabajo en espacios de gran calor—, reglas de tráfico para personas y vehículos dentro de la empresa, y una larga lista más de acciones concretas destinadas a salvaguardar la vida y la integridad física de los trabajadores y visitantes... algo que, sin embargo, sería elemental para cualquier dios. Bastaría que decidiera «aquí no habrá accidentes» para que el asunto estuviera totalmente resuelto.

Pero no. Hay accidentes en todas partes. Igual en el Vaticano que en los templos sintoístas, en las mezquitas y en las sinagogas, en casa del creyente y en casa del hereje y descreído.

Y todos, el creyente y el hereje descreído, actúan como si no hubiera dios, salvo en los momentos destinados al culto, algunos segundos al día para seguir algún ritual, y en situaciones enormemente emocionales: el deporte, las elecciones, peligro de muerte.

Y está bien actuar así.

Y está bien que los ateos actúen así todo el tiempo, sin encomendarse a una deidad ni en pequeños rituales diarios —como persignarse antes de salir a la calle— ni en situaciones enormemente emocionales y graves para sus vidas o para las de otros.

Porque los ateos tampoco piensan en dios salvo ocasionalmente, casi siempre cuando se encuentran con alguna consecuencia desagradable o maligna de la creencia en dioses o la observancia de alguna religión.

Aquí no recorreremos la historia señalando cómo las religiones han incrementado brutalmente la infelicidad humana, repartiendo dolor y muerte. Aunque sí tocaremos algunos momentos de la historia, el análisis a fondo lo han hecho muchos autores antes y seguramente de mejor forma.

Tampoco pretendo reiterar, renovar o enumerar los argumentos filosóficos que sustentan la conclusión de la existencia de las deidades, o al menos de la enorme mayoría de las deidades propuestas por ser humano, pero se tocará el tema, inevitablemente. En general, esos argumentos se agotaron hace ya muchos siglos y, al final, la creencia no es asunto de convencimiento, de cuidadoso razonamiento, de argumentos y silogismos bien contruidos, sino de fe y emocionalidad.

Y, por lo mismo, este libro no tiene por objetivo convencer a nadie de la inexistencia de las deidades, de la maldad de la religión, de los peligros de la superstición o de la brutal mutilación humana, moral e intelectual, que implica entregarse a una creencia irracional, a una superstición preternatural en favor de la cual no existe ni una sola evidencia. Repito: en favor de la cual *no existe ni una sola evidencia*.

El objetivo fundamental de este libro es argumentar por qué *ser ateo está bien*. Por qué es una

posición moral mucho más sólida que la que ofrecen las religiones. Por qué es una posición honesta y razonable, noble, defendible y, sobre todo, que quien la asume no está solo. Por qué la creencia en dioses y las religiones que ordenan tales creencias son profundamente perjudiciales y sus posiciones más escandalosas deben ser combatidas en bien de todos, incluso —y sobre todo— de sus creyentes. Que los ateos son una fracción creciente de la población en las culturas de la Ilustración y que esta digna posición ante el mundo debe hacerse oír. Y no sólo en las culturas de la Ilustración, sino en los espacios medievales y crueles donde no vivir pensando en dios minuto a minuto —hazaña que de todas formas parece imposible— puede costarles la vida a muchos inocentes.

Aunque, en nuestras propias sociedades, el precio que se paga por la creencia en dioses sigue siendo alto.

Este libro nació probablemente en la catedral de Notre Dame, un día de otoño, cuando registré en mis notas de viaje lo siguiente:

Es domingo a mediodía. En la catedral de Notre Dame, París, se está celebrando una misa. Los turistas recorremos la nave rodeando a los fieles. Ocasionalmente suena el majestuoso órgano del templo y todos los presentes percibimos la enorme belleza de las composiciones, como apreciamos la maravilla arquitectónica que representa la edificación medieval, los vitrales, las tallas, el trabajo de cantería.

En una de las capillas de la girola, detrás del altar, frente a algún muerto añejo o un santo descascarado por el tiempo, en una silla junto a sus padres, una niña de siete u ocho años reza fervorosamente, con las manos unidas, los ojos apretadamente cerrados, buscando conectar con una fuerza sobrenatural, confiando en que puede hacerlo si se esfuerza.

Pienso que a alguno le parecerá enternecedor que una niña pequeña exhiba tanta dedicación religiosa. A mí me resulta escalofriante. Tanta dulzura invertida en una mentira cruel, contada minuciosamente por su entorno, sus padres... Tanta libertad cortada sin florecer, tanta luz ensombrecida en una niña sin culpa de que quienes a su alrededor crean que llegó al mundo sucia de un pecado horrible, un pecado original que la vuelve culpable por haber nacido.

Su rezo es el recordatorio de lo horrible que hay en la belleza de lo religioso. Pero no lo cancela. La música religiosa, la pintura, la arquitectura no pierden su valor emocional debido a la fuente de su inspiración o a sus circunstancias. Puedo recordar que entre estas mismas paredes, por ejemplo, en la catedral aún inconclusa, Heraclio de Cesárea convocó la Tercera Cruzada. Pero también que aquí, el 10 de noviembre de 1793, se celebró el curioso Festival de la Razón, una especie de culto a la razón con el que la Revolución francesa pretendió sustituir el cristianismo. El altar cristiano se había desmantelado y sustituido por un altar a la libertad, mientras algunas revolucionarias hacían el papel de la diosa de la razón y la libertad. Un curioso intento de mantener los rituales de la religión sin su contenido, una caricatura involuntaria, según se relata.

La belleza del arte religioso, sin embargo, no parece decirnos mucho sobre las deidades. Casi cualquier persona estará de acuerdo con que Zeus no existe y, sin embargo, ello no implica que se dé menos valor a los templos creados para homenajear al rey de los dioses griegos. El Partenón tenía como homenajeadas a la diosa Atenea, y su patente inexistencia no hace menos impresionante la edificación. Como no es menos imponente el Templo Mayor de la Ciudad de

México dedicado a Huitzilopochtli y Tláloc por el hecho de que esas dos deidades sean imaginarias.

Todo cuanto sabemos indica que no existen los dioses, que son fruto de la imaginación humana. El ser humano tiene una enorme capacidad para desarrollar creaciones asombrosas que no son sino fantasías, de mundos imaginarios, de creencias diversas: religiosas, filosóficas, políticas y sociales.

El hombre imagina cosas: amores y batallas, reinos y dioses, formas y mezclas de colores, viajes asombrosos y melodías sin precedentes. Imagina dioses, muchos y muy distintos. La niña que rezaba en Notre Dame aquel frío día de otoño debería tener derecho a saber eso y mucho más acerca de los dioses y las religiones. A ella, como a la mayoría de nosotros, la iniciaron desde muy pequeña en un mundo de creencias no demostradas, de supersticiones, de falsas ilusiones y de miedos estremecedores. Le han dicho ya que nació pecadora y que su vida es un camino de peligros donde un mal paso puede hacer que se condene al sufrimiento eterno.

Quizá no es lo mejor que se le puede decir a un niño, lo mejor que se le puede enseñar. Quizá sería preferible creer en su libertad y rechazar la idea de su culpabilidad originaria sólo por haber nacido como parte de la especie humana.

La niña le confía sus deseos a un dios que nadie ha visto. Yo, observador inesperadamente involucrado en su íntimo ritual, me descubro deseando que no se les cuenten mentiras sangrientas a niños como ella, que no se les haga caer de rodillas ante las tinieblas. Que puedan disfrutar las maravillas del espíritu humano sin asumir como realidad las fantasías que las inspiraron y sin el miedo, el horror y la impotencia que implica creer en los dioses que ha forjado el ser humano.

Algo como lo que aquí se cuenta, aunque no sea, ni pueda ser, exhaustivo.

Notas

1. A lo largo de estas páginas utilizaremos en general la palabra *dios* en minúsculas. El debate que suele darse sobre todo con los cristianos surge del hecho de que, por un lado, utilizan las mayúsculas reverenciales por su certeza de que su dios es el verdadero y, por otro, que se suele afirmar —sin demostrarlo demasiado sólidamente—, que «Dios», con mayúsculas, es el nombre de su dios y, por tanto, debemos escribirlo con mayúsculas, por más desprovistos que estemos de reverencia, como se escribe con mayúsculas el nombre de personajes fantásticos como Sherlock Holmes, Moby Dick o Scooby-Doo. Pero como aquí trataremos de muchos de los dioses creados por las culturas humanas, evitaremos el uso de las mayúsculas. Cuando se haga referencia al dios cristiano, islámico o judío, que suele escribirse «Dios», se deberá entender que hablamos de «un dios» cuyo nombre es Yahvé, Alá, Elohim y demás.

2. Lo mismo ocurre con la palabra *iglesia*, que en algunos países católicos se acostumbra escribir igualmente con mayúsculas reverenciales e incluso es común referirse respetuosamente a ella como ICAR (iglesia católica apostólica y romana). Sin ánimo de ofensa, sino de claridad, y dado que hablaremos de muchas iglesias, no escribimos ninguna con mayúsculas.

3. Las fechas se manejen como antes de la era común y era común (a. e. c. y e. c.) en lugar de «antes o después de Jesucristo», no por un afán de eludir el origen cristiano del calendario occidental, ni siquiera porque la existencia histórica del Jesucristo de los evangelios está en duda —siendo más posible que sea un personaje formado a partir de características de varios otros predicadores judíos, amalgamados alrededor de uno de ellos después de su muerte—, pero, sobre todo, porque aun si existió es bien sabido que la cronología histórica nos muestra que los cálculos calendáricos de la iglesia católica, que determinan nuestro calendario actual, están equivocados en al menos siete años. Cuando el papa Juan I encomendó a Dionisio el Exiguo el cálculo de la Semana Santa y la Cuaresma, éste decidió —sin que sepamos cómo— que en ese momento habían pasado

525 años desde el nacimiento de Jesucristo. Pero, por poner sólo un ejemplo de las discrepancias, el rey de Israel, Herodes el Grande, murió en lo que, según nuestro calendario, sería el año 4 antes de Cristo, lo que establece que el hipotético Cristo debía haber nacido dos o tres años antes para poder ser perseguido por el monarca. Al asumir el cálculo erróneo de Dionisio, queda claro que marcó lo que se ha convertido en una era común incluso entre pueblos que no creen en la existencia o divinidad de Jesucristo.

4. Como es imposible ser exhaustivo analizando todas las religiones, dioses y esquemas de adoración y ritualización que han existido largo de la historia humana, este libro se centra en los tres grandes monoteísmos, las tres religiones derivadas de la Biblia hebrea y, especialmente, en el cristianismo y su variante católica, que son las que mejor conozco por haberlas vivido directamente en mi educación, mi formación y mi familia desde el nacimiento hasta aproximadamente los dieciséis años de edad, cuando dejé la religión, después de lo cual, además, he seguido habitando en países mayoritariamente católicos y viviendo sus conflictos en la intervención de la iglesia en la

vida civil y en su combate a los ateos. Esto no significa que ocasionalmente no repase otras tradiciones religiosas, independientemente del número de creyentes que tengan, para aclarar o ejemplificar algún argumento o reflexión.

5. Este pequeño volumen compendia gran parte de lo que he aprendido, reflexionado, leído y experimentado con respecto a la religión a lo largo de muchos años. Algunos conceptos, fragmentos y anécdotas que forman el libro han aparecido en formas más o menos distintas en artículos que publiqué en diarios y revistas mexicanos entre 1976 y 1999, en los blogs [El retorno de los charlatanes](#), [Los expedientes Occam](#); y [No que importe](#), en las respuestas que doy a diversos temas en [mi cuenta de Ask](#), así como en la serie de videos que he publicado desde 2009 en YouTube con el título genérico [El rey va desnudo](#) y en diversas conferencias e intervenciones en radio y en vivo.

Parte uno: Dios

La experiencia personal

Empiezo relatando mi experiencia personal porque creo, aunque pueda parecer contradictorio, que asumir el ateísmo no es solamente un asunto de razón, sino una decisión personal a múltiples niveles.

Los argumentos, los hechos históricos, los datos, la lógica y las contradicciones de las religiones, las evidencias que ponen en duda de modo contundente la existencia de las deidades, los acontecimientos históricos que narran las atrocidades y la enorme maldad que son resultado de las religiones están allí para que todo mundo las pueda ver, analizar, comprender. Todo este cuerpo de información e ideas ha estado, a lo largo de la historia, al alcance de hombres y mujeres de las distintas religiones. Hombres y mujeres que no son en modo alguno tontos, ignorantes o malévolos, y que, sobre todo desde el siglo xx, tienen una enorme facilidad para acceder al conocimiento y que, sin embargo, han encontrado la forma de cerrar los ojos y rechazarlo. Han tomado la decisión personal, profunda, indeclinable de no permitir que la realidad interfiera en sus creencias, en la satisfacción que les produce estar, ni más ni menos, del lado de dios, cuando no directamente peleando sus batallas y aniquilando a los herejes, apóstatas, infieles y descreídos.

Asumir el ateísmo requiere, por supuesto, de la razón y se beneficia enormemente del acceso a la información. Pero requiere algo más. Requiere la decisión de ejercitar esa razón hasta sus últimas consecuencias, una cierta capacidad rebelde de cuestionamiento de la autoridad y de las verdades que dan como hecho incuestionable casi todos quienes nos rodean, cierta audacia, o quizás irresponsabilidad, para explorar aspectos que la mayoría de la gente considera que no deben ser explorados, y hacer preguntas que, pensando en el bien de todos, no se considera correcto hacer.

Algo de herejía, un mucho de escepticismo y una profunda inconformidad con las afirmaciones tal como nos las presentan los promotores de la religión son indispensables para enfrentarse a un mundo mayoritariamente religioso y decir «no, yo no creo» y dar las razones de ello.

Cuando informé a la gente a mi alrededor, a mi familia, que no creía en dios, tenía yo 16 años y vivía en un entorno de clase media con pretensiones de un país del Tercer Mundo, rodeado principalmente de católicos en el entorno familiar y sus amistades. Sin embargo, debido a que había estudiado en escuelas privadas que mi madre luchó denodadamente por darme pese a estar por encima de nuestras posibilidades, tenía yo amistad no sólo con muchos chicos católicos, sino también con algún protestante —que en general intentaba ocultar sus creencias—, algunos cristianos coptos de la colonia libanesa y varios judíos. Todos mis amigos y conocidos eran de una clase socioeconómica superior, incluso muy superior a la mía. Pero, por lo menos hasta donde sé, y por lo que sabía en ese momento, no había a mi alrededor ningún ateo. La idea misma de *no tener* una fe religiosa, de no pensar el mundo en función de una deidad, de no regular las propias acciones, los propios pensamientos, los propios deseos y las relaciones con los seres humanos a nuestro alrededor con base en un esquema religioso era, simple y sencillamente, algo inexistente, absolutamente inimaginable en ese México urbano de 1971.

Con los años me di cuenta de que, por supuesto, a mi alrededor había ateos. Simplemente se guardaban mucho de decirlo, más incluso que los protestantes. Lo eran varios de mis profesores, muchos de ellos parte del exilio español, ya fuera porque directamente habían huido de la dictadura franquista o porque sus padres lo habían hecho; algún maestro de civismo con un claro compromiso de izquierda y un entusiasmo por el laicismo oficial mexicano que le costaba trabajo ocultar, algún otro amigo de la familia... Hoy me parecen ateos vergonzantes que nunca salieron del armario, simplemente porque hubiera sido letal para sus relaciones sociales o sus empleos.

Yo mismo no podría haber dicho «soy ateo», salvo en el reducido y privilegiado espacio urbano en el que habitaba y crecía. México era y es un país profundamente católico, donde la influencia omnímoda de la iglesia y de sus representantes ha alcanzado las más aterradoras expresiones.

Así ocurrió, como ejemplo escalofriante, en el poblado de San Miguel Canoa, en el estado de Puebla, al sur de la Ciudad de México, en 1968. Los habitantes del pueblo, unos pocos miles, fueron azuzados por el sacerdote de la localidad, Enrique Meza Pérez, para atacar y linchar a un grupo de trabajadores de la universidad de Puebla. Estos trabajadores, que hacían una excursión de fin de semana hacia un volcán cercano, se habían visto sorprendidos por la noche y habían pedido refugio a algunos pobladores con los que habían hecho amistad.

Por esos días, como elemento muy probablemente relevante para los acontecimientos, se desarrollaba un movimiento estudiantil y social en todo México que estaba siendo atacado violentamente por el Gobierno, presentándolo como un fenómeno de izquierda radical altamente peligroso para la cultura, las tradiciones y el bienestar de todos, de modo que el país entero estaba en tensión mientras se desarrollaban los acontecimientos.

Utilizando los altavoces de la iglesia —costumbre frecuente en los pequeños poblados mexicanos para llamar a la misa, incluso para poner música y hacer anuncios cívicos y religiosos—, Meza Pérez arengó al pueblo, advirtiendo de que los visitantes del exterior eran peligrosos activistas comunistas

de la universidad, algo ya de por sí terrible cuando se consideraba que tener libros era subversivo, y que corrían peligro los niños, que serían asesinados, las mujeres, que serían violadas, y el propio sacerdote, que sería quemado junto con la iglesia. La gente, atemorizada y alcoholizada de fin de semana, atacó a los excursionistas y a la familia que les había dado posada. Murieron tres trabajadores y un poblador que trató de defenderlos, mientras que otros tres sufrieron diversas heridas y mutilaciones. Era el 14 de septiembre. Tan sólo dos semanas después, el 2 de octubre, el Gobierno federal disolvería el movimiento lanzando el Ejército contra una concentración pacífica y dejando una profunda cicatriz en el país.

No era peligroso solamente desafiar a la iglesia... era peligroso que un sacerdote simplemente creyera que uno, por sus afiliaciones, por venir de fuera, por tener el cabello largo, por ser extraño, por ser de una universidad, era un peligro para su poder.

Decir «soy ateo» requería un cierto grado de valor. O, en el caso de los que no nos distinguimos por nuestro arrojo, de irresponsabilidad.

Sin embargo, yo lo había sido desde que recuerdo. De niño vivía frente a una iglesia llamada Del Buen Consejo y, dada la fervorosa creencia católica de mi madre y de toda la familia, resultaba bastante normal que yo quisiera ser parte de esa comunidad, de esa creencia compartida, de ese vínculo social y familiar que parecía tan acogedor. A veces, a los nueve o diez años, cruzaba la calle y entraba en la iglesia, por cierto, de diseño moderno, y veía cómo la gente hablaba con los santos de yeso y madera, se ponían de rodillas ante uno u otro a los lados de la iglesia, o ante una virgen o directamente frente al altar, presidido por un enorme crucifijo, o simplemente se sentaban en los bancos y parecía que todo les resultaba enormemente satisfactorio. Algunos se mecían, cerraban los ojos, murmuraban plegarias con un ritmo cadencioso, se arrobaban y miraban a las imágenes sagradas. Se acercaban al confesionario y se alejaban de él con una expresión que decía que estaban cerca del paraíso.

Creer parecía algo digno, era bueno creer, daba gusto y satisfacción..., pero yo cerraba los ojos y le hablaba a dios y me sentía infantilmente imbécil porque todo el asunto parecía ridículo. Quería creer, pero no podía. ¿Cómo, si era que las figuras representadas en estatuas y crucifijos eran tan poderosas, resultaba que a mi alrededor el mundo era tan tremendamente mejorable, empezando por la situación económica siempre inestable de la familia, la cual no impedía que viera que más allá de nosotros había formas de pobreza y miseria verdaderamente indignantes?

A los doce años hice la primera comunión con muy poca convicción, aunque parecía causarle una enorme ilusión a mi madre. Cuatro años después, acudí al sacerdote que me había dado esa comunión para plantearle un problema. Yo no sabía que se trataba de un viejo dilema filosófico, que se remontaba al menos hasta los antiguos griegos, al muy respetable Epicuro, y menos sabía que este asunto tenía el rimbombante nombre de «problema evidencial del mal».

El contexto de la época eran dos guerras que a todas luces parecían injustas: la de Vietnam, que seguiría todavía hasta 1975, y la de Biafra, recién finalizada y que había llamado la atención del mundo por haber causado la muerte de cientos de miles de niños de desnutrición e inanición, poblando los medios de comunicación con imágenes terribles. Añádase a ello que vivíamos agudamente conscientes de la guerra fría y de que en cualquier momento podía desatarse un holocausto nuclear que acabara con la

vida humana en la Tierra. No era una especulación, era una posibilidad real garantizada por las políticas respectivas de los Estados Unidos y la Unión Soviética.

Mi pregunta al sacerdote era sencilla: si dios era omnisciente —lo sabe todo—, omnipotente —lo puede todo— y omnibenevolente —es totalmente bueno—, ¿cómo era posible que permitiera que los niños sufrieran en esos conflictos? Los niños no eran pecadores, no merecían castigo alguno, no eran responsables de su situación. La única solución que se me sugería era que dios no tuviera alguna de esas características, es decir, que o bien no sabía lo que pasaba, o no podía hacer nada o era realmente un personaje malévolos. Ninguna de las opciones parecía muy satisfactoria, pero alguna tenía que ser la explicación de lo que nos mostraba la realidad.

Poco ducho en asuntos teológicos, el sacerdote de barrio respondió con la fórmula de que «los designios de dios son inescrutables», lo que significa que como simples humanos no podemos entender lo que hace dios, pero que el aparente mal que veíamos traía seguramente aparejado un bien mayor. La respuesta me resultaba insuficiente: si un dios tiene las tres características mencionadas, seguramente podía concebir y poner en práctica una forma de lograr ese bien mayor sin pasar por lo que obviamente era el mal: el sufrimiento y la muerte de niños.

La entrevista acabó con el sacerdote enfurecido y confirmando mi convicción de que ya no podía volver a presentarme nunca más en una iglesia fingiéndome creyente.

Mi familia no se lo tomó nada bien. Su primera reacción, decidida colectivamente, fue llevarme ante el confesor de la familia —una figura que hasta ese momento yo no sabía que existía, no era consciente ni estaba informado de que toda mi familia fuera supervisada y confesada por un solo sacerdote con el poder que ello conlleva— para que me hiciera entrar en razón. El coloquio no pudo llevarse a cabo debido a que el sacerdote, del que sólo recuerdo que se llamaba el padre Lipe —supongo que por Felipe—, ya no era parte del convento disimulado donde solía prestar sus servicios espirituales. Había decidido, en el remolino de rebeldías de las décadas de 1960 y 1970 que también afectó a la iglesia católica —especialmente a resultados del Concilio Vaticano II—, colgar los hábitos y

pasar a la vida civil para casarse. Debo reconocer que me reí de buena gana pese a la angustia que todo el asunto le produjo a mi madre.

Digo que el padre Lipe estaba en un convento disimulado porque, en aquel entonces, en México regían las Leyes de Reforma, promulgadas por los liberales del siglo xix y consagradas en la Constitución de 1857 cuyas disposiciones provocaron que los conservadores, con el apoyo de la iglesia, emprendieran una guerra de tres años que acabaron perdiendo. La Constitución, entre otras cosas, prohibía la existencia de órdenes religiosas, bajo el argumento de que algunos derechos humanos son irrenunciables, y entre ellos está el de la libertad, que no puede entregarse al servicio de otros. Ciertamente, en México no dejó de haber conventos, monasterios y otras órdenes religiosas. Simplemente pasaron a la clandestinidad, apoyados por las grandes fortunas históricas mexicanas, que sirvieron de prestanombres a la iglesia hasta el año de 1992, cuando el presidente Carlos Salinas de Gortari, con el inexplicable apoyo del único partido izquierda que existía por entonces en México, el Partido de la Revolución Democrática, cambió la ley, devolvió sus bienes a la iglesia y estableció relaciones diplomáticas con el Vaticano, lo que marcó el inicio de la nueva influencia teocrática sobre la política mexicana. Sería uno de los primeros triunfos de la política internacional de Juan Pablo II.

Adicionalmente, según las Leyes de Reforma y la legislación que fue su continuadora en la Constitución mexicana de 1917 hasta su reforma en 1992, los ministros religiosos no tenían derecho a voto. He tenido oportunidad de ver cómo esta disposición horrorizaba a la gente en España, acostumbrada a ver los alzacuellos de los curas y las cofias de las monjas en las filas de los colegios electorales —o casillas—. Sin embargo, siempre me ha parecido que la disposición de las viejas leyes mexicanas era razonable. La lógica de los liberales jacobinos del siglo xix que las promulgaron era que una persona que compromete y jura obediencia absoluta al emperador de un Estado extranjero, como lo es el papa del Vaticano, renuncia automáticamente a su derecho de participar en las decisiones de Gobierno de cualquier otro Estado en el que resida, del mismo modo en que renuncia cualquier agente nacional de un Gobierno extranjero. Estas disposiciones legales, además, les impedían opinar públicamente sobre asuntos políticos, con objeto de que los sacerdotes y monjas no influyeran indebidamente con su opinión, sus homilías, sus diatribas y su conveniencia en los procesos políticos civiles del país. Cabe señalar que ese objetivo no se cumplió a cabalidad nunca.

Ése es, a grandes rasgos, el país en el que pude decirme ateo más o menos abiertamente, aunque sin haber sabido nunca qué precio pagué, en su caso, si perdí oportunidades de empleo, amistades, novias o alguna otra cosa por el rechazo a mi condición religiosa... o arreligiosa. Era un México a caballo, por entonces, entre el laicismo y la más fervorosa religión, y que desde esos años ha dado grandes pasos hacia atrás en cuanto a legislación. Un país donde aún hay gente que cada 12 de diciembre insiste en celebrar el aniversario de la presunta aparición de la Virgen de Guadalupe, recorriendo de rodillas los casi cuatro kilómetros de la calzada de Guadalupe que llevan a la basílica consagrada a esta advocación de la Virgen María, que es para todo efecto práctico uno de los símbolos de la nacionalidad. Los rastros de sangre de las rodillas que apuntan hacia el templo son un recordatorio de lo fácil que la religión humilla al ser humano.

Para la gran mayoría de quienes dudan o simplemente no creen, resulta mucho más difícil ser leales a sus convicciones y decir lo que piensan, porque prácticamente en todo el mundo, casi sin excepción, en todas las culturas y todos los grupos humanos, la figura de uno u otro dios está, ésa sí, en todas partes, en el lenguaje, en las costumbres, en lo cotidiano de todos.

El fantasma omnipresente

Soy ateo.

Esta es una frase que durante la mayor parte de la historia humana, en la práctica totalidad de las sociedades humanas, no se podía decir. Quienes la dijeron se vieron con frecuencia acusados de herejía, perseguidos, encarcelados, torturados y asesinados. Poner en duda las creencias dominantes de una sociedad sólo se empieza a considerar algo legítimo a partir de la Ilustración, ese estallido de pensamiento libre, de derechos, soberanía y cuestionamiento que se desarrolló a partir de fines del siglo xvii como consecuencia o compañera inevitable de la revolución científica, y con la que se desarrolló en paralelo.

Sin embargo, la libertad de la que yo —y otros en las culturas de la Ilustración— gozo para poder decir que soy ateo con relativamente pocos motivos de temor no es patrimonio de la gran mayoría de los seres humanos, ni siquiera hoy, en el siglo xxi. En muchísimas sociedades y bajo el poder de diversas religiones, lo mejor que puede hacer el ateo es ocultar sus dudas, sus conclusiones respecto de la deidad y su posición filosófica. De no ocultarlo bien, corre el peligro de ser repudiado por su familia, de perder el empleo, de que se le cancelen oportunidades de participar en la vida social y política de su país, de ser arrestado, azotado, lapidado, ahorcado o, a falta de un procedimiento legal regido por alguna instancia judicial teocrática, asesinado en la oscuridad.

La mayoría de los ateos deben callar y temer. Cualquier compromiso razonablemente serio con la verdad, con la inteligencia, con la decencia humana exige que busquemos formas para que más y más personas puedan expresar sus posiciones ante los dioses y las religiones sin jugarse la vida. Más ahora, ante el resurgimiento de los fundamentalismos de las distintas religiones que, por otra parte, tampoco han desaparecido nunca del todo.

Pero aun en los países de la cultura de la Ilustración, donde se puede decir «soy ateo» —salvo Estados Unidos, tema aparte—, dios, la idea de dios, la creencia en dios y cuanto la rodea está en todas partes.

«Adiós», «ojalá», «no hay dios que lo entienda», «es una santa», «vivo un infierno», «justicia divina», «si dios quiere», «dios mediante», «tocar el cielo», «a dios rogando y con el mazo dando», «es un paraíso», «al que madruga, dios le ayuda», «boda y mortaja, del cielo baja», «dios aprieta pero no ahoga»... No sólo el idioma cotidiano, sino muchas de las actitudes, puntos de vista, decisiones políticas y económicas, formas de educación familiares, relaciones internacionales y prácticamente todas las actividades humanas están imbuidas de la presuposición de que existe un ser —o más— o una fuerza superiores, preternaturales, indemostrables, misteriosos, invisibles, peligrosos, omnipotentes, omnipresentes y dotados de voluntad que nos vigilan, nos premian, nos castigan, han creado el universo y cuanto lo contiene —en la mayoría de las narrativas— y merecen nuestra atención, nuestro tiempo y nuestra consideración a la hora de tomar decisiones o asumir posiciones ante conflictos de nuestro entorno.

Es el fantasma que está en todas partes.
Aunque nadie lo vea.

Pero el fantasma está en todas partes. Determina tantas cosas que no resulta evidente hasta que hacemos una observación consciente y buscamos su presencia. Resulta entonces como esos objetos que, por cotidianos, no registramos cuando vemos una imagen, pero cuando nos los hacen notar, los vemos por todos lados.

El dominio de la religión en la vida de los países de la cultura de la Ilustración — donde incluiremos, sin demasiado rigor, la Europa Occidental, Australia, los países del continente americano y algunos países asiáticos y del Pacífico suroriental— se extiende a lo largo de toda nuestra cotidianidad, pero se vuelve especialmente notable cuando hay un cambio de etapa en nuestra vida, cuando —al menos en teoría— dejamos atrás una forma de ser y vivir para adoptar otra completamente nueva.

Los grandes momentos de la vida suelen tener que ver de una u otra forma con la relación entre la persona y la deidad, sea el bautismo al nacer o la extremaunción al morir, y varios momentos intermedios.

Nadie suele celebrar de modo especial momentos como la obtención de la mayoría de edad —los dieciocho años en la mayor parte del mundo—, pese a que tienen un enorme significado social, económico y político. A partir de ese momento, desde el punto de vista puramente civil, una persona tiene derecho a votar, a beber legalmente, a tomar decisiones independientemente, a trabajar sin el permiso de sus padres, a casarse sin el permiso de sus padres, incluso a tener relaciones sexuales — en el caso de las mujeres— sin temor a que su pareja se vea comprometida en un juicio por estupro si es mayor de edad. Muchas veces también significa que al nuevo adulto se lo considera apto para el servicio militar, para matar o morir, para conducir vehículos y para ser encarcelado si comete infracciones a las leyes vigentes, con un régimen de juicio y penas en caso de sentencia totalmente distinto al que se le habría aplicado un instante antes de cumplir los dieciocho. Pasado ese instante,

a la medianoche del día de su cumpleaños número dieciocho, uno adquiere plenamente derechos y obligaciones en la sociedad en la que se desenvuelve. Probablemente hay pocos momentos más trascendentes en nuestra vida y, sin embargo, no suele ser objeto de más atención que el cumpleaños diecisiete o diecinueve. Quizá la fiesta sea un poco más ruidosa, pero poco más, especialmente en sociedades donde la mayoría de edad significa también la posibilidad de beber legalmente o de entrar a locales de diversión a los que se tenía vedado el acceso un día antes. Este tránsito tiene significado para el que cumple años, pero ese significado no se desborda hacia su familia o su sociedad. En resumen: no emociona demasiado.

En cambio, los rituales de tránsito a la edad adulta, según la consideran las religiones y que generalmente se ubica más o menos en el inicio de la pubertad —definido de distintas formas—, son con frecuencia fastuosos y mueven profundamente al niño, pero también a sus familiares, a los amigos, al entorno social en general. Son verdaderos acontecimientos.

Al cumplir los trece años, la tradición religiosa considera que el niño judío se convierte en *bar mitzvah*, en hebreo «hijo del mandamiento», y la comunidad considera que a partir de ese momento es un adulto con todos los derechos y responsabilidades que esto implica, entre ellas las de practicar los 248 mandamientos o *mitzvot* —plural de *mitzvah*— positivos y los 365 negativos que contiene la Tora, el libro sagrado judío. La celebración, para la cual el niño se prepara durante meses o años con un rabino, consta de leer la Tora en la sinagoga, ante los demás miembros de la comunidad, y conducir las oraciones, hazaña por la cual la familia y el niño reciben los honores de la concurrencia.

A esa celebración religiosa, que se considera de enorme relevancia en la vida de todos los judíos, sigue una fiesta tan suntuosa como se lo pueda permitir la familia, con abundancia de regalos para el nuevo miembro adulto del grupo, y la ocasión queda fijada en la memoria de todos.

Algo parecido, menos estruendoso, ocurre con las niñas al cumplir doce o trece años —según distintas interpretaciones religiosas— cuando se convierten en «hijas de los mandamientos» o *bat mitzvah*. En el pasado, este acontecimiento no implicaba ritual religioso celebratorio, pues las mujeres tenían prohibido participar en las celebraciones religiosas judías y, como en el islam, se ubican separadas de los hombres para la oración. Pero a fines del siglo xix, con los movimientos primitivos feministas y sufragistas, las versiones más liberales del judaísmo adaptaron la ceremonia del *bar mitzvah* a las mujeres. En las sectas ortodoxas, por supuesto, no hay rituales, pues las mujeres siguen excluidas de la práctica de las ceremonias religiosas.

En el islam, aunque sin que medie una ceremonia especial, se considera que el musulmán se hace *baaligh* o adulto al llegar a la pubertad, que se determina por la menstruación en las niñas, la eyaculación nocturna en niños, el vello púbico en ambos sexos o a los quince años —en un calendario lunar, es decir, de 360 días— si no se ha presentado ninguno de esos acontecimientos. Ser *baaligh* significa que legalmente el niño o niña están sometidos a la *shari'a* o ley islámica, con sus derechos y responsabilidades.

En muchos países latinoamericanos, la fiesta de quince años de una hija puede ser uno de los más grandes acontecimientos de su vida, y las familias son capaces de hacer gastos que comprometan el presupuesto familiar para darle a la joven una celebración desusadamente fastuosa. La idea es que en esa fiesta se «presenta a la hija en

sociedad», lo cual esencialmente significa que la chica ya es casadera, y que los jóvenes —representados por el grupo de «chambelanes» que la acompañan y con los que suele realizar complejas coreografías largamente ensayadas antes de la fecha señalada— tienen autorización, en principio, de cortejarla, siempre bajo la vigilante mirada del padre. Las celebraciones, por supuesto, comienzan con una misa.

Los rituales de paso son consustanciales a la mayoría de las religiones y marcan, por supuesto, momentos en los que se establece una relación especial con la deidad. La religión juega un papel importante en los rituales de nacimiento, adultez, matrimonio y muerte. Sólo como ejemplo, las creencias del fallecido, la familia o su sociedad juegan un papel fundamental en la decisión sobre si un fallecido debe enterrarse, ser cremado o dejarse descomponer. Esta práctica de gusto cuestionable es común entre los budistas vajrayana del Tíbet, China y Mongolia, que le hacen una serie de incisiones al cadáver y lo colocan en la cima de una montaña para que lo devoren los buitres. Los zoroastrianos hacen lo mismo, pero colocan a sus muertos en recintos abiertos por arriba, los *dakmsas* o «torres del silencio», donde permanecen hasta que se ha consumido su carne, y los huesos luego se colocan en pozos profundos para que se desintegren. El momento en que deben ocurrir los rituales funerarios y la disposición del cuerpo también está definido religiosamente. Y el lugar. Y quiénes pueden o no estar presentes. Y todos los detalles al respecto.

Menciono la muerte porque algunos consideran que el origen de la religión se encuentra precisamente en la *conciencia* de la muerte del ser humano, el darse cuenta de que sus seres queridos morían y saber que ese era también su destino, junto con la «aparición» de los muertos en sueños, que se interpretaban como visiones, seguramente de otro mundo, de un universo paralelo, preternatural, un «más allá» donde se reunirían con ellos.

No sabemos aún si así haya sido, aunque nos suene lógico. Pero mientras se resuelve, tenemos el hecho incontrovertible de la creencia en los más diversos dioses como elemento fundamental de la vida de la mayoría de los seres humanos. De toda su cotidianidad.

Los antropólogos suelen entretenerse mucho con los diversos rituales de iniciación o de paso —o

de preparación para el paso— de distintas culturas aisladas que nos resultan desusadas, especialmente cuando implican la tortura del joven que va a pasar a ser adulto, por ser tan espectaculares y tan exóticos desde su punto de vista: escarificaciones, tatuajes, palizas, concursos de latigazos, limado de los dientes, circuncisiones más o menos brutales, ayunos, obligación de pelear, dejarse picar por hormigas bala —como hacen los sateré–mawé de Brasil— y otras celebraciones que a ojos de cualquier persona razonable serían profundamente bárbaras. Pero no suelen hacer énfasis en que tales rituales son, esencialmente, religiosos. Para muchos de ellos, de hecho, como para los propios pueblos, no existe diferencia distinguible entre cultura y religión.

Los dioses están allí, con sus rituales, sus ministros, sus dogmas, sus tabús y sus mandamientos. Tanto que, todavía, en algunos países de la Ilustración, hay símbolos religiosos que presiden sobre las ceremonias civiles, sobre los trabajos del legislativo, sobre los juicios y los tribunales, sobre el juramento de los cargos públicos, y se realizan ceremonias solemnes para celebrar la elección de un jefe de Gobierno o Estado, revalidando así, con la implicación de la deidad del caso, la soberanía popular. Y países avanzados, donde se respetan los derechos humanos y se disfruta de libertades y democracia, se definen a sí mismos como «cristianos».

Ser ateo, pues, no significa poder sustraerse a la presencia de los dioses o las religiones y, por tanto, invita a hacer preguntas. La principal es, por supuesto, ¿cómo se define «dios»?

Pero ¿qué es dios?

En los tres grandes monoteísmos —el judaísmo, el cristianismo y el islam, en orden de aparición— que dominan Europa, América, buena parte de África y una pequeña parte de Asia, dios se considera, como ya decíamos, un ser más o menos antropomórfico. Es decir, que tiene aspecto humano. Al menos eso se deriva del libro del Génesis, que las tres religiones consideran sagrado en distintas versiones, y que dice: «Y Dios creó al hombre a su imagen; lo creó a imagen de Dios, los creó varón y mujer» [1].

Es además el ser o fuerza responsable de la creación del universo como un acto de voluntad —es decir, lo creó activamente y no pasivamente— y se ocupa minuciosamente de la supervisión y vigilancia de todas nuestras vidas para determinar si merecemos o no un premio o un castigo al terminarlas. Creer en dios, así, significa aceptar, por lo menos en sus aspectos esenciales, las historias narradas en la Biblia o, más bien, en la versión de la Biblia aceptada en nuestra religión.

Pero esa definición es insuficiente. O al menos parcial.

Cualquier persona, incluso si se ha formado en una sociedad que cree en ese dios antropomórfico, omnipotente, omnipresente, omnisciente y omnibenevolente, admitiría sin duda que un animista africano, algún creyente de las antiguas religiones americanas, los hinduistas o un aborigen australiano son también creyentes en dios. Es decir, son personas que pertenecen a la colectividad de los creyentes en las deidades y esa característica por sí misma los hace distintos de un ateo. El cristiano, el judío, el musulmán pueden incluso llegar a considerar que estas otras personas tienen una creencia incorrecta o falsa, o que creen en un dios falso, pero aceptarían que son ciertamente creyentes, religiosos, teístas, partícipes de un mundo espiritual que con frecuencia incluso goza de admiración en sociedades de la cultura de la Ilustración. En un mundo dividido entre ateos y creyentes, todas las religiones, todos los dioses, todas las creencias trascendentes se unen en el conjunto de los creyentes, y todos se sienten totalmente separados de los ateos.

Así que «dios» es un concepto que engloba mucho más que las características del dios bíblico. ¿Es necesario que dios sea el creador del universo? ¿Siquiera tiene que ser el creador del mundo? ¿Debe ser al menos el creador de la humanidad?

La respuesta es que no. Numerosos dioses a lo largo de la historia han ejercido una enorme influencia y han jugado un papel importante dentro de la concepción mística del universo sin que se les atribuyera la creación de absolutamente nada. Wakan Tanka, el gran espíritu o misterio de la religión de los *síoux*, una de las tribus que habitaban parte de lo que hoy son los Estados Unidos, había colocado las piedras en la tierra y provocaba los cambios de las estaciones y del clima, e incluso provocaba que brotaran las plantas de la tierra, pero sin haber creado nada. En el vasto panteón del antiguo Egipto y su incesante evolución a lo largo de 3.500 años, el dios creador era Ptah, y las otras decenas de deidades cumplían otras funciones sin dejar de ser dioses. Lo mismo ocurre en la mitología griega, donde Erebo, el caos; Gaia, la Tierra, y Eros, el amor sexual, son los responsables de la creación y del nacimiento de todos los dioses ulteriores, de los cuales ni el más poderoso, el rey del Olimpo, Zeus, habían tenido ninguna función creadora (aunque Zeus sí se ocupó de las funciones procreadoras una y otra vez, añadiendo emoción y semidioses a la mitología helénica).

¿Tiene dios que ser omnipresente, omnibenevolente, omnipotente, y omnisciente? Estas características tampoco parecen ser obligatorias para ser considerado dios por alguna cultura humana.

En cuanto a su capacidad de estar en todas partes, a lo largo del historia, el ser humano ha creado dioses que sólo se encuentran en determinados espacios geográficos, como Nanna y Utu, dioses sumerios de la Luna y el Sol, o Mictlantecuhtli, el dios azteca que regía el mundo de los muertos, pero no se metía en los asuntos de los vivos.

También el ser humano ha creído en dioses que pueden ser no del todo benévolos o, incluso, directamente malévolos, crueles y despiadados, como Apep, el dios de egipcio de la oscuridad, o Erlik-Khan, dios de la oscuridad y la muerte en culturas turco-mongolas. En el sintoísmo (*shinto*) japonés, Mikaboshi es, directamente, el dios del mal.

Y resulta obvio que no todos los dioses de las religiones humanas tienen poderes absolutos. De hecho, muchos de ellos tienen capacidades limitadas al dominio de algunas fuerzas de la naturaleza y son bastante vulnerables a las fuerzas de otros dioses o, incluso, del ser humano. Si todos los dioses fueran omnipotentes, claro, sería imposible establecer una jerarquía como las de las religiones paganas o mesoamericanas.

Finalmente, lo mismo se aplica a los conocimientos que pueda tener ese dios. En general, no son absolutos ni totales y, por tanto, es posible engañar a los dioses, como lo cuentan numerosos mitos.

De hecho, los dioses no tienen ni siquiera que ser inmortales para ser dioses. En la mayoría de las mitologías, los dioses nacen y, ciertamente, pueden morir.

Así que un dios no tiene que crear nada, no tiene que ser poderoso, bondadoso o sabio. Lo que lo

caracteriza es que tiene un poder especial sobre los seres humanos, en la vida o en la muerte, y que ese poder es de origen sobrenatural, un origen distinto del poder que ejercen en la tierra los seres humanos. Pero, al mismo tiempo, se caracteriza como una versión preternatural de los reyes, jefes de tribu, emperadores, sátrapas o, en general, soberanos del mundo antiguo.

El concepto de dios de las más diversas culturas sólo se concibe dentro de una concepción monárquica. Todo dios es rey de algo o de alguien, tiene un dominio soberano, sea el Sol o los demás dioses, los cantantes o la lluvia. Todos los dioses jamás inventados mantienen una estrecha relación con el concepto de poder y organización social que se desprenden y existen alrededor de la monarquía. Especialmente de las monarquías de la edad de bronce, la era de la invención de muchos de los dioses conocidos, incluido el islamojudeocristiano.

No hay dioses que se conciban en un esquema político o social distinto de la monarquía. No hay dioses electos por sus iguales, no hay asambleas de dioses para tomar decisiones democráticamente. No hay dioses de consejo tribal ni república de deidades. Todos son y se comportan como solían hacerlo los soberanos y jefes desde el principio de la historia hasta el final de la Edad Media.

Igual que esos monarcas, los dioses quieren adoración, obediencia, respeto, atención continua y, muy especialmente, el temor de sus súbditos, creyentes, servidores o cortesanos. Desean ser homenajeados continuamente, desean ser amados por decreto y desean estar exentos de cualquier crítica, oposición o disidencia.

Basta una sencilla reflexión para darse cuenta de lo extraño que resulta que un ser supuestamente dotado de poderes asombrosos y de conocimientos que superan los de todos los seres humanos, capaz de retorcer las posibilidades del universo; alguno, dotado de todo el conocimiento, de toda la fuerza e incluso de una bondad infinita pueda sentirse seducido por el hecho de que un grupo de personas se postren de rodillas ante su presencia, le prometan lealtad no siempre sincera y le amen así sea por obligación. Un ser que disfruta de regalos materiales de los cuales, por supuesto, podría crearse cantidades infinitas con sólo desearlo. ¿Para qué quiere recibir el aroma del incienso o del toro quemados, el sonsonete de la oración o el autocastigo de los penitentes si todo ello y más podría ser suyo sin necesidad de tantas complicaciones? ¿O es que sólo ha sido creado para disfrutar con la abyección? Tendríamos allí una mezcla contradictoria de grandes conocimientos, moral perfecta... y caprichos infantiles de un malcriado como podrían serlo Calígula o Nerón.

Sabemos bien que los grandes hombres, y aquí hablamos de los verdaderamente grandes, se caracterizan, entre otras cosas, precisamente por no dejarse seducir por el aplauso, la cortesanía, la abyección y la obediencia ciega. Saben detectar al cortesano y lo desprecian. Atienden a la crítica razonable y valoran la independencia de pensamiento.

Por el contrario, son los pobres de espíritu, los tiranuelos, los crueles, los psicópatas, los poderosos inseguros, los vanidosos, de poca sustancia e inteligencia tan escasa como capacidad moral los que se regodean en ese tipo de placeres. Es fácil encontrar esos síntomas en dictadores y caudillos vanos y arrogantes de los últimos cien años, desde Adolf Hitler y Joseph Stalin, hasta Nicolae Ceausescu y Haile Selassie, la dinastía de los Kim en Corea del Norte, Muamar Gaddafi o Saddam Hussein, Francisco Franco, Fidel Castro, Hugo Chávez y otros personajes destacados que se hacen con el fervor popular por la vía del populismo, de la propaganda y, cuando todo falla, del miedo al

castigo o el terror. Y se ve también en la arrogancia de no pocas estrellas de la música o la pantalla.

La característica esencial de la deidad es, pues, su capacidad de ejercer poder sobre los seres humanos, decidir en sus vidas y su muerte, influir en ellos, incluso, como lo pretende la oración, cambiar de opinión o alterar el curso del destino únicamente porque un creyente, o varios, le hacen una petición con especial fervor. Queda por explicar por qué es más poderosa la oración de un grupo grande de personas que la de una sola, si dios hace encuestas de opinión o establece tendencias estadísticas para decidir, como lo pretenden algunos fundamentalistas estadounidenses, que una persona debe ser curada de cáncer milagrosamente porque muchos rezaron pidiéndolo, mientras que a otra se la debe dejar morir porque no tiene el apoyo de la oración multitudinaria.

Es la capacidad de ejercer un poder preternatural —incluso en dioses más difusos, como las fuerzas del universo en las que cree el budismo— sobre nosotros el elemento que más precisamente define a los dioses de toda la historia. Podemos, quizá, convencerlos de cambiar de opinión, pero no podemos sustraernos a su poder. Son el rey multiplicado por infinito.

En una sociedad donde los más poderosos podían ejercer a capricho su poder sobre los más desprotegidos, era lógico pensar que los seres más poderosos del universo, es decir, los dioses, que incluso podían mandar sobre los soberanos, tenían la capacidad de actuar mucho más caprichosamente e incluso más brutalmente que los reyes terrestres.

De hecho, el que los dioses sean tan parecidos en distintas culturas, en distintas latitudes, con distintas tradiciones y formas de vivir, producir, guerrear, etc. es uno de los elementos que a muchos les parece indicar que tales deidades son creación del ser humano, producto del cerebro humano. Y como los cerebros funcionan de modo similar en toda la especie, crearán, lógicamente, fantasías fundamentalmente similares.

Parte del poder de dios sobre los seres humanos es su capacidad de imponer reglas.
O más bien,

creo que está claro, que quienes afirman hablar en su nombre impongan tales reglas y fuercen su cumplimiento mediante el temor, la represión y el apoyo de los que tienen el poder político, económico y militar, lo que incluiría la policía.

Un buen ejemplo del poder ejercitado sobre los seres humanos son los diez mandamientos del dios islamojudeocristiano. En ellos, mucho antes de recomendar la fraternidad entre los seres humanos o la prohibición del asesinato —que no de la muerte, hay allí un error de traducción no accidental —, se ocupa de exigirnos lealtad, entrega, devoción y amor. Reglas, como señalaba Christopher Hitchens, imposibles de cumplir.

El mandamiento «Amarás a dios sobre todas las cosas» sólo puede ser expedido por un ser profundamente ignorante de la condición humana, de las emociones humanas, de las pasiones humanas y de la forma en que nuestra especie se relaciona con el resto del universo. No es propio de un dios.

Cualquiera de nosotros podría explicarle a un dios que es imposible ordenarle a alguien que ame a otra persona, a otro ser, a otro grupo. No se puede decidir amar, como no se puede dejar de «codiciar» algo o a alguien, como reza el mandamiento expresado en Éxodo 20, 17: «No codiciarás la casa de tu prójimo; no codiciarás la mujer de tu prójimo, ni su esclavo, ni su esclava, ni su buey, ni su asno ni ninguna otra cosa que le pertenezca».

Esta orden de la deidad es, actualmente, interpretada por la iglesia católica como los mandamientos noveno y décimo según su catecismo^[2] : «9. No consentirás pensamientos ni deseos impuros. 10. No codiciarás los bienes ajenos».

Dejemos de lado que el versículo bíblico legitima la esclavitud y sitúa a la mujer como una propiedad más —lo que nos podría hacer pensar que los mandamientos se dirigen sólo a los hombres, eximiendo de ellos a las mujeres, aunque es de suponer que esta interpretación no será muy popular entre las jerarquías religiosas —. La reinterpretación ha eludido graciosamente las palabras que, por otra parte, se atribuyen a su propio dios, enmendándole la plana de alguna forma. El punto es si cualquier ser humano más o menos normal, con 23 pares de cromosomas y un cierto nivel de madurez fisiológica y emocional, puede realmente «no codiciar» algo o «no consentir» determinados pensamientos y deseos.

La única respuesta honesta es, por supuesto, no.

Todos nosotros, hombres o mujeres o hermafroditas de las muchas variedades que hay, de cualquier orientación sexual y gustos o prácticas, podemos desear a un persona que no sea nuestra pareja y a la que ni siquiera nos planteemos convertir en nuestra pareja, simplemente para practicar sexo con ellos, lo que para la iglesia sería un deseo «impuro». Este tipo de sensaciones, deseos y pasiones es inevitable, es parte consustancial del ser humano y, de hecho, ocurre con cierta frecuencia, incluso más de la que socialmente encontramos cómodo aceptar. Lo mismo pasa con la envidia por alguna posesión, talento, capacidad, característica o dominio de otra persona. Queremos lo que no tenemos, y eso es parte de ser humanos.

Lo único que uno puede hacer ante esos deseos cuando tienen la capacidad de hacerles daño físico o espiritual a otros es no actuar según esa codicia o ese deseo, es decir, alzarse como un ser moral que no roba lo que envidia en otros —ni lo destruye,

una forma de la envidia que suele adoptar la bajeza —, que no intenta seducir a la pareja de otro, mucho menos forzarla, ni presionarla para que ceda a sus deseos ni violarla. Es decir, uno puede y debe controlar sus actos, pero no puede hacerlo con sus deseos.

Eso a las deidades no les basta.

Y como lo que piden no se puede cumplir, el sincero creyente se sume aún más en la mezcla de miedo, admiración, amor, sumisión y esperanza que le representa su dios, esa fuerza preternatural que puede mejorar o empeorar su vida a capricho.

Si no podemos dejar de desear o de codiciar, si no podemos amar por el imperativo de un poderoso, tampoco podemos decidir creer. Y sin embargo, hay quien ha pretendido que creamos voluntariamente en uno de esos dioses claramente hechos a imagen y semejanza del ser humano... incluso si la lógica y la razón ponen en tela de juicio su existencia misma.

Los dioses imposibles

Los agnósticos —posición que comentaremos más adelante—, suelen señalar, siguiendo la idea de muchos filósofos, que no es posible demostrar la inexistencia de los dioses. Es decir, que se trata de proposiciones fuera de la realidad que no pueden rebatirse y que nos ponen en la tesitura de «probar un negativo», lo cual es imposible... dicen.

Pero no es imposible. Se puede probar, por ejemplo, que una muestra de ADN *no* es de tal donante. Se puede demostrar que una planta *no tiene* tal compuesto. Se puede probar que *no hay* un gato en una mesa. De hecho, cuando se prueba un positivo, se están demostrando muchos negativos. Por ejemplo, al conocer la composición del ADN sabemos todos los elementos químicos que *no forman parte* de esta molécula.

Es lo que se conoce como «evidencia de la ausencia», por la cual hay negativos que sí se pueden probar. Si yo afirmo que en este momento *no hay* un elefante en Picadilly Circus, definiendo con precisión lo que entiendo por un elefante —un paquidermo de alrededor de 5.500 kilogramos de peso, trompa prensil y grandes orejas— y qué es Picadilly Circus —el punto en la ciudad de Londres donde confluyen las calles Regent, Glasshouse, Picadilly, Shaftesbury y Coventry—, es muy fácil comprobarlo. Ni siquiera hay que ir a Picadilly Circus, basta acudir a una de las *webcams* que nos ofrecen una vista continua de ese popular punto de reunión de la capital británica y mirar. Si no hay un elefante, claramente podemos decir que se ha probado la ausencia del elefante más allá de toda duda razonable.

Todo depende, entonces, de la definición de los términos, en el caso que nos ocupa, la definición del dios cuya existencia queremos constatar o descontar.

Cuando nos piden «probar que dios no existe» así en general, los teístas están pidiendo, efectivamente, un imposible. Y además están haciendo trampa. No es el ateo, el crítico, el escéptico, el cuestionador quien tiene que probar que algo no es de cierto modo. Lo que se conoce como «la carga de la prueba» está en quien afirma que existe algo, no en quien duda de su existencia, es decir, los teístas, los creyentes, los religionistas son los que deberían dar pruebas sólidas de la existencia de su deidad o sus deidades, del mismo modo que quien dice que tal sustancia es una terapia eficaz y segura para una afección determinada debe demostrarlo para conseguir su aprobación.

Pero así como hay dioses, muchos, cuya definición es tan vaga, tan imprecisa, tan intangible que no es posible obtener evidencias de su inexistencia, hay otros con los que resulta más fácil demostrar de modo bastante convincente, incluso contundente, que no existen.

Es decir, si hay dioses con definiciones exactas y precisas, podemos descontar su existencia como un buen ejercicio de razonamiento lógico, de pensamiento crítico y de cuestionamiento de las afirmaciones que ofrecen distintas religiones.

Por ejemplo, si se define a Zeus como un dios antropomórfico que vive en la cima del monte Olimpo y que es responsable del lanzamiento de relámpagos sobre la superficie de la Tierra, basta ir a la cima del monte Olimpo y verificar si Zeus está o no allí. También se puede explorar de la manera más acuciosa posible el origen de los relámpagos y concluir con razonable certeza que en su aparición no juega ningún papel una voluntad divina externa. Es decir, bajo ciertas condiciones climatológicas

perfectamente definidas, habrá las descargas eléctricas que llamamos relámpagos y en ausencia de esas condiciones climatológicas no habrá relámpagos. Podemos probar — de hecho, hemos probado— que el origen de este fenómeno es absolutamente natural. Se podría aducir, sí, que cuando esas condiciones climatológicas están presentes, resulta que a Zeus le da la gana lanzar relámpagos, y cuando no, no... En un argumento así, el dios ya no es dueño de su voluntad, está regido por acontecimientos de la realidad física y, a falta de más pruebas de su existencia, podemos descontarlo sin más y extraerlo de la explicación.

Esto es lo que plantea, precisamente, un principio conocido como «de parsimonia» o «Navaja de Occam»^[3], que nos dice que no se deben multiplicar innecesariamente los elementos —o entidades

— necesarios para explicar algún fenómeno, sino que lo razonable es asumir como verdadera —así sea provisionalmente— la más sencilla de las explicaciones disponibles para un fenómeno. Así, sólo se deben introducir en la explicación otros elementos si se dispone de pruebas sólidas de que existen y aportan algo a la explicación. Si no actuamos de este modo, podríamos decir que, al producirse ciertas condiciones climatológicas, un hipopótamo mágico de hierro lanza un bramido que asusta a los unicornios del rocío, que entonces provocan un alboroto en los dominios divinos que llama la atención de Zeus, quien, para controlarlos, lanza sus rayos. Hemos introducido de modo injustificable dos entidades nuevas —hipopótamo de hierro y unicornios de rocío— que no aportan nada a la explicación y, de hecho, estorban la subsiguiente exploración de las causas y mecanismos de los relámpagos. La explicación más acorde a la navaja de Occam o la más parsimoniosa es que cuando hay un diferencial de potencial eléctrico entre las nubes y la tierra u otras nubes —la parte inferior de las nubes se carga negativamente y la tierra y la parte superior de las nubes tienen una

carga positiva—, el aire se ioniza y ofrece una ruta para una descarga eléctrica que equilibra parcialmente la diferencia de potencial. Esta explicación tiene la ventaja de que la podemos reproducir experimentalmente sin necesidad de hipopótamos, unicornios... ni Zeus.

Establecido eso, podemos decir con un nivel altísimo y razonable de certeza que Zeus no existe *en los términos definidos por quien afirma su existencia*. Nosotros no hemos aportado, ni tenemos por qué hacerlo, ninguna definición de dios para ponerla a prueba, este aspecto es fundamental. Lo único que hacemos es tomar la afirmación de una creencia determinada y la sometemos a prueba.

Si hoy nos parece ridículo creer en existencia de Zeus y de todo el panteón de dioses que maneja la mitología griega, y lo podemos descontar sin preocuparnos de ser herejes o por lastimar las sensibilidades de los paganos, no debemos olvidar, sin embargo, que numerosas generaciones de griegos creyeron a pie juntillas en estos dioses, que se construyeron grandes templos dedicados a rendirles pleitesía, como el Partenón dedicado a la diosa Atenea o el templo del Zeus olímpico, ambos obras cuyos restos aún podemos visitar en Atenas. Y entre los creyentes de estos dioses que hoy nos parecen absurdos, se contaron hombres de una enorme inteligencia, como los fundadores de la filosofía occidental, que desarrollaron el pensamiento racional y cuestionador, y que son, por ello mismo, los antecesores más claros del método científico, como Sócrates, Aristóteles, Eratóstenes o Heráclito.

Lo mismo se aplicaría al problema evidencial del mal que comentamos en el primer capítulo: definido el dios cristiano como un ser todo bueno, que lo sabe todo y lo puede todo, su inexistencia se hace evidente con el solo hecho de que haya personas totalmente inocentes a las que les ocurran tragedias, que sean víctimas de injusticias o que sufran de modo evitable.

Con estos elementos, podemos decir que la vasta mayoría de los dioses que el ser humano ha adorado a lo largo de la historia son demostrablemente falsos en los términos en que podemos argumentar que Zeus es falso, es decir, ateniéndonos a la definición que nos ofrecen quienes afirman su existencia y no en la nuestra. Esto ciertamente no satisfará a los creyentes y menos aún a diversos teólogos, que buscarán siempre el giro retórico que les permita seguir creyendo.

Pero estos dioses monarcas con cualidades sobrenaturales demostrablemente inexistentes o, cuando menos, altísimamente improbables nos invitan a buscar los motivos por los cuales los seres humanos han creado esos verdaderos ejércitos de dioses, distintos en las distintas culturas. Lo cual ya en sí es bastante curioso: si los dioses fueran tan evidentes como lo pretenden los creyentes, la experiencia religiosa o preternatural de los aborígenes australianos sería igual a la de los celtas e igual a la de los antiguos aztecas o los etíopes. Pero no es así. Los dioses están hechos a imagen y semejanza de los grupos humanos que los han diseñado, a la medida de su medio ambiente, de sus necesidades, de sus grandes temores y sus mejores esperanzas, de sus miedos y sus pasiones.

En el altiplano andino no había un dios cocodrilo porque no había cocodrilos. El creyente podría decir que Sobek, el dios cocodrilo del antiguo Egipto, optó por no manifestarse ante los incas para no confundirlos, pero ello dejaría sin explicación por qué entre los incas el dios Sol, Inti, era secundario al creador, Viracocha, pero Ra entre los egipcios era al mismo tiempo el Sol y el creador... mientras que entre los eslavos el dios más importante era Perún, responsable del relámpago y el trueno —como Zeus—. ¿No sería lógico al menos que si el sol brillaba para todas las culturas, y todas estaban

sometidas al relámpago y el trueno, sus respectivos dioses se les manifestaran con igual intensidad?

La lógica no parece ser un espacio en el que las deidades se muevan con soltura, por desgracia. Muy probablemente, el origen del concepto de dios se encuentra, simplemente, en la necesidad

de darle una explicación a los fenómenos que ocurren a nuestro alrededor. Así lo han supuesto numerosos estudiosos de las religiones a lo largo de la historia. Por poner un ejemplo un tanto burdo: si yo hago que caiga agua, al soltarla después de haberla levantado con las manos, quizá la lluvia cae porque otro ser más poderoso y más grande que yo deja caer el agua. Si una mujer puede dar a luz a un nuevo ser humano y las hembras de animales pueden dar a luz también a animales nuevos, quizás otro ser mucho mayor y más poderoso es el que se encarga de que la tierra dé fruto. Si yo puedo crear el fuego para calentarnos unos pocos de nosotros alrededor de la fogata del clan o del grupo, quizás un ser mucho más poderoso que yo es el responsable de que exista el Sol, que tiene la capacidad de calentarnos a todos.

Dios ha sido, según podemos concluir conociendo las diversas religiones, la explicación que el ser humano daba a los fenómenos que no podía entender. Conforme nuestro conocimiento ha ido avanzando, muchos dioses dejaron de ser siquiera viables y se quedaron sin creyentes, sin adoradores... El dios Sol, la diosa Tierra, el dios del relámpago, el dios que causa enfermedades como castigo y muchos otros son dioses que parecen razonablemente imposibles para quien tiene información sobre los avances de la ciencia en los últimos 400 años... salvo que directamente rechace la ciencia como forma de conocer y los conocimientos derivados de ella, una posición que siempre lleva a crueles contradicciones.

Pero si nos ponemos en el lugar de los primeros hombres, los que empiezan a hacerse preguntas, quizá podamos imaginarnos cómo fueron surgiendo los dioses. Y pongo como frontera entre lo humano y lo no humano el hecho de hacerse preguntas porque, como observó Joseph Jordania — curiosamente desde el estudio de la polifonía, la entonación y la música—, muchos animales, sobre todo primates, han aprendido idiomas humanos, en particular el de signos, y se comunican con gran

eficiencia, pero, al parecer, ninguno de ellos ha sido capaz de formularse preguntas. Aceptemos provisionalmente que esa capacidad es la que nos hizo dar el salto hacia lo que llamamos humanidad.

Si el mundo es aterrador para un animal que no hace preguntas —recuerdo la angustia que parece vivir mi perro cuando en un paseo escucha fuegos artificiales en la lejanía—, pensemos en nosotros mismos con muchas preguntas y ninguna respuesta. Es decir, queriendo saber, pero sin saber aún nada. Los árboles dan fruto, eso es agradable, pero no sabemos cómo; los depredadores nos hacen daño, llueve, hay inundaciones, hay incendios, hay sequías y nos quedamos sin comida, hay truenos, el día sigue a la noche una y otra vez, el cielo está lleno de puntos luminosos y un gran disco que crece y desaparece periódicamente, hay nubes, hay viento, hay ríos... y no sabemos absolutamente nada de las causas o las explicaciones de todo eso. Más aún, vemos que los seres cercanos a nosotros mueren... y no podemos impedirlo... dejan de ser... pero después, en la noche, se nos aparecen y podemos hablar con ellos, y ocurren cosas misteriosas y maravillosas que no sabemos que son sueños...

Usar la imaginación para ocupar el lugar del conocimiento al menos sería tranquilizador. Llenar los huecos con el sentido común: al dormir, viajamos a otro mundo donde aún viven las personas que hemos visto morir; hay seres poderosos como los animales que nos hacen daño, que controlan la realidad... ¡y en los que podríamos influir si les damos lo que quieren, sobornándolos, para que hagan como haría cualquiera de nosotros a cambio de comida, de sexo, de atención, de un bien preciado como un collar o un hacha de mano!

Aunque interesantes en sí mismas, éstas son sólo especulaciones que quizá nos permitan darnos cuenta de cuán intensa pudo ser la necesidad de creer cuando la vida era tan frágil.

Difícilmente la historia nos podrá dar las claves de cómo nació la creencia en los dioses entre los seres humanos, sobre todo porque, al parecer, la idea de las fuerzas sobrenaturales antecede al registro histórico de nuestra especie. Sin embargo, tenemos algunos ejemplos que hemos podido observar de la aparición de creencias religiosas y de cómo la creencia ha convertido en dioses a distintos seres o fenómenos, que quizás nos dan algunas claves para comprender la aparición de esos dioses imposibles.

Religiones que nacen

Una de las religiones más modernas y conocidas es la rastafari, de Jamaica, antigua colonia británica. Se trata de una creencia que, al escribir estas líneas, no ha cumplido aún un siglo de existencia, pero que fue dada a conocer de modo amplísimo por el éxito de su música distintiva, el reggae, especialmente a cargo de dos músicos que alcanzaron niveles de estrellas mundiales: Bob Marley y, en menor medida, Peter Tosh. La música celebraba con frecuencia rasgos de su religión. Su aspecto era una expresión religiosa, notable por el uso de *dreadlocks*, es decir, rizos (*locks*) que expresan el temor de dios (*dread*) y que en español asumieron el nombre de «rastas». Sus costumbres implicaban el consumo abundante de marihuana o *ganja*, considerada una hierba sagrada que pone al consumidor en contacto con dios. Detrás del fenómeno musical estaba un fenómeno esencialmente religioso de gran importancia en Jamaica.

Y todo ese fenómeno religioso surgió prácticamente a partir de una sola profecía, expresada no por un religioso, sino por un líder político: Marcus Garvey.

Garvey encabezaba una asociación que buscaba la mejora de la vida de los negros en una colonia británica donde la minoría de colonos blancos, previsiblemente, disfrutaba todos los bienes y se aprovechaba de todas las riquezas. El grupo de Garvey, la Asociación Universal de Mejoras para los Negros (Universal Negro Improvement Association, UNIA), creía que una parte importante de la liberación y desarrollo de los negros jamaicanos era el reencuentro con sus raíces africanas, con el origen mismo de esos hombres y mujeres, todos descendientes de quienes habían sido traídos como esclavos a América.

Como líder político de gran relevancia en el naciente nacionalismo negro a principios del siglo xx, Garvey organizó movimientos tanto en Jamaica —fundó la UNIA en 1914— como en los Estados Unidos —a donde se mudó en 1916—. En uno de sus discursos, pronunciado en 1920, dijo a sus seguidores: «Miren hacia África, cuando un rey negro será coronado, porque el día de la liberación estará cerca» (en otras versiones dijo: «Miren a África, un rey negro será coronado, él será su redentor»).

Estas palabras adquirieron un significado singular en la percepción general de los jamaicanos en 1930 cuando fue coronado como rey de Etiopía Haile Selassie I —también llamado al nacer Tafari Makonnen Woldemikael—, y que durante la época en que fue gobernador de la región de Harer, antes de ser coronado emperador, recibió el título de *ras* (jefe, equivalente a duque o conde). Así pues, el que fuera *ras* Tafari se convirtió en monarca de Etiopía, disfrutando de los títulos de «Rey de reyes, señor de señores y león conquistador de la tribu de Judá», además de afirmar que era heredero directo de Salomón —el mítico rey bíblico— y, por tanto, miembro de la casa de David, como se afirmó que había sido el propio Jesucristo. La coronación fue un asunto tan relevante y difundido que los jamaicanos seguidores de Marcus Garvey la interpretaron como el cumplimiento de la «profecía» y se convencieron de que Haile Selassie era su mesías.

La religión rastafari despegó, presumiblemente por las promesas sociales que representaba para sus seguidores, y siguió desarrollándose con la oposición de los dueños de las plantaciones y del poder político hasta 1962, cuando Gran Bretaña acordó con Jamaica su independencia. Seguiría poco después una celebradísima visita

del propio Haile Selassie a Jamaica en 1966. De nada sirvió que el propio emperador, rey de reyes, declarara contundentemente que él no era una deidad, sino un simple hombre, y afirmara que no debía ser adorado. Paradójicamente, estas mismas palabras fueron interpretadas por los fieles rastafari como prueba de la grandeza de este monarca, considerado ya por entonces la reencarnación de Jesucristo.

De hecho, a la comunidad rastafari no le presentó un conflicto que el propio emperador etíope fuera cristiano de una rama de la ortodoxia copta, la iglesia ortodoxa etíope Tewahedo. Y tampoco les hizo dudar de su fe que, después de una serie de hambrunas en Etiopía, Haile Selassie y su dinastía de siglos se vieran depuestos, y que el dios inmortal fuera presumiblemente asesinado en 1975 por militares y policías en un golpe de Estado de inspiración comunista. Los golpistas gobernarían Etiopía con el apoyo de la URSS desde entonces hasta la caída del bloque soviético, que selló también el fin del Gobierno militar etíope, que cayó en 1991.

De hecho, los teólogos rastafari aún debaten si realmente Haile Selassie murió o si ascendió a los cielos vivo. En lo que parecen estar más de acuerdo, como era de esperarse, es en negar que los restos recuperados y enterrados después del fin de la dictadura pertenezcan a su dios-emperador.

Y, por supuesto, no han tenido problema con el hecho de que el *ras* Tafari no los ha llevado de vuelta a su África natal, ni los liberó ni ha cumplido con ninguna de las diversas profecías relacionadas con él que se fueron sucediendo a partir del discurso de Garvey.

Otras religiones cuyo nacimiento hemos podido ver están relacionadas con la actividad del Ejército estadounidense en el Pacífico Sur durante la Segunda Guerra Mundial. En varios puntos de la Melanesia, la fuerza aérea de los países aliados, especialmente de los EE. UU., construyó bases temporales de abastecimiento con pistas de aterrizaje y almacenes para guardar y distribuir

suministros a las tropas que combatían contra el Imperio japonés. Para congraciarse con los habitantes de las islas usadas como bases, los aliados solían repartir bienes diversos, como ayuda médica, ropa o chocolate.

Japón se rindió el 15 de agosto de 1945, y las bases de suministros fueron desmanteladas súbitamente.

Años después, diversos antropólogos empezaron a describir curiosos rituales en los que los melanesios imitaban los comportamientos de los militares estadounidenses: hacían pistas de aterrizaje simbólicas, aviones hechos de madera, cabinas de radio con imitación del equipo electrónico original, se hacían réplicas simbólicas de los uniformes militares y realizaban ejercicios de marcha y disciplina militar con burdas copias de rifles hechas de bambú.

Lo que esperaban conseguir con estos rituales era que volvieran por los cielos los aviones que en el pasado trajeron bienes tan codiciados.

Es lo que se llamó «culto al cargamento», considerando que lo que deseaban los isleños era, precisamente, acceso al mítico cargamento y, para conseguirlo, hacían todos esos rituales y construcciones, destinados a demostrar su respeto y así llamar de vuelta a los seres que los habían beneficiado.

Los cultos de cargamento ya habían existido en islas del Pacífico Sur desde que los europeos habían llegado en barcos. Los rituales que se desarrollaron en ese entonces, en los siglos xviii, xix y principios del xx, tenían por objeto claro hacer que volvieran los barcos llenos de mercancías que durante una época habían visitado las islas.

Pero la aparición de los cultos al cargamento de la segunda mitad del siglo xx permitió ver en acción uno de los aspectos de la magia simpática o imitativa, concepto que difundió Sir James George Frazer en su libro *The Golden Bough (La rama dorada, 1889)*, el primer estudio antropológico a fondo de la magia y el pensamiento supersticioso.

La magia simpática es una forma de pensar que concluye que, al hacer una representación simbólica de la realidad, lo que se opere sobre el símbolo tendrá un efecto en esa realidad. El ejemplo más común es el amuleto conocido como muñeco de vudú de la Luisiana francesa en los Estados Unidos, que en realidad no tiene nada que ver con Haití. El muñeco de vudú debe llevar algo que haya sido parte del cuerpo de la persona que representa —cabello o uñas, generalmente— y se piensa entonces que lo que se le haga al muñeco afectará a la persona. Aunque la cultura popular exterior supone que los alfileres tienen por objeto hacer daño a la persona representada, en realidad, el amuleto tiene más frecuentemente el objetivo de bendecir a alguien, y los alfileres se usan para fijar en el muñeco una fotografía de la persona o su nombre para operar la magia.

Así, el hecho de no conocer los mecanismos de los aviones, de la radio, de la propia guerra que se estaba librando ni mucho menos de los procedimientos agrícolas e industriales responsables de los maravillosos cargamentos no era impedimento. Podían obtenerlos si usaban símbolos.

En una de las islas, Tanna, parte de la nación de Vanuatu, la religión tiene a su mesías, una deidad militar estadounidense que se celebra el quince de febrero, el Día de John Frum. El propio nombre «John Frum» es de origen incierto. Pero como cuenta

Paul Raffaele en la revista del Smithsonian Institute, ese día los devotos de toda la isla se reúnen en el pueblo de Lamakara para las festividades. Según un anciano de la aldea,

John prometió que traería aviones y barcos llenos de cargamento de América si le rezamos. Radios, televisores, camiones, botes, relojes, neveras, medicinas, Coca-Cola y muchas otras cosas maravillosas. [4]

John Frum como elemento religioso aparece en los años treinta en Tanna y, según la leyenda, se presentó como un hombre blanco que quería ayudar a los isleños a sacudirse el yugo colonial y recuperar sus tradiciones, lo que lo ubica muy cerca del concepto que los rastafaris tienen de Haile Selassie, el que los devolvería a África con todas sus bondades. Pero, a raíz de la Segunda Guerra Mundial, con la llegada del Ejército estadounidense, los empleos para la gente de la isla y los múltiples bienes ya detallados, John Frum asumió su forma actual, incluso mientras el Ejército estaba allí. Los intentos estadounidenses por disociarse de la leyenda fueron en vano.

La necesidad —no sólo material—, los deseos más vivos, la búsqueda de explicaciones y soluciones, de señales que hagan florecer la esperanza parecen ser entonces los elementos básicos de las religiones tal como las hemos visto surgir casi bajo nuestras propias narices.

O al menos son los elementos básicos que producen la disposición del creyente a aceptar las explicaciones que le son ofrecidas. El principio mismo.

La historia también nos enseña que ese principio es muy rápidamente tomado por individuos o grupos deseosos de ejercer el poder que se ubican como los representantes legítimos de dioses y religiones, las voces autorizadas, los mesías, los profetas, los sacerdotes, los grandes visires del monarca divino. En el caso del culto al cargamento de la isla de Tanna, Raffaele nos cuenta que en 2006 ese papel lo jugaba el jefe Isaac, el líder político del pueblo que vive en la casa de John Frum, dominada por una bandera estadounidense y en la que, dice, el mesías John Frum le habla de cuando en cuando. Su enemigo es el cismático profeta Fred, capaz incluso de devolver a su esposa de entre los muertos, dicen, y que creó su propio grupo disidente, el cual terminaría enfrentándose violentamente a la gente del jefe Isaac. En escala pequeña, Tanna nos mostraba las guerras entre distintas visiones cristianas que llevaron a masacres como la de los albigenses y a partir Europa en

dos: la de la Reforma y la vaticana, división que se percibe hoy en el poder político y religioso, que deriva en poder económico tanto en Tanna como en cualquier otra sociedad.

Estar del lado de la religión, pues, se muestra como algo conveniente para el individuo y para la sociedad. La jerarquía puede oprimir a sus fieles, pero las mayorías religiosas pueden oprimir a las minorías religiosas, lo cual les aporta una enorme satisfacción. Las minorías, a su vez, se pueden ver obligadas a fortalecer su identidad como la única forma que les queda de resistir y sobrevivir bajo el yugo de la mayoría.

Una vez establecido ese valor social de la religión, la cuestión misma de la existencia o inexistencia de dios acaba siendo irrelevante para la mayoría de los creyentes. Cuestionárselo es impensable, representa cuestionar todo el orden social en el que están incrustados.

¿Y si no me lo creo?

Dada la dimensión social de la religión, es imposible abordarla únicamente como un asunto de razón, de evidencias, de lógica, del universo observable.

Más adelante nos ocuparemos de la religión y la moral, pero hay un aspecto de la creencia en dios, más allá de religiones, que suele plantearse al ateo como asunto simplemente comercial.

Las relaciones con los dioses son, ya lo hemos visto, de orden comercial: yo te doy, tú me das; yo hago lo que quieres, tú haces lo que quiero; yo pido orando con singular fervor y tú respondes a mis plegarias; tú pides que yo les dé dinero a tus representantes —según me lo comunican ellos mismos

— y yo lo hago para tener tu favor; tú exiges que mate a infieles y yo lo hago porque obtengo el cielo.

La relación personal con dios es la que se tiene, pues, con el monarca y el padre, con cualquiera que tenga poder y con el que debe establecerse un intercambio que, esperamos, sea tan favorable para nosotros como se pueda. Esto, claro, no siempre es cierto. A veces el dios nos puede pedir — insisto: por medio de sus representantes— morir por él de modo horrible a cambio sólo de una promesa incontrastable de bienes futuros. Es necesario que nos comuniquen con gran intensidad y buena retórica los beneficios ofrecidos a cambio de ese sacrificio: en términos de vírgenes, alimento, bebida, placeres, por ejemplo, y los daños que implicaría no cumplir esos deseos: infiernos, dolor, despellejamiento, quemaduras, humillación.

Más allá de las religiones, pues, la relación que se establece con una deidad es personal, como se hace con los amigos imaginarios en la infancia. De allí que algunos ateos y descreídos llamen a los dioses «los amigos invisibles en el cielo», epíteto que no deja de ser en cierto modo una descripción correcta del tipo de relación que se tiene con las deidades, pese a su dejo burlón.

Una forma más seria de expresar esta relación personal, de uno a uno, que los creyentes suelen formar con la deidad en la que creen es la proposición conocida como «la apuesta de Pascal», formulada por el teólogo, matemático y físico francés del siglo xvii, Blaise Pascal, uno de los actores de la revolución científica. La redacción original de Pascal, en su libro *Pensamientos*, es la siguiente:

Vamos a sopesar la ganancia y la pérdida al elegir cruz (de cara o cruz) acerca del hecho de que Dios existe. Tomemos en consideración estos dos casos: si gana, lo gana todo; si pierde, no pierde nada. Apueste a que existe sin dudar.

En palabras sencillas, este argumento establece lo siguiente: si yo no acepto la existencia de dios y resulta que sí existe, es probable que yo me vea castigado con el infierno después de mi muerte, mientras que si no existe, ni siquiera me enteraré; en cambio, si acepto la existencia de dios, si existe, seré recompensado con el paraíso y si no existe, no va pasar nada después de que me muera. La conclusión es que lo más razonable es que uno crea en dios porque esa posición maximiza nuestra posibilidad de salir ganando: si no existe, no me pasará nada y si existe, me ganaré el cielo.

Evidentemente, se trata de un razonamiento muy bien desarrollado y del cual sólo se puede concluir que Pascal tenía razón.

Salvo por una cosa.

Uno no puede elegir en qué creer.

Uno puede fingir creencias para satisfacer a los poderes dominantes en condiciones de falta de libertad, cuando se nos vigila para ver si hacemos lo que hace la gente creyente. Uno puede ir a misa, confesarse, comulgar, rezar y participar en todos los rituales y celebraciones sin realmente tener la creencia en la deidad. Puede ir a la mezquita, orar todas las veces que sea necesario, incluso hacer la peregrinación a la Meca y, sin embargo, no creer ni en Alá ni en las palabras de su profeta Mahoma. Puede darles limosna a los monjes dominantes del feudo budista del Dalai Lama, bajar los ojos cuando pasa el Dalai y participar en las festividades budistas, sin creer en ninguno de los principios —y dioses, que los hay— del budismo. Y así sucesivamente en todas las religiones.

Los hombres han fingido creencias en muchas ocasiones a lo largo de la historia. De hecho, es imposible saber si en un momento dado grupos humanos enteros simulaban una creencia para evitarse problemas, que en muchos casos podrían significar perder la vida o al menos sufrir potentes incomodidades.

Una de las conquistas musulmanas más «amables» de la Edad Media ejemplifica esta imposición: la de Persia —hoy Irán— que culminó en el 650. Persia era un país dominado por la creencia en el dios Ahura Mazda, según las interpretaciones de Zoroastro, y los conquistadores dieron a los persas dos opciones como *dhimmí*, palabra que significa «protegido» y señala al infiel o persona que no profesa la religión musulmana. La primera era, simplemente, convertirse al islam. La segunda era pagar un impuesto especial para los *dhimmis* llamado *yizia*. En el caso de la primera, el converso no era considerado de todos modos un verdadero musulmán, ya que la religión exigía ser árabe como requisito, así que se conformaba con ser *mawali*, palabra que designa al musulmán no árabe.

No había persecución de infieles, ni siquiera se buscaban conversiones masivas — como sí las han buscado otros movimientos islámicos posteriores—, pero a cualquiera le resultaba claro que, por

mucho que temiera y respetara a Ahura Mazda y las excepcionalmente avanzadas — para su época— enseñanzas de Zoroastro, convenía hacerse musulmán... o *al menos fingirlo*.

Más brutal y absoluta fue la conquista de gran parte de América por los españoles, que impusieron la religión con el apoyo de la espada. Muchísimos indios sin vocación heroica se bautizaron, se persignaron, fueron a misa y se rascaron los morrales para pagar diezmos y primicias, pero sin dejar de creer en sus dioses originarios. El sincretismo resultante todavía domina hoy al catolicismo que se puede observar en los grupos indígenas desde Mesoamérica hasta el Altiplano andino.

El amo podía ordenar que sus nuevos súbditos cambiaran de dios y éstos, si les convenía, podían decir que lo hacían, independientemente de lo que ocurriera en su fuero interno, en su vida privada y sus creencias profundas. Precisamente por eso, la Inquisición española fundada por los Reyes Católicos dedicó tantos esfuerzos no sólo a perseguir a los herejes, sino también a vigilar que los judíos y musulmanes conversos al catolicismo lo fueran en realidad y no estuviera fingiendo simplemente para evitar la expulsión que decretó Isabel de Castilla en 1492. Conocido —aunque siempre bajo la sospecha de ser una leyenda urbana— es el hecho de que la exposición pública de chorizos y jamones en casas y establecimientos hosteleros que suele verse en España era una forma de «demostrar» que uno no era converso falso. El que el cerdo sea *haram* para los musulmanes y *trefa* para los judíos, dos palabras que significan lo mismo en sus respectivos idiomas: «prohibido», era la prueba de su cambio de fe. La repulsión respecto del cerdo y sus productos que se enseña de modo insistente a los musulmanes y a los judíos desde niños permitió que este humilde cuanto sabroso y útil animal se convirtiera en una especie de papel tornasol para identificar al falso cristiano: bastaba pedir a los sospechosos que se comieran un trozo de jamón o de chorizo y, si no lo hacían, se podía presumir su culpabilidad.

Esto subraya no sólo el absurdo de la conclusión de la apuesta de Pascal, sino una de las características que siempre se debe tener en cuenta al tratar con temas de deidades: nadie puede ser obligado a creer.

Como en el caso de los mandamientos imposibles que pretenden regir sobre deseos, sentimientos y pensamientos sobre los cuales no tenemos control voluntario, es imposible regir sobre la creencia.

La creencia es un asunto personal. No es común que el creyente elija a partir de un ejercicio racional de análisis y cuestionamiento de las ofertas de las religiones, una especie de esfuerzo de religión comparada para concluir, en todo caso, cuál es el dios más plausible. Esto llevaría la apuesta de Pascal a un nivel de complejidad mucho mayor, ya que en vez de asumir un dilema con dos opciones —aceptar o no la existencia de dios—, se vuelve un problema de casi infinitas posibilidades; una de ellas, no aceptar la existencia de *ningún* dios y las demás, aceptar o no cada una de las miles de deidades existentes, de modo que nuestra apuesta sea la más razonable o plausible —considerando, claro, que el dios que buscamos esté regido por la razón y no sea un dios enloquecido, psicopático o ignorante—. Se convierte así en una apuesta muy difícil de ganar.

El proceso es más bien inverso: se elige o se asume una creencia por motivos emocionales, por las enseñanzas familiares y la presión social, por la retórica de un líder carismático que parece saber lo que queremos, lo que pensamos, lo que deseamos y lo que necesitamos —algo que hacen porque saben que en general los seres humanos somos bastante previsibles y casi todos queremos, pensamos, deseamos y necesitamos muchas cosas en común—, por creer haber sido testigos de un milagro o por alguna otra causa. Por ejemplo, algunos expertos en psiquiatría consideran que la epilepsia favorece la espiritualidad y han tenido la osadía —desde el punto de vista de las religiones

— de explicar algunos éxtasis y epifanías como ataques epilépticos. Tal es el caso de santa Teresa de Jesús, que como escritora dejó testimonios de sus «éxtasis religiosos», que algunos médicos consideran que se corresponden puntualmente con las experiencias de quienes sufren epilepsia. La iglesia católica, por supuesto, lo ha negado vigorosamente. Otro ejemplo común es la epifanía de san Pablo en el camino a Damasco que comentaremos más adelante.

Una vez asumida la creencia religiosa por motivos emocionales, eso sí, el creyente suele acudir a razones para sustentarla. Razones que son, con frecuencia, justificaciones retóricas de las deficiencias aparentes de su deidad de elección.

La tarea de justificar, defender, explicar y celebrar a los dioses se logra mucho más fácilmente como un trabajo colectivo, sin duda. Y es por ello que, más allá de la relación personal y privilegiada que cada creyente considera tener con su deidad de elección, la creencia en la mayoría de los casos se expresa y sustenta colectivamente en la forma de una religión.

Parte dos: Religión

Fuera de la realidad

Cuando enfrentamos las especulaciones del pasado y las comparamos con lo que conocemos gracias a la ciencia y a lo que hemos llegado mucho tiempo después, y mediante procedimientos que los antiguos desconocían, a veces da la curiosa impresión de que algunos de éstos tenían razón. Es como si hubieran tenido la capacidad de ver el futuro y casi «profetizar» lo que luego se determinaría como una certeza.

Por ejemplo, el filósofo Demócrito de Abdera (c. 470 a c. 360 a. e. c.) argumentaba, siguiendo a su maestro Leucipo, que toda la materia está formada por átomos y espacio. Esto significaba que la materia que forma la realidad no puede dividirse infinitamente. Si tomamos cualquier cosa, cualquier objeto material y lo cortamos a la mitad, y luego tomamos esa mitad y la volvemos a dividir a la mitad, y seguimos ese procedimiento una y otra vez —suponiendo que tenemos la capacidad de seguirlo haciendo en dimensiones extremadamente pequeñas—, habría un momento en que llegaríamos a tener una partícula que ya no podríamos dividir, una partícula elemental. De hecho, ésa es la etimología de «átomo», de «tomos», cortar, y «a», prefijo que denota negación: no cortar, indivisibilidad; el átomo es aquello que no puede dividirse.

Aristóteles (384 a 322 a. e. c.), por su parte, argumentaba, también de modo muy convincente, que la materia era infinitamente divisible, idea que compartía con Platón. Es decir, que podríamos seguir dividiendo ese objeto en mitades sin llegar jamás a una partícula básica.

Establecidas las posiciones de ambas doctrinas, durante los siguientes dos mil quinientos años, los filósofos y los teólogos discutieron y argumentaron y reflexionaron interminablemente sobre cuál era la posición correcta: la atomista o la de la divisibilidad infinita de la materia. La discusión, por supuesto, no tenía visos de resolverse por la vía del debate filosófico, cosa, por otro lado, común; las cosas no se resuelven por la vía únicamente del debate filosófico. Y el mismo debate se llevaba a cabo en otras tradiciones culturales, como la hinduista y la islámica, con sus pensadores opuestos.

Pero en el siglo xix, la ciencia se había desarrollado hasta un punto tal que realmente podía conocer el mundo de lo más pequeño. Los trabajos experimentales, las observaciones y las aproximaciones matemáticas del problema permitieron llegar a la conclusión que eludía a los filósofos: la materia no es infinitamente divisible. La aplicación del método científico permitió demostrar que hay una forma de materia que es químicamente indivisible, y esa forma de materia recibió el nombre de «átomo».

Fin del debate filosófico. Fin de la confrontación entre dos posiciones encontradas.

Pero hay un aspecto que resulta especialmente relevante en cuanto al pensamiento: los átomos químicos, los que se definieron en el siglo xix, no tienen *nada que ver en realidad* con los átomos de Demócrito. Y, por supuesto, el descubrimiento de la existencia de los átomos químicos no significaba que fuera válido concluir que Demócrito «sabía más» que Aristóteles o Platón, o que «tenía razón» o que «estaba en lo correcto». Eso sería falsificar el proceso de adquisición del conocimiento. Simple y sencillamente, había dos especulaciones encontradas, dos respuestas posibles —y sólo dos, no había una tercera— a una pregunta concreta sobre una característica de la materia: ¿es o no infinitamente divisible? En esas condiciones, era absolutamente inevitable que una de ellas fuera correcta y la otra no. Pero esto no eliminaba el hecho de que ambas especulaciones usaban el mismo método poco fiable para generarse y

sustentarse: el sentido común, la argumentación retórica, el razonamiento sin contrastación con la realidad. Y mediante el uso de ese método, no había modo de saber cuál de las dos respuestas posibles era la correcta.

Por ello, el debate quedó sin solución hasta el siglo xix.

Pero, de hecho, los científicos pronto descubrieron que los que habían llamado «átomos» sí podían dividirse, por medios físicos, separándolos en partículas elementales, los protones, neutrones y electrones. Lo que las hacía diferentes es que esas partículas, por separado, ya no se comportaban químicamente como los átomos de los que formaban parte. Un átomo de hierro no puede dividirse *y seguir siendo hierro*, de modo que, semánticamente, desde el punto de vista del significado más estricto, el nombre de «átomo» no es del todo incorrecto. El átomo es la menor unidad posible de un elemento.

Pero el nombre tampoco es preciso, porque esa unidad se puede romper, aunque desaparezca el elemento. Y después resultó que esas partículas tampoco eran indivisibles, pues se pudo comprobar que los protones y los neutrones están formados por otras partículas aún más pequeñas que se llamaron quarks, y que, además, los electrones eran parte de una familia de otras partículas que apenas se empezaban a conocer, los leptones, además de otras, llamadas bosones, que tenían a su cargo la transmisión de las diversas fuerzas de la naturaleza.

Estrictamente, y si nos atenemos a la etimología, los átomos de Demócrito serían realmente los quarks y las demás partículas elementales, los leptones y los bosones, diecisiete partículas conocidas —hasta hoy— que son realmente indivisibles y que presentan distintas variedades, de modo que, sumando todas, llegamos a un total de sesenta y una partículas elementales.

Hasta donde sabemos.

Hoy.

Mañana podríamos saber más.

La física, sin meterse en demasiados problemas especulativos o de etimología y semántica, mantuvo el nombre de «átomo» para la unidad básica de los elementos de la materia; una unidad formada por un núcleo central de protones cargados positivamente y, en la mayoría de los casos, neutrones —que no tienen carga—, y que está rodeado de una nube de electrones cargados negativamente. El concepto es útil porque el número de protones del núcleo determina el elemento de ese átomo: 1 protón = hidrógeno, 6 protones = carbono, 79 protones=oro, 92 protones=uranio. La etimología original de «átomo» se ha divorciado del uso real, del mismo modo en que llamarse «Fernando» no significa que uno sea un «viajero audaz», que es la etimología germánica del nombre. De hecho, un Fernando bien pueden ser una persona sedentaria, tranquila y poco dada a viajes y actos de valentía o arrojo.

Demócrito no sabía nada que no supieran sus contemporáneos, simplemente tenía una opinión diferente de la de sus oponentes. En cambio, los físicos saben mucho más que Demócrito y Aristóteles, y muchísimo más que todos los que discutieron del tema durante siglos y siglos.

Este ejemplo, fundamental en la historia del conocimiento humano, se aplica perfectamente al tipo de especulaciones que hacen algunas religiones y que ocasionalmente coinciden con la realidad.

En el islam, por ejemplo, existe toda una industria editorial dedicada a demostrar cómo cada uno de los descubrimientos de la ciencia moderna estaba de alguna forma prefigurado en el Corán. Además de buscar coincidencias y parecidos, se hacen reinterpretaciones de distintos fragmentos de sus escritos sagrados, muy al estilo con el que algunos interpretan las profecías de Nostradamus. Es decir, se toman acontecimientos que sabemos que han ocurrido y se procede a buscar entre todas las cuartetas de las centurias de Nostradamus, o en los libros sagrados, cuál podría interpretarse de tal manera que se ajuste al hecho que ya aconteció como si eso demostrara que realmente existe una profecía. Es lo que se ha llamado, con una sana dosis de cinismo, la predicción del pasado.

Para lo que ciertamente no sirven Nostradamus, ni la filosofía ni las religiones es para decirnos cuál va ser la realidad el día de mañana.

Una de las indicaciones que para algunos señala claramente el origen humano y no divino de las religiones es su incapacidad de ofrecernos alguna información acerca del futuro, especialmente dados los estrepitosos fracasos de sus profetas. Una de las labores de la apologética o interpretación y defensa de la religión se centra en interpretar y reinterpretar de modo poco justificable las afirmaciones de los profetas para justificar precisamente que se les dé ese nombre.

Y el fracaso en la dura tarea de adivinar el futuro resulta bastante más escandaloso cuando el profeta es la propia deidad. En la Biblia abundan los ejemplos. En numerosas ocasiones, Jehová promete a los israelitas destruir diversas ciudades o reinos o pueblos que son enemigos de Israel y de su deidad: Tiro, Egipto, los hititas, los perizitas, los jivitas...

Así, en el libro del profeta Josué 3, 10, leemos:

Y añadió: «En esto conocerán que el Dios viviente está entre ustedes, y que él expulsará delante de ustedes a los cananeos, los hititas, los jivitas, los perizitas, los guirgazitas, los amorreos y los jebuseos».

Sin embargo, en el mismo libro, después de las guerras emprendidas por los israelitas contra estos pueblos para apoderarse de la tierra que les había prometido su dios, encontramos, capítulo 15, 63, que: «Pero los hijos de Judá no pudieron desposeer a los jebuseos, que ocupaban Jerusalén. Por eso los jebuseos viven todavía hoy en Jerusalén, junto a los hijos de Judá».

Y, más aún, siguiendo con el libro de Josué, los cananeos tampoco fueron expulsados, como cuenta el capítulo 17, 13: «Pero después, cuando los israelitas se hicieron más fuertes, obligaron a los cananeos a pagar tributo, aunque no llegaron a desposeerlos».

Como éste hay docenas de ejemplos que demuestran la ineficacia de los profetas y del dios bíblico como agoreros.

Las especulaciones de las religiones, de los libros sagrados y de los filósofos no son en modo alguno prefiguraciones de lo que posteriormente ha conseguido el conocimiento humano. De hecho, podemos decir con bastante certeza que el conocimiento, todo el conocimiento, se ha conseguido a través del ejercicio de la razón y la práctica, de la observación y de la experimentación, no de la especulación o la iluminación.

Por ello mismo, cuando las religiones proponen explicaciones, y sobre todo cuando proponen explicaciones tan disparatadamente diversas como las que ofrecen las miles de religiones que hay y ha habido en el mundo, es evidente que algunas tendrán en un momento dado un parecido mayor o menor con la realidad. Esto no significa que hayan «acertado», sino simple y sencillamente que en ese punto particular tuvieron más suerte que otras profecías igualmente inventadas.

El sistema, por cierto, es frecuentemente utilizado por adivinadores de la más baja estofa. Cada año, en muchas sociedades, es costumbre que los presuntos profetas hagan sus «predicciones de año nuevo», entre las que generalmente vemos la misma variedad que hay en las aproximaciones religiosas a la realidad: algunas son tan generales que seguramente se cumplirán —«morirá un político conocido»—, otras son tan crípticas que realmente pueden significar lo que uno quiera —«las fuerzas telúricas marcarán las relaciones internacionales»— y alguna que otra es audazmente

precisa («morirá Fidel Castro» es una favorita desde 1959 y hasta la fecha de escribir este texto; hay adivinos que la emiten como profecía todos los años, a sabiendas de que algún día tendrán que acertar y entonces la gente se olvidará de los más de cincuenta años en que han fallado redondamente).

Tanto los futuristas de baja estofa como las más respetadas religiones se han apoyado, igualmente, en una característica fundamental de la mente humana que se conocía empíricamente mucho antes de que la psicología explicara su mecanismo: enfrentados a muchas afirmaciones, los seres humanos tendemos a recordar o dar mayor importancia a aquéllas que confirman lo que creemos, e igualmente tendemos a olvidar o minimizar las que van contra nuestras posiciones previas. Es el llamado «sesgo de confirmación», que sirve de filtro para la información, de modo que consideremos más valiosa la que más nos conviene. De las muchas afirmaciones que un «vidente» o «psíquico» puede hacer en una «consulta» o en sus predicciones anuales, en el horóscopo o en una llamada a una línea telefónica escandalosamente costosa, recordaremos aquéllas que sean aciertos y olvidaremos las fallidas.

Las profecías tienden a ser utilizadas por muchas religiones como pruebas de su verdad. Algunas son un tanto endebles, como la que afirma que en el Salmo 78 se dice que el Mesías hablaría en parábolas y, como los Evangelios dicen que Cristo hablaba en parábolas, se cumplía una profecía.

De hecho, lo lógico, si hubiera un dios y un escenario preternatural reales cuya existencia se pudiera contrastar, no habría descripciones distintas de la deidad en las distintas culturas ni diversos mitos de la creación del mundo o de los seres humanos. En ese caso, lo esperable sería que todos los seres humanos iluminados, profetas y privilegiados que hablan con dios —y éste les responde, que, al parecer, es la parte más complicada— nos dieran testimonio de lo mismo, de una deidad que piensa y quiere las mismas cosas, con las mismas características generales, con la misma voluntad, con un mundo ultraterreno también similar. Todos hablarían con el mismo dios y verían el mismo más allá... Pero no es así: distintas culturas crean distintos dioses, distintas mitologías y distintos universos preternaturales en función de su experiencia, de su entorno, de su realidad singular.

Por eso, antes de centrarnos en los aparentes aciertos de algunos textos religiosos, es más relevante centrarnos en los enormes errores que contienen todos y cada uno de los libros sagrados que los seres humanos han considerado, a lo largo del historia, que han sido escritos por algún dios o al menos bajo la «inspiración» del dios, de algún santo, de un ser superior, un iluminado, alguna fuerza tan enorme y tan maravillosa que no puede equivocarse y, sin embargo, no tiene, al parecer, otra misión en el mundo que equivocarse una y otra vez.

El creyente selectivo

A fines los años ochenta y principios de los noventa tuve un buen amigo, un musulmán egipcio llamado Nabil, con quien mantuve largas conversaciones mientras él bebía cantidades verdaderamente asombrosas de cerveza. Hablaba de sus negocios no sólo en México, donde vivíamos por entonces, sino en otros países de América Latina, subcontinente que conocía muy bien; hablaba de Egipto, hablaba de cine y hablaba de su esposa, una estadounidense ciertamente no musulmana o al menos nada tradicional, que trabajaba en una organización bilateral México– estadounidense dedicada a asuntos de interés común en cuanto a la sanidad ganadera y que era la responsable de que Nabil estuviera radicando en la Ciudad de México.

En una de nuestras conversaciones, cuando ya teníamos cierta confianza mutua, le pregunté si era verdad que su religión prohibía terminantemente el consumo de alcohol. Nabil respondió que sí, por supuesto, era uno de los principios básicos, uno de los mandamientos más claros y contundentes del Corán, que afirma que si una sustancia intoxica en grandes cantidades, no es permitida ni siquiera en pequeñas cantidades. Es decir, no basta no emborracharse, no se puede tomar ni un sorbo de una bebida alcohólica.

Mi pregunta siguiente, lógicamente, fue si Nabil no se consideraba un buen musulmán o si secretamente había renunciado a su fe. Respondió contundentemente que él, por supuesto, era un fiel creyente en el islam, un verdadero musulmán, practicante y orgulloso de serlo. ¿Por qué entonces faltaba uno de los mandamientos y bebía, y lo hacía en cantidades tan generosas? Me explicó que a él le gustaba mucho la cerveza y que, como buen creyente musulmán, sabía que Alá era misericordioso. Si Alá es misericordioso y es consciente de las debilidades humanas, Nabil estaba absolutamente seguro de que le perdonaría esta pequeña infracción en el gran total de todas las acciones de su vida que, me aseguraba, seguía los preceptos más nobles de la religión, dando limosna, tratando de ser justo y leal.

Ésta fue la primera vez en que vi en acción en el islam la idea de la creencia selectiva que, por otro lado, era una vieja conocida.

Entre los cristianos, especialmente aquéllos que viven en las culturas de la Ilustración, es muy común que cada uno decida, de manera absolutamente personal, si algunas partes del dogma de su religión les resultan inaceptables, y se convencen de que pueden desobedecerlas o pasarlas por alto, y todo ello sin que se vea afectada su relación fundamental con la deidad, ni mucho menos que sea algo que los convierta en malos cristianos ni que se vea en riesgo el cumplimiento de sus leyes que, consideran, les está ganando el paraíso.

Los cristianos fundamentalistas, por ejemplo, se ajustan al máximo a la letra de lo escrito en la Biblia, y los hombres están totalmente convencidos de que han pecado si ven a una mujer que les parece sexualmente atractiva y la desean, pues esto está prohibido específicamente. La forma de la prohibición es «no desearás a la mujer de tu prójimo», expresando de manera clara el sexismo que distinguía a las sociedades desérticas entre las que se fue forjando la mitología bíblica. Desde un punto de vista fundamentalista o integrista, no es pecado que una mujer desee al hombre de su vecina, pues el mandamiento parece «sólo para hombres». Grave contradicción, por cierto.

Vista en su conjunto y aun con todas las coartadas y explicaciones teológicas y de muy diversas exégesis que buscan eliminar, explicar o resolver las contradicciones bíblicas, la enorme amplitud de las enseñanzas cristianas en todas sus variantes e incluso dentro de cada una de ellas deja muchísimo espacio para elegir.

Esto resulta especialmente complejo en una tradición como la cristiana, donde las leyes establecidas en el Antiguo Testamento quedan, se afirma, anuladas y desplazadas por el nuevo pacto que Cristo habría hecho con la humanidad. La vieja ley de Moisés se deroga en favor de una renovada alianza entre dios y los seres humanos. Pero pese a esto, las iglesias, en particular las de las tradiciones protestantes y muy especialmente las puritanas o fundamentalistas, al igual que muchísimos creyentes cristianos, siguen acudiendo a las afirmaciones y a las leyes establecidos en el Antiguo Testamento, especialmente libros tan estremecedoramente aterradores como el Levítico y el Deuteronomio, para normar en parte su criterio sobre cómo nacer, cómo vivir y cómo morir.

Un ejemplo aterrador de la historia: la persecución de las brujas que se desarrolló desde el siglo xv hasta el xviii en Europa y, en menor medida, en distintas colonias europeas tiene como base un solo versículo del libro del Éxodo 22, 17 o, en la Biblia protestante, versión [King James](#), 22, 18: «No dejarás vivir a la hechicera».

Nada más.

El hecho de que esta orden divina perteneciera a un pacto supuestamente ya cancelado según todas las enseñanzas cristianas, sustituido por un nuevo pacto con dios, no obstó para que, basándose en estas breves palabras —y apoyándose en otras condenas de la brujería y la magia que hay en la Biblia, ninguna de las cuales implica, sin embargo, la pena de muerte—, se construyera el imperio de terror desatado, sobre todo por el libro de Heinrich Kramer —atribuido también

habitualmente a James Sprenger, aunque al parecer éste no participó en su redacción— de 1486, *Malleus Maleficarum* (*El martillo de las brujas*). Este manual esencial de cacería de brujas sería utilizado por los fieles para encontrar y ejecutar a decenas de miles de presuntas brujas hasta el último juicio contra una chica de dieciséis años en Salzburgo en 1750 que fue juzgada, hallada culpable, sentenciada a muerte y ejecutada.

Pero sin acudir al Antiguo Testamento, del cual se podría decir que sus contradicciones son producto de haber sido escrito por innumerables autores que recogieron tradiciones orales distorsionadas por el tiempo y que, a su vez, han sido reescritas, tomemos una sola obra del fundador del cristianismo, Saulo de Tarso o san Pablo. Este antiguo perseguidor de cristianos por cuenta de Roma sufrió una epifanía durante un viaje a Damasco, a donde iba a cazar cristianos, tuvo una visión de Cristo y fue lanzado al suelo —suponemos que iba sobre alguna montura— por un destello de luz. A partir de allí, se convirtió al cristianismo y empezó a predicarlo apasionadamente. Entre sus obras están las cartas o epístolas a distintos grupos cristianos, como las dos que envió a las comunidades cristianas de Corinto alrededor del año 60 e. c.

En la primera carta o epístola, que todos los autores cristianos consideran genuina salvo por un par de versículos que no nos afectan, Pablo nos dice que debemos juzgar y, dos capítulos más adelante, nos dice que no debemos juzgar nada. Si un cristiano quiere justificar, entonces, los juicios que hace de otras personas, de políticos, de deportistas o de quien sea, y al mismo tiempo espera tener impunidad para no ser juzgado a su vez, puede citar como autoridad la epístola 1 Corintios 2, 15 que dice: «El hombre espiritual, en cambio, todo lo juzga, y no puede ser juzgado por nadie».

Pero si, por otra parte, quiere negar el derecho a la crítica diciendo que juzgar es prerrogativa de dios y no de los hombres, puede citar 1 Corintios 4, 5, donde Pablo establece:

Por eso, no hagan juicios prematuros. Dejen que venga el Señor: él sacará a la luz lo que está oculto en las tinieblas y manifestará las intenciones secretas de los corazones. Entonces, cada uno recibirá de Dios la alabanza que le corresponda.

Pero no todas las contradicciones de la creencia selectiva están apoyadas en bases teológicas o bíblicas. Por ejemplo, las mujeres que forman la red Católicas por el Derecho a Decidir, presente principalmente en América Latina, pero con alguna influencia en España, consideran que tienen derecho a practicarse un aborto en caso de así necesitarlo o desearlo, sin que ello las deba convertir en reos de excomunión, que sería lo que debería ocurrir según los dictados de la iglesia vaticana. Precisamente para eludir tales dictados, en sus textos acuden a distintos argumentos como el hecho de que, según encuestas, «[...] los católicos y católicas apoyan la posibilidad de que existe al (sic) aborto legal y creen que éste puede ser una opción [moral](#)».

Claro que resulta difícil aceptar que una enseñanza eclesiástica pueda estar sujeta a una votación democrática. El dios monarca no se rebaja nunca a ser el dios presidente o el dios electo por la soberanía popular, y ciertamente esto no están dispuestos a permitirlo quienes son los portavoces de dios en la Tierra.

Igualmente, esta red de mujeres que luchan por sus derechos, pero pretenden hacerlo dentro de su religión utiliza un argumento de derecho religioso que no me resisto a copiar tal como aparece en la página web de la red Católicas por el Derecho a Decidir:

La Ley Canónica de la Iglesia Católica en la actualidad establece que cualquiera que cometa el pecado del aborto queda automáticamente excomulgado de la iglesia. Para cometer el pecado del aborto, la persona tiene que pensar que cometer un aborto en su caso en particular, teniendo en cuenta todas las circunstancias de su vida y de su embarazo, es un pecado contra Dios. Si piensa así, [abortar sería ir contra lo que le dicta su conciencia](#).

Es decir, el pecado queda determinado por la mujer que aborta. Si no cree que es pecado, no lo es. Si cree que sí lo es, está pecando. Aunque después se aclara que el pecado puede, como siempre, lavarse mediante la confesión, es relevante anotar lo que realmente dice el derecho canónico sobre el tema del aborto —al que volveremos más adelante, como es inevitable—. En realidad, el Código de Derecho Canónico, que es la ley interna de la iglesia católica, es bastante escueto. En su Canon 1398 dice simplemente: «Quien procura el aborto, si éste se produce, incurre en excomunión *latae sententiae*». Donde *latae sententiae* quiere decir que la sentencia ya ha sido dictada, es decir, que no hay necesidad de juicio o nueva sentencia, la excomunión es automática, *ipso facto*. Las salvedades que hace la propia iglesia es que no queda excomulgada la mujer que no sepa que el abortar es pecado mortal... no la que no crea que es pecado, sino la que no sepa que la iglesia así lo considera, como tampoco queda excomulgada la que no sabe que el aborto se castiga con la excomunión.

Hay médicos que cualquiera de nosotros llamaría buenos cristianos y que ayudan a otros a terminar con su vida cuando esta ya es insoportable, y no consideran tampoco por ello estar violentando las enseñanzas en contra de la muerte digna o eutanasia que sustenta la sede de San Pedro.

Tenemos cristianos que roban, cristianos que matan, cristianos que cometen adulterio y, en general, cristianos que cometen todos los pecados pequeños u grandes —o como ellos los llaman: venales y capitales—, delitos de lo más diversos y contravenciones graves a las enseñanzas de la iglesia, al tiempo que piensan que todo ello no los excluye de su religión ni de su pequeña parcela del paraíso.

Ciertamente resulta contradictorio. Si la Biblia es la palabra de dios expresada con la máxima

precisión a través de escribas fiables, según rezan las tradiciones de los tres monoteísmos, ¿cómo es posible que un simple creyente, un pecador pueda decidir que alguna parte no es tan verdadera como otras? Y sin embargo, continuamente lo hacen, tanto musulmanes como judíos o cristianos.

Salvo en el caso de los integristas, fundamentalistas o literalistas de los libros sagrados de distintas religiones, los creyentes parecen estar convencidos de que, efectivamente, como creen otros, existe una buena dosis de mano humana en la redacción de sus textos sagrados, que hay alguna influencia histórica correspondiente a tiempos pasados, que esos libros no son punto por punto la palabra de dios y que, por tanto, existe implícitamente cierta flexibilidad, la suficiente como para permitirles elegir qué partes quieren o no creer.

Evidentemente, basta ejercer el más leve sentido crítico, el mínimo espíritu cuestionador, la lógica más elemental para darse cuenta de que todos los libros sagrados son obras humanas dependientes de su momento y de su entorno geográfico, de su sociedad y de sus problemas. Los errores en cuanto a hechos y datos, las imprecisiones históricas, la crueldad que muchas veces revela y la incoherencia que finalmente muestran los dioses representados en ellos y en sus enseñanzas son tan flagrantes que, para no ser un creyente selectivo, es necesario renunciar a toda posibilidad de pensamiento y admitir como verdades absolutas todas las afirmaciones, detalles, textos, incluso cuando se contradicen entre sí.

Esto significa renunciar al pensamiento libre. Y, en muchas ocasiones, como resultado, emprender la persecución de la razón, considerada como un adversario temible de la fe, de dios y de la religión.

El miedo al pensamiento

Es famosa la frase de Martín Lutero: «La razón es la mayor enemiga que tiene la fe», como una de las expresiones más claras del rechazo de las religiones al pensamiento libre, al ejercicio de la lógica, el cuestionamiento, la visión crítica, la lógica y el uso de la evidencia.

En realidad, el creador de la Reforma cristiana y fundador del protestantismo tenía un odio a la razón que se expresa mejor en otras citas. En una de sus obras principales, *De servo arbitrio* (*El albedrío esclavo*), se desboca en una orgía de agresión:

La razón es la mayor prostituta del diablo; por su naturaleza y manera de ser es una prostituta nociva, devorada por la sarna y la lepra, que debería ser pisoteada y destruida, ella y su sabiduría... Arrojar estiércol en su cara para hacerla horrible. Es y debe ser ahogada en el Bautismo [...]. La miserable merecería que se la relegase al lugar más sucio de la casa, a las letrinas. [5]

En otro momento escribió:

La razón debe ser engañada, cegada y destruida. La fe debe arrasar con todo razonamiento, sentido y entendimiento, y cualquier cosa que vea debe ser apartado de la vista... no conocer nada salvo la palabra de Dios.

No es difícil ver en estos sagrados arrebatos de sinceridad, de temor de que la razón haga dudar a los creyentes y ponga en jaque las enseñanzas de los jerarcas de las iglesias, ecos de la destrucción de todo producto de la razón y la civilización emprendidos por los grupos islamistas fanáticos, o del antiintelectualismo de ciertos sectores de la izquierda y la derecha en las culturas de la Ilustración.

La posición extrema de Martín Lutero, expresada con toda la intensidad del odio que con inquietante frecuencia caracteriza a quienes supuestamente son portadores de un mensaje de amor, fraternidad, solidaridad y respeto al prójimo no es, sin embargo, excepcional, aunque su redacción sea de las más candentes.

Una de las misiones fundamentales de la religión es conseguir que sus fieles piensen lo mismo. En el caso de las religiones evangelizadoras —el cristianismo, el budismo o el islam, por ejemplo—, el objetivo es que todos los seres humanos piensen lo mismo. Es decir, que el ejercicio de la razón esté debidamente acotado por un cercado construido con los dogmas, creencias, propuestas, prohibiciones, fobias, tabúes y afirmaciones sin bases de la fe.

En el Medievo cristiano, pensar no estaba penado en sí... si uno pensaba lo correcto y lo sabía fundamentar en las autoridades correctas con un manejo habilidoso de la retórica. La Escolástica, la corriente filosófica dominante en la Europa cristiana, buscaba precisamente conjuntar la fe y la razón o, más exactamente, justificar la fe con la razón.

Esto lo expresó de manera contundente, a fines del siglo xi, san Anselmo de Canterbury, el fundador de la Escolástica, cuando dijo que el lema que regía su vida era *fides quaerens intelligentiam*, es decir, «la fe en busca de la comprensión». Anselmo buscaba usar la razón para lanzar luz sobre las creencias, pero no para cuestionarlas. De hecho, el propio Anselmo consideraba que la razón no era necesaria para la fe, simplemente era un apoyo adicional.

La fe, o al menos lo que sucesivos concilios iban acordando que debería ser la fe, era verdad por definición, sin discusión posible. La filosofía buscaba comprender esa verdad y analizarla desde distintos puntos de vista para celebrarla. Y cuando la fe o los libros sagrados dejaban algún espacio en blanco, se sucedían las discusiones vacías, como la de cuántos ángeles pueden danzar en la punta de un alfiler. Bueno, en realidad, ésta es una broma basada en una discusión real que proviene ni más ni menos que de santo Tomás de Aquino, teólogo todavía favorito de la iglesia católica, que, en su obra magna *Summa theologica*, en la Cuestión 52 de la parte llamada, precisamente «Tratado de los ángeles», dedica el Artículo 3 al tema «Muchos ángeles ¿pueden o no pueden estar en un mismo lugar a la vez?»[6] .

Pero cuando alguien usaba la razón para llegar a conclusiones distintas de aquéllas consideradas indudables por la iglesia, más le valía que callara o se encontraría con la verdadera fuerza de la fe, en la forma de soldados armados y obedientes.

Un ejemplo...

Campo de' Fiori es una plaza que se encuentra en el centro de la Roma tradicional, a pocas calles del Tíber. Es sede de un mercadillo que conjunta desde los productos alimenticios tradicionales del mercado de barrio hasta los *souvenirs* romanos, camisetas, gorras, imanes para neveras y demás parafernalia inútil, manteniendo en su extremo sureste todavía los puestos de flores que evocan su nombre medieval, cuando era simplemente un prado florido. De día, las hordas turísticas que la visitan, generalmente en el trayecto de piazza Navona hacia el palacio Farnese, hacen la plaza casi inaccesible y de noche la juventud romana la aprovecha para beber y reunirse. El escándalo, pues, es incesante.

Más o menos en el centro de la plaza, en la parte noroeste, está una estatua que poco tiene que ver con el ambiente festivo y comercial de la zona. Representa a un monje dominico con la capucha hacia adelante, sombreando los ojos, tiene la cabeza ligeramente inclinada y con las manos cruzadas

sostiene contra su cuerpo uno de sus libros. La inscripción del pedestal de la estatua dice: «A Bruno —el siglo que predijo— aquí donde ardió el fuego». «Bruno» es Giordano Bruno, quemado el 17 de febrero de 1600, acusado de muchos y muy graves crímenes de herejía, de sostener opiniones contrarias a la fe católica, tener opiniones «equivocadas» según la Inquisición y, especialmente, por afirmar que en un universo infinito y eterno había innumerables mundos habitados. Y la frase «el siglo que predijo» se refiere al xix, ya que la estatua fue erigida en 1889.

Dicen los romanos que ni siquiera hay certeza de que Bruno hubiera sido quemado en esta plaza, quizá fuera en otra. En todo caso, eso es episódico, como el hecho de que su imagen es más bien imaginaria, ya que no hay retratos de la época. Lo que no es episódico, y que no representa la estatua, es que el temor que la iglesia católica llegó a tener a las palabras de Giordano Bruno fue tanto que se lo llevó al quemadero con la boca torturada por pinchos de hierro para evitar que hablara y el populacho escuchara sus peligrosas ideas.

Nacido como Filippo Bruno en Nola, Campania, en 1548, asumió el nombre Giordano al ingresar a la orden de los dominicos. Muy pronto, dada su tendencia a pensar por su cuenta y su gusto por los libros prohibidos por la iglesia, abandonó la orden y la ciudad, y empezó a viajar enseñando matemáticas y otros temas. Pasó por Génova, París, Londres, Marburgo, Wittenberg, Praga, Helmstedt y Frankfurt.

Como defensor de Copérnico y su nueva astronomía, Bruno escribió *La cena del Miércoles de Ceniza* y durante años fue prácticamente el único filósofo dedicado a difundir las ideas del astrónomo polaco, adicionada con sus propias conclusiones y especulaciones.

Pero, sobre todo, Giordano Bruno imaginó un concepto totalmente novedoso y anatema para las religiones: *libertes philosophica*, lo que hoy llamamos la libertad de pensar, de imaginar, de cuestionar sin ninguna atadura impuesta exteriormente. La libertad de investigar el mundo a nuestro alrededor y alcanzar conclusiones independientes.

No es que Bruno tuviera razón en cuanto decía —asunto por lo demás irrelevante en este caso —, sino que sus conclusiones no eran acordes con las escrituras... según la iglesia. Bruno afirmó —en el único fragmento superviviente de su juicio, dedicado a su último interrogatorio —: «Primeramente, digo que las teorías sobre el movimiento de la Tierra y sobre la inmovilidad del firmamento o del cielo son producidas por mí sobre una base razonada y segura, que no socavan la autoridad de las Sagradas Escrituras». Y también: «Con respecto al Sol, digo que no sale o se pone ni lo vemos salir o ponerse porque, si la Tierra gira en su eje, ¿qué queremos decir por salir o ponerse?».

Eran los temas fundamentales de su libro *Del universo infinito y los mundos*, de 1584.

Pero el principal delito de Bruno a ojos de su perseguidor, el cardenal Belarmino — que años después lanzaría su furia contra Galileo —, fue aplicar el razonamiento a los misterios de la religión, y sus conclusiones le llevaban a rechazar la virginidad de María, la divinidad de Cristo y numerosas enseñanzas de la Biblia en nombre de una visión panteísta, donde todo el universo era una manifestación de dios.

Más allá de las teorías de Copérnico, Bruno supuso que había otros mundos habitados en el universo. Escribió: «Hay un solo espacio general, una sola vasta inmensidad que libremente podemos llamar el vacío, en ella hay innumerables orbes como éste, sobre el que vivimos y crecemos, y declaramos que este espacio es infinito, pues ni la razón ni la conveniencia, la percepción de los sentidos ni la naturaleza le asignan un límite». Esta idea aún le quita el sueño a la iglesia, pues, si hubiera otros planetas como el nuestro y en ellos hubiera vida y, más aún, vida inteligente, se les

presentarían muchas difíciles preguntas teológicas, por ejemplo, ¿cómo se concilia ese hecho con la historia de la creación según el Génesis?, ¿son pecadores o están libres del pecado original?, si son pecadores, ¿tuvo cada uno su propio salvador o aún no han sido salvados (no olvidemos que los seres humanos vivieron, si uno atiende las enseñanzas cristianas, en absoluto pecado y condenados al infierno hasta la llegada de Cristo al mundo)?

Acusado de hereje por uno de sus mecenas, Zuane Mocenigo, decepcionado porque Bruno le enseñara filosofía y no secretos del ocultismo mágico, fue detenido en 1592, torturado, interrogado y se le exigió que se retractara totalmente de todas sus ideas. Su último recurso, ante el papa Clemente VIII, fue inútil, el emperador vaticano no lo veía con simpatía. Tres años después de su ejecución, toda su obra fue incluida en el *Índice de libros prohibidos*.

El origen de la estatua es la continuación, trescientos años después, de la lucha de la iglesia contra la razón. En 1884, el papa León XIII emitió la encíclica —así llaman a las cartas de los papas que establecen qué deben creer los fieles— *Humanum genus*, en la cual atacaba a los masones —por entonces adalides del pensamiento liberal e ilustrado, y en general panteístas como Bruno— y las ideas de los naturalistas que

[...] establecen que todos los hombres tienen los mismos derechos y son en todo respecto de igual y similar condición; que cada uno es naturalmente libre; que nadie tiene el derecho de mandar a otro.[7]

Se sigue que el papa defendía, por supuesto, lo contrario. Y le escandalizaba que, de acuerdo con esto, «todas las cosas pertenecen a los hombres libres; el poder se tiene por mandato o permiso de la gente, de modo que cuando la voluntad popular cambia, se puede deponer legalmente a los gobernantes y la fuente de todos los derechos y deberes sociales está bien en la multitud o en la autoridad gobernante cuando ésta se encuentra constituida de acuerdo con las más recientes

doctrinas». En resumen, el papa aprovechaba el ataque a los masones para oponerse a todo el pensamiento ilustrado, al concepto de soberanía popular, a la democracia y a la idea del Estado laico, preocupado porque algunos creían —como creemos en la actualidad, razonablemente— «que en las varias formas de religión no hay motivo por el cual una deba tener precedencia sobre otra; y que todas deben ocupar el mismo lugar», cuando por supuesto el monarca vaticano pensaba que la católica debía tener más privilegios por ser «la verdadera».

La reacción de los masones y librepensadores italianos fue convocar una colecta popular para erigir la estatua de Bruno que hoy domina el ajetreo comercial de Campo de' Fiori.

Al cumplirse los cuatrocientos años de la ejecución por el fuego de Bruno, por cierto, el 17 de febrero del año 2000, el cardenal Angelo Sodano, por entonces ministro de Estado del papa Juan Pablo II, emitió un tibio comentario oficial diciendo que, objetivamente, «ciertos aspectos de estos procedimientos y en particular su violento resultado a manos de la autoridad civil, en este caso y otros análogos, no puede sino constituir una causa de profundo pesar por parte de la iglesia». (La mención a la «autoridad civil» se debe a que, en todo el reinado de horror y miedo de la Inquisición, la iglesia no ejecutaba directamente a sus víctimas, sino que las condenaba y dejaba que «el brazo secular», es decir, el poder político fuera el que se manchara las manos de sangre, siempre bajo la vigilancia de las autoridades eclesiásticas).

El caso de Giordano Bruno es emblemático. El odio a Copérnico y a cuantos lo defendieron fue de las pocas cosas que unieron al Vaticano y a los cismáticos de la Reforma, porque todos veían en él la misma amenaza. Martín Lutero escribió: La gente le da oídos a un astrólogo advenedizo que se esforzó por demostrar que la Tierra gira, no los cielos o el firmamento, el Sol y la Luna. El que quiera aparecer inteligente debe idear algún nuevo sistema, que de todos los sistemas es, por supuesto, el mejor. Este bobo desea revertir toda la ciencia de la astronomía, pero la Sagrada Escritura nos dice (Josué 10, 13) que Josué ordenó que se detuviera el Sol, y no la Tierra.[8]

Lo notable del ejemplo de Giordano Bruno o de Copérnico y Galileo no significa que la lucha contra la razón sea exclusiva del cristianismo. La persecución del pensamiento en el islam, la negación de la razón en el budismo, las afirmaciones de las nuevas religiones privilegiando «la intuición» por encima de la razón, el rechazo a la ciencia y la tecnología, la desconfianza hacia el cuestionamiento crítico de la realidad y las ideas son una característica general, distintiva, de las religiones.

De hecho, podríamos decir que en algunos casos, ciertas posiciones políticas, sociales o de militancia en apariencia puramente civil, adoptan rasgos religiosos precisamente cuando el cuestionamiento se vuelve anatema.

Pero, si la razón no es el imperio de la religión, al menos lo es, pensaría uno, el arte religioso y su magnificencia.

O probablemente no.

¿Puede un ateo cantar *gospel*?

Ninguna visita a Roma estaría completa si no incluye el paso por la capilla Sixtina donde, en dos momentos distintos de su vida, Miguel Ángel pintó dos murales impresionantes, conmovedores y profundamente humanos; el del techo, narrando algunos acontecimientos del Antiguo Testamento de la Biblia, principalmente del libro del Génesis, que hizo entre los treinta y tres y los treinta y siete años de edad, y el del muro del altar, con el fin de los tiempos según la profecía redactada por Juan de Patmos —que no era, por cierto, Juan el apóstol— en el Apocalipsis o Libro de las Revelaciones.

Uno de los restos arqueológicos más apreciados de la Grecia clásica es el Partenón, nombre que se da al templo consagrado a Atenea, diosa, entre otras cosas, de la sabiduría, el arte, las matemáticas, el valor, la inspiración, la civilización, la ley, la justicia, la fortaleza y la guerra justa.

Visitar París exige pasar por la basílica de Notre-Dame, uno de los más exquisitos ejemplos de la arquitectura y escultura góticas del mundo, y un edificio sobrecogedor incluso pese a estar rodeado de una cantidad asombrosa de parafernalia turística.

La música universal es inconcebible sin el trabajo de Johann Sebastian Bach, máximo exponente del barroco y sistematizador de la estructura musical occidental, compositor prolífico y estremecedor.

La Biblia contiene uno de los más bellos poemas de amor de la Antigüedad, el Cantar de los Cantares de Salomón, dedicado a la reina de Saba.

El santuario de Toshogu en Japón. Los templos de Abu Simbel en Egipto. El Templo Mayor en la Ciudad de México. La historia del grial escrita por Chrétien de Troyes en la Francia medieval. El *gospel* y los espirituales negros del sur de Estados Unidos. El templo de Kamakhya en la India, los Vedas...

Éstos y muchísimos otros ejemplos, miles y miles, dejan claro que en todas las culturas y en todos los tiempos podemos encontrar que la religión ha sido un potente inspirador de creaciones artísticas que son un legado esencial de la humanidad, parte indudable de su riqueza. Desde las pinturas rupestres que se considera que tienen valor de magia simpática, o la Venus de Willendorf, el asombro humano y la búsqueda de respuestas más allá de lo natural, el arte religioso o místico es una presencia constante y fuerte, aun reconociendo que, desde el siglo xx, su presencia se ha debilitado en espacios como los pictóricos, arquitectónicos y musicales...

¿Por qué hay tantas expresiones artísticas poderosas que nos tocan emocionalmente y que tienen sus raíces en la religión?

Para algunas personas, el arte religioso es la expresión de la grandeza de su deidad, y es el contenido y significado preternatural, místico o divino, el que confiere su valor a estas obras.

Pero, nuevamente, si así fuera, sólo nos emocionaría el arte que se inspirara en la religión verdadera, suponiendo que existiera, mientras que el arte inspirado en deidades falsas, en creencias heréticas no podría conmovernos porque no tendría ese contenido de grandeza e implicaciones de la verdadera religión.

Sin embargo, esta explicación resulta insuficiente cuando consideramos que todo arte religioso bien realizado parece capaz de tocarnos muy profundamente, sea la música de Bach basada en sus creencias luteranas o las canciones de Leonard Cohen en su

decurso por el judaísmo, el cristianismo y el budismo; la pintura católica de Leonardo da Vinci o la arquitectura islámica de la mezquita de Córdoba.

La explicación, por tanto, debe estar en otra parte y no en la inspiración que da origen al trabajo artístico.

Muchísimas de las obras de arte que más nos emocionan son explicables porque los creadores, en su momento, elegían su temática bajo pena de exclusión social, de hambre e incluso de muerte. Es decir, en muchísimas culturas, épocas y lugares a lo largo de toda la historia era imposible ser artista y no ser artista religioso.

Me atrevo a aventurar una hipótesis al respecto, sin muchas bases, lo admito: la religión se apropió del arte precisamente porque el arte tenía en sí el poder de conmover profundamente a los seres humanos. Fue una herramienta encontrada, un hecho de la evolución que nos llevó a apreciar ciertas cosas como especialmente bellas y buscar experimentarlas: imágenes, sonidos, situaciones, igual un atardecer que un bello edificio, igual el canto de las aves que la música de un virtuoso. El poder del arte es enorme, y la religión, por supuesto, lo utilizó, probablemente sin planteárselo, sin un complot malévolo, simplemente viendo que su profundidad y capacidad de alcanzar la profundidad de la emoción humana seguramente debía de mantenerse estrechamente relacionada con la experiencia mística y teística.

El arte profano sólo surge cuando se extiende la idea de la libertad de pensamiento, la *Libertes philosophica* de Giordano Bruno. En Occidente nace con el Renacimiento, cuando además de pintar o escribir o esculpir temas religiosos o clásicos va siendo posible empezar a tocar temas sin relación

con la religión, la iglesia y dios. Y el Renacimiento es, a su vez, la expresión artística del estallido de libre pensamiento y cuestionamiento del universo que fue la esencia de la revolución científica.

De hecho, no pocos creadores artísticos del Renacimiento son también actores de la revolución científica. El caso paradigmático es el de Leonardo da Vinci, como dibujante, poeta, teórico artístico, ingeniero y pensador que encumbra el experimento como el gran árbitro de las ideas. Pero Leonardo no es el único, aunque sea el más completo y complejo. La revolución en la arquitectura, con su renovado conocimiento de las matemáticas, la geometría y los materiales, realizada por personajes como Raffaello Sanzio, Filippo Brunelleschi o el propio Miguel Ángel Buonarroti, son una expresión de esa revolución en el conocimiento, como lo fueron los acelerados descubrimientos en cuanto a aspectos técnicos del arte, desde la fundición hasta las proporciones humanas o matemáticas, desde los pigmentos hasta la música.

Mientras quienes pagaban el arte eran los poderosos y estaban totalmente sometidos a la dirección o el liderazgo religioso de la comunidad, los reyes o señores de la guerra, los artistas pintaban santos, pintaban dioses, pintaban vírgenes y, en el caso extremo, cuando mucho pintaban el rey, al marqués, a sus esposas o a sus queridas.

Pero en cuanto los creadores pueden, o cuando no los están mirando los poderosos de su sociedad, se ocupan de otros temas más humanos, de la alegría, del vino, del amor, de la desesperación, de la belleza del paisaje, del sexo, de su sociedad, de la comida, del placer.

Un buen ejemplo de esta tendencia lo profano como algo prohibido lo encontramos en los cánticos de Burana, conocidos como los *Carmina Burana* —donde *carmina* significa «canciones»—. Se trata de una colección de poemas de temática no religiosa, sino humana y mundana, encontrados en 1803 en el monasterio de Burana, situado en Bavaria, Alemania. Los doscientos cincuenta y cuatro textos procedentes de los siglos xi, xii y xiii, y recopilados de varios países y en varios idiomas, tocan temas como la volubilidad de la fortuna, la bebida, el placer sexual, las apuestas, la moral y, sobre todo, el amor, algo que parecería extraño considerando que varios concilios eclesiásticos habían decidido, a lo largo de los siglos anteriores, que los monjes y sacerdotes cristianos deberían mantener un total celibato.

Resulta llamativo que muchas personas, al escuchar los *Carmina Burana* con la música que les puso en el siglo xx el compositor alemán Carl Orff, creen que están escuchando una obra sacra. Lo imponente de la música, el uso de coros y el hecho de que muchos de los veinticuatro poemas elegidos por Orff para musicalizarlos estén en latín llevan a que se asuma que está uno ante una música religiosa cuando en realidad lo que está disfrutando son los poemas secretos y muchas veces lascivos de unos monjes cuya vida privada era, al parecer, muy distinta de su vida pública, ascética, piadosa y supuestamente célibe.

Sin embargo, es fácil ver que las motivaciones o la fuente de inspiración de los artistas tienen poco que ver con las emociones que nos provocan, salvo en casos excepcionales. Gustavo Adolfo Bécquer estaba profundamente enamorado de una o más mujeres, sin duda, pero no son ellas en sí quienes nos conmueven, sino la profundidad de los sentimientos del poeta. No es el entusiasmo por el fracaso de Napoleón en su invasión a Rusia en 1812 lo que nos hace admirar la *Obertura 1812* de Tchaikovsky, salvo que seamos rusos con una sólida memoria histórica... para la mayoría de nosotros son acontecimientos tan secos como las páginas de los libros de

historia en que se cuentan. Pero la música, las emociones que nos expresa el compositor, ésas nos llegan con o sin Napoleón y con o sin el zar Alejandro I.

Siguiendo este razonamiento, cuando escuchamos alguna obra maestra de la música sacra, cuando vemos pinturas y esculturas, obras arquitectónicas y otros productos de inspiración profundamente religiosa, no estamos viendo ni la grandiosidad de la religión ni la grandiosidad del dios o los dioses a los que adora esa religión. Estamos acercándonos a la grandeza del espíritu humano de los creadores artísticos. El Partenón sigue siendo un edificio extraordinariamente bello pese a que hoy nadie, o casi nadie, cree en la existencia de la diosa Atenea. Atenea ha muerto, pero el genio de Fidias, el arquitecto principal del edificio, permanece.

Lo mismo se puede decir de los edificios ceremoniales americanos o asiáticos como la pirámide de Teotihuacan, el complejo de Machu Picchu o el templo de Angkor Wat.

Así, el hecho de que existan obras artísticas igualmente conmovedoras sin importar si su temática es religiosa o no parece indicar que el tema es sólo un pretexto. La fuente de inspiración que pueda disparar la creación es irrelevante para el espectador si la obra contiene los elementos todavía no claramente definidos que invocan los sentimientos profundos en su público.

Y es curioso notar que, en cuanto el arte se liberó de la obligación de ser religioso, pocas veces volvió a la religión de buen grado, salvo en el caso de creadores especialmente creyentes. A partir de la revolución científica, la Ilustración y el Renacimiento, la mayor parte del arte se va desarrollando en otros terrenos donde también brilla la grandeza del espíritu humano.

Incluso un pintor tan profundamente religioso que se planteó ser ministro de su iglesia, Vincent van Gogh, expresa sus más profundos sentimientos a través de temas que poco tienen que ver con sus creencias. Tal es el caso de una de sus obras maestras, *Los comedores de patatas*, donde su amor por los pobres, su indignación ante la justicia y la escasez que viven los que alimentan al mundo quedan patentes para el espectador.

Si Van Gogh hubiera vivido en la Edad Media, sujeto a los dictados de la iglesia y las iconografías

de santos y santas que dictaban qué elementos debía tener cada representación para identificar al protagonista —las llaves de san Pedro, las flechas de san Esteban —, seguramente habría pintado santos y vírgenes y reyes con la misma pasión que invirtió en *Noche estrellada*. Y, quizás, si Miguel Ángel hubiera vivido a principios del siglo xx, la temática de sus grandes murales y esculturas probablemente habría sido muy distinta, pero el talento y la capacidad de expresión serían las mismas.

Importa la obra, importa el artista.

Yo suelo ir todos los años a un pequeño festival de *gospel* que se lleva a cabo en el teatro público de la ciudad donde vivo. Alguna vez alguien me ha preguntado si no encuentro alguna contradicción entre mi placer por este tipo de música y la temática de la misma, un cristianismo profundo, extremadamente simplista, originado en el sufrimiento de los esclavos del sur de los Estados Unidos, una emoción básica que se expresa, muchas veces, cuando los cantantes se entusiasman y le piden —nos piden— al público que diga «amén», que levante los brazos o que se implique en alguna otra forma de participación que, para los intérpretes, representa su sumisión a la deidad o su exaltación de sus dios. A mí no me lo parece, y no tiene por qué parecérmelo para que comparta las emociones humanas de los cantantes.

He estado también en celebraciones que son o pretenden ser ceremonias religiosas aztecas, célticas, paganas, druídicas, de la santería, judías y budistas. En todas encuentro motivo para celebrar la grandeza del espíritu de los seres humanos inspirados por ellas, sin que me impresione en lo más mínimo ni la inexistencia de sus deidades ni la profundidad de su devoción, ni mucho menos me provoque miedo avalar con mi presencia una superstición. El mundo está lleno de dioses que no existen, como el dios al que se celebra en el arte que puede conmovernos.

Y esto se aplica a los dioses inexistentes más cercanos a nosotros en el tiempo, en la cultura o en la geografía tanto como a los que nos resultan más ajenos. A los dioses y religiones del pasado y a los más bien contemporáneos que incluso podría parecer que son algo distinto que la misma religión con distinto collar.

Las religiones que no lo parecen

La omnipresencia de las grandes religiones, de los grandes monoteísmos que a nuestro alrededor tienen una mayor presencia social y política, y de esos militantes extremistas que pretenden imponerle a toda la sociedad formas de conducta, visiones morales, comportamientos y leyes basados únicamente en sus libros sagrados, a veces nos hace pasar por alto existencia de otras religiones, o de otras visiones teístas, quizás no estructuradas de manera clara como las religiones tradicionales, y que gracias a ese camuflaje están adquiriendo una fuerte presencia en la sociedad sin estar sometidas al escrutinio que generalmente se reserva a los movimientos religiosos.

Yo me sorprendí muchísimo cuando descubrí y publiqué que una institución bancaria que afirma hacer la llamada «banca ética» y que se vende como tal ampliamente en España, Banca Tríodos, había sido fundada por miembros de la secta de la antroposofía, creada por el místico austríaco Rudolf Steiner, que, a su vez, había sido discípulo de la fundadora de la «teosofía», Helena Petrovna Blavatsky, famosa impostora espiritual de fines del siglo xx que, para engatusar a su clientela, fingía tener poderes preternaturales y disponer de la capacidad de comunicarse con seres superiores de otras dimensiones.

Steiner, originalmente miembro de la teosofía, decidió en un momento hacer lo mismo que Helena Blavatsky e instalarse por su cuenta, con su propia secta y sus propias fantasías. Así aseguró que tenía el poder sobrenatural de alcanzar absolutamente toda la sabiduría e información entrando en trance de clarividencia y viajando así a algo que presentaba como otra dimensión del universo. En esa dimensión alterna estaría depositado, decía, todo el conocimiento del universo en algo llamado el Registro Akáshico, una especie de superbiblioteca universal o Internet ocultista cósmico que sólo los grandes iluminados, como aseguraba ser el propio Steiner, podían consultar. Sobre la base de sus supuestos viajes místicos a la biblioteca del Registro Akáshico, Steiner dijo haber aprendido economía, pedagogía, medicina, agricultura y muchas disciplinas más sin salir de su despacho y sin necesidad, por supuesto, de ofrecer ninguna prueba respecto de sus extravagantes y descabelladas afirmaciones.

Cabe mencionar que Steiner era un sujeto de gran carisma, alto, bien parecido y muy convincente, rasgos propios de todo gurú, todo mesías, todo líder sectario y, en general, de casi todo demagogo exitoso.

Con esas bases, generó para su secta una serie de supuestas disciplinas como la «medicina antroposófica», que utiliza elementos de la homeopatía y de la que instaló un «laboratorio» que hasta el día de hoy rinde pingües beneficios. Creó también la «agricultura biodinámica», una serie de caprichosas prácticas no demostradas para supuestamente mejorar y facilitar los procesos agrícolas, sin haber dado tampoco pruebas de ello y con algunas recetas verdaderamente absurdas —como usar la arena, simple sílice inerte, como pesticida contra los hongos después de enterrarla en un cuerno de vaca en un momento astrológicamente determinado —; estas propuestas sin bases dieron como resultado una empresa que actualmente certifica, previo pago, a los agricultores que se ajustan a sus mismos principios, que presentan como si tuvieran alguna relación con la ecología o la agricultura tradicional.

A petición de un adepto, desarrolló una forma de pedagogía llamada Waldorf, que tiene por objeto conseguir que los niños que estudian bajo ella se conviertan en clarividentes como decía serlo el líder de la secta, y en la cual se promueven —hasta hoy— prácticas tan cuestionables como el rechazo a la vacunación o la idea de que los niños no deben aprender ninguna información hasta los siete años —no deben leer, ni hacer matemáticas ni razonar— porque la razón «bloquea» el desarrollo espiritual. Según las afirmaciones gratuitas de Steiner, los niños son espíritu y cuerpo que se van uniendo en los primeros siete años y cualquier aprendizaje no emocional bloquea ese proceso místico.

Por supuesto, desde la fundación de la primer escuela Waldorf en 1919 hasta la actualidad, ninguno de los niños que han estudiado en las escuelas Waldorf ha demostrado ser clarividente, cosa que, sin embargo, no parece preocupar a la secta, que sigue instalando miles de escuelas privadas sobre estas bases y cobrando por ellas.

Lamentablemente, la mayoría de las personas que utilizan la agricultura biodinámica y pagan fuertes cantidades por certificaciones inútiles, la mayoría de quienes llevan a sus hijos a escuelas Waldorf esperando que tengan una mejor opción pedagógica, la mayoría que quienes confían sus ahorros a Banca Tríodos esperando ser éticos y sin darse cuenta de que esta banca aprovecha sus fondos para financiar, entre otras cosas, las actividades de su propia secta, como las escuelas Waldorf, ignoran absolutamente que todos estos emprendimientos tienen como hilo conductor la secta fundada por Rudolf Steiner, sus enseñanzas ocultistas y su visión, finalmente, religiosa.

Esta ignorancia no es un accidente, sino que es cuidadosamente cultivada por los miembros dirigentes de la secta. Cuando escribí en mi blog *El retorno de los charlatanes* sobre la Banca Tríodos, ésta emprendió una campaña de desprestigio hacia mí en lo personal, ya que eran

incapaces de demostrar que mis afirmaciones y mis datos eran falsos. Pero cuando escribí otra entrada sobre la educación Waldorf, fue curiosamente la dirigencia de la Banca Tríodos la que le exigió a la plataforma de bitácoras Blogger que censurara mi entrada aduciendo que yo había cometido algunas ilegalidades sobre el honor de las personas que dirigen el banco y que serían eventualmente objeto de acciones judiciales. Por supuesto, como suele ocurrir, tales acciones nunca llegaron, pero se consiguió que se bloqueara en España la entrada en cuestión, que luego sería reproducida en más de veinticinco blogs y páginas de Internet, derrotando así el intento de censura de las empresas de la secta.

La ignorancia de la gente es un elemento fundamental para el éxito continuado y la prosperidad de ésta y otras muchas sectas que se presentan inocentemente como si no lo fueran. Este abigarrado conjunto de creencias, muchas veces procedentes presuntamente de Oriente, conforman el universo del llamado *New Age*, que es, en gran medida, una especie de compendio de las ideas de Helena Blavatsky y de su secta teosófica.

El rechazo a la tecnología y la continua difusión, sobre todo en Internet, de advertencias sensacionalistas sobre los daños y maldades de distintos productos tecnológicos, por ejemplo, tiene más raíces en la creencia de que el conocimiento debe rechazarse y la razón es enemiga de las emociones —lo que los devuelve a los espacios de Martín Lutero— que en datos científicos y estudios demostrables. Cualquier caso de un producto alimenticio que pueda tener un efecto imprevisto o un lote en malas condiciones se utiliza, en una generalización inválida, para «demostrar» que todo lo moderno es malvado y que la sociedad debe regresar a una condición primitiva —que en realidad nunca existió—, para vivir «en armonía con la naturaleza» y con las fuerzas telúricas y mágicas que, nos dicen también estos nuevos brujos, «castigan» al ser humano por ser científico y tecnológico.

Como los religiosos de siempre nos presentan un dios —o una fuerza preternatural como «la naturaleza», «Gaia», «la madre Tierra»— que actuará violentamente contra nosotros. El Diluvio Universal se ve sustituido por el calentamiento global, el sida, la contaminación, el cáncer, el autismo... las siete plagas de Egipto y más en versión siglo xxi.

Las religiones del *New Age*, sean los grupos organizados alrededor de gurús como Bhagwan Shree Rajneesh (Osho®), el Sai Baba, Maharishi Mahesh Yogui, Bhaktivedanta Prabhupada o cualquiera de los literalmente miles de santones indostanos que cobran fuertes cantidades a sus adeptos dentro y fuera de la India, se identifican de modo claro con el pensamiento posmodernista, del mismo modo en que la iglesia católica se apoyó fuertemente en los filósofos de la antiilustración para combatir los planteamientos de igualdad, libertad, democracia y soberanía popular que cambiaron las relaciones sociales a partir de la independencia estadounidense (1776) y la Revolución francesa (1789).

En un resumen rápido y acaso injusto por su propia brevedad, la filosofía postestructuralista o postmodernista se caracteriza, muy generalmente, por la creencia firme —no demostrada, sólo basada en argumentaciones filosóficas— de que la realidad objetiva, la moral, la identidad personal y el conocimiento no existen, sino que todos son constructos sociales o discursos. Es decir, que si una sociedad cree que pi vale 3,2 y otra cree que vale 3,3, ambas posiciones son igualmente válidas e igualmente «reales» que la de la sociedad que considera que pi es un número irracional con infinitos

decimales que comienza 3,141592653589... Para esta filosofía, la realidad se construye con el lenguaje, no se intenta describir mediante él. Es famosa la afirmación del «sociólogo de la ciencia» Bruno Latour, que aseguró, al saber de ciertas investigaciones sobre la momia de Ramsés II, que era imposible que el gran faraón egipcio hubiera muerto de tuberculosis porque el bacilo responsable de esta enfermedad no había sido descubierto sino hasta 1882; la implicación era que el «descubrimiento» del *Mycobacterium tuberculosis* por parte de Robert Koch había sido, de hecho, una «invención», que dicho bacilo no había existido sino hasta ese momento y que, por tanto, a Ramsés lo había matado otra causa. El posmodernismo también asume que la humanidad no puede tener valores compartidos porque cada cultura construye su propia realidad. Y afirma que todas las relaciones humanas son de poder, rechazando conceptos como la solidaridad, la bondad y las acciones desinteresadas. La razón debe ser rechazada porque es fuente de poder y porque llega a verdades generalizadas que no pueden ser aceptadas, como, por ejemplo, que el agua hierve a una temperatura cien grados Celsius a la altura media del mar, y que hierve a menores temperaturas conforme está a mayor altura sobre el nivel del mar.

Esta filosofía relativista —que simplifico a sabiendas que, como toda escuela filosófica, no es unánime, sino que es un hervidero de competencia donde cada filósofo busca tener una visión nueva y más interesante para sobresalir entre sus iguales— se hermana fácilmente con las posturas religiosas relacionadas con el *New Age* porque comparten lo esencial: el rechazo a la razón y a sus productos, sean vacunas, semillas biotecnológicamente mejoradas, medicamentos, formas de obtención de energía, formas de conservación de los alimentos, nuevas moléculas, etc. Sobre esa base, se promueve la creencia de que existen fuerzas que van más allá de la realidad, lo material, de la naturaleza y del universo, la idea de que el universo no es susceptible de ser conocido, y que están en funcionamiento fuerzas que no se pueden medir y a las que tenemos que satisfacer con rituales diversos.

Que el universo está para ser temido y no para ser conocido.

A cambio de ello, se ofrece un futuro de paz, de concordia, sin enfermedades, sin preocupaciones, sin explotación, sin dolor, sin tristeza... algo que en las religiones tradicionales se conoce, simplemente, como el paraíso.

¿Qué formas adquieren las nuevas religiones que no lo parecen? Hay un entramado curioso en el cual podemos encontrar disciplinas pseudomédicas (reiki, homeopatía, quiropráctica, biodescodificación, naturopatía, aromaterapia, quiromasajes, acupuntura, drenaje linfático, apiterapia, flores de Bach, auriculopuntura, MMS, biorritmos, shiatsu, ayurveda, orinoterapia, magnetoterapia y miles más) que se relacionan estrechamente con supersticiones diversas (cráneos de cristal, pseudoecologismo, psicofonías, memoria del agua, feng shui, astrologías, auras, cristales, fotografía Kirlian, grafología, niños índigo), con conocimientos ocultos, temores y conspiraciones (Illuminati, Bilderberg, cátaros, Skull and Bones, energía gratis, *chemtrails*, Atlántida, HAARP, Área 51, Nuevo Orden Mundial, antivacunismo, Roswell, antiantenas, antiwifi, hombres de negro, *poltergeist*, abducciones extraterrestres)... Es imposible hacer una lista completa de las distintas creencias que, fragmentariamente casi todas, colaboran para crear un amplio sistema de creencias indistinguible de una religión. Su base son las «energías», su objetivo es «lo natural» y la conexión con una «realidad más allá»... y lo que une a todos es que no existe, como en el caso de las deidades y fenómenos sobrenaturales más tradicionales, ni una sola prueba sólida, contrastada, independientemente verificada y objetiva de la verdad de sus afirmaciones.

Pero, por supuesto, no se plantean dar pruebas, afirman que las pruebas no son válidas, que el método científico para encontrar respuestas no es aceptable, que lo importante es lo que uno siente, su intuición y su fantasía. Y por lo mismo no les importa contradecir conocimientos científicos sólidamente confirmados una y otra vez en la práctica cotidiana. Y es que estas visiones ofrecen una opción para sentirse espiritual sin caer en las religiones que, sobre todo para gente joven, huelen a viejo.

En muchas ocasiones, usan el lenguaje, los rituales, las palabras de la ciencia para simular que son una opción genuina al conocimiento, pero sin reconocerles ninguna validez a los métodos de la ciencia, a su rigor y a su actitud. Cuando lo hacen, se conocen como pseudociencias o, en palabras del físico y premio nobel Richard Feynman, «ciencia de culto del cargamento». Como en los cultos del Pacífico Sur que ya comentamos, se utiliza la escenografía y la magia simpática, las palabras —la «física cuántica» aparece con gran frecuencia en su discurso, junto a las «energías» indeterminadas

— y la apariencia de la ciencia con objeto de hacer creer a la gente que pueden obtener resultados tan eficaces y confiables como los que obtiene la ciencia.

Las grandes religiones han hecho muchísimo daño porque son grandes. Las pequeñas religiones crecen y va creciendo su capacidad de hacer daño.

Y todas las religiones hacen daño a individuos, grupos, familias y sociedades, especialmente cuando se concentran en la misión de establecer el bien y el mal, cuando consideran que son y deben ser la guía moral de la sociedad... o del mundo.

Parte tres: Moral

Con dios todo vale

Más allá del debate meramente lógico o racional acerca de la existencia de las deidades, con frecuencia los defensores de la religión acuden a los argumentos referidos a la moral, el bien y el mal, y el comportamiento de individuos y sociedades.

Este argumento es más utilitarista que teológico. De hecho, se puede sustentar sin siquiera creer en un dios, y no es infrecuente que algunos ateos o agnósticos vergonzantes o convencidos de la necesidad de una «convivencia pacífica» entre la razón y la religión lo utilicen como una forma de convencerse a sí mismos de que la religión tiene algún valor socialmente positivo que, de alguna forma, deslegitima la lucha por la racionalidad.

Básicamente, el argumento es que la creencia en un dios y las religiones organizadas alrededor de tal creencia cumplen un papel importante en el mantenimiento del orden moral en la sociedad. Su base, para la cual no aportan ninguna evidencia histórica, sociológica o psicológica es que de no haber un dios —o la idea de un dios— que establezca autoritariamente las directrices morales que deben regir nuestras acciones, el ser humano se desbordaría en una orgía de asesinato, violación, robo, tortura, destrucción de los bienes ajenos y todo tipo de acciones inmorales, perjudiciales y delictivas.

Dicho de otro modo, la superstición teísta es la única barrera que se interpone entre nosotros y la más absoluta barbarie de pasiones descontroladas.

Esta defensa de la religión y las creencias generalmente se caracteriza con la frase «sin dios todo vale», porque presupone que, en ausencia de una figura de autoridad que nos controle por medio de su poder, estaría permitido absolutamente todo sin ningún freno.

Esta posición es frecuente en espacios donde la misantropía es considerada un valor, principalmente en las religiones antiguas y modernas. Para las antiguas somos pecadores, mientras que para las modernas el ser humano es una plaga en la Tierra, un destructor, una cruel bestia.

Sin embargo, cualquier análisis desapasionado de la gente a nuestro alrededor nos dice que la gente no es de naturaleza malvada. Todos podemos cometer pequeñas infracciones, pero, en general, actuamos correctamente. De otra forma, nuestra especie no habría sobrevivido ni florecido: somos animales gregarios, sociales, esencialmente cooperativos. Y para poder cooperar en distintas tareas, tenemos que confiar unos en otros, lo cual exige que estemos diseñados para no traicionar la confianza de otros caprichosamente.

Alguna vez a principios de la década de 1990, estuve en una mesa redonda en Corvera, Asturias, con Margarita Landi, famosa reportera española de sucesos, quien gustaba de decir que el ser humano es un «asesino por naturaleza». Yo no sabía quién era, era apenas mi segunda visita a España, así que no pensé en su enorme prestigio cuando le pregunté cuántas personas de su familia habían matado a otra persona. La dama se indignó muchísimo y dijo muy ofendida que en su familia no había asesinos. Entonces le pregunté cuántos asesinos había entre sus amigos y compañeros de trabajo, y la pregunta tampoco le agradó, sobre todo porque tuvo que reconocer que en sus círculos cercanos —fuera de los delincuentes que conformaban su objeto de crónica como periodista— nadie era un criminal, un asesino. Entonces señalé que yo sólo había

visto en persona a alguien de quien sabía con razonable certeza que había asesinado a otro (aclaro que hablo de asesinato porque he conocido además a cuatro o cinco soldados de ejércitos regulares o de la resistencia francesa y holandesa que muy probablemente mataron en combate, pero no eran el tema del diálogo). Sostuve, y sostengo, que la mayoría de los seres humanos no han asesinado a nadie, que el asesinato es una excepción y, en modo alguno, una característica definitoria de nuestra especie. Es más, la enorme mayoría de los seres humanos no sólo no ha matado a nadie, sino que no ha robado nada de consideración, no ha torturado a otros, no ha hecho daño por placer, no ha abusado de los demás voluntariamente de modo tal que pueda causar daños perdurables. Por el contrario, los seres humanos comunes con los que yo me identifico, los que conozco día a día, ayudan a alguien si cae en la calle, disfrutan de las cosas hermosas, tienen sueños, ayudan a los suyos y se comportan *en general* de un modo razonablemente moral.

Pero hay algo mucho más retorcido en el argumento de que la falta de dioses provoca la conducta inmoral; al menos en el esquema de la religión cristiana y del judaísmo, la existencia de dios hace que todo esté permitido.

Incluso lo que está prohibido.

Ciertamente, los libros sagrados imponen una serie de mandamientos y estipulan cuáles son los pecados que la deidad judeocristiana considera especialmente graves. Pero la propia enseñanza religiosa nos dice que, como somos pecadores de origen — cosa que veremos en el siguiente capítulo —, es casi imposible que no caigamos en el pecado y violentemos los designios del creador. Fuimos hechos falibles y con un cierto libre albedrío que nos permite decidir si nos portamos moral o inmoralmente.

Es decir, podemos asesinar, torturar, violar, robar, abusar de niños indefensos, emprender

guerras de rapiña, explotar al prójimo, engañarlo, timarlo y estafarlo, podemos falsificar moneda o documentos importantes, contrabandear materiales dañinos, molestar a la gente simplemente pisándolos malévolamente en el metro o, en el extremo, podemos emprender una guerra nuclear que destruya la vida y la civilización tal como las conocemos en este planeta.

Y nada de eso nos condena forzosamente al infierno.

Es decir, que vale hacerlo siempre que, después, expresemos arrepentimiento, lo confesemos a un sacerdote y paguemos la penitencia correspondiente si somos cristianos. En el judaísmo, la cuestión es incluso más sencilla, pues basta pedir perdón el día del año destinado a esa actividad, el Yom Kippur o día del perdón, para quedar, como el cristiano cuando sale del confesionario, limpio de toda culpa y listo para volver al delinquir, pecar o infringir las leyes humanas y presuntamente divinas.

De hecho, un malvado que se considere cristiano puede darse el lujo de no confesarse jamás, de no hacer ninguna de las penitencias que le imponga el sacerdote, generalmente expresadas en forma de oraciones, para expiar sus pecados. Un buen cristiano puede ser el sujeto más brutal, cruel y despiadado que uno pueda imaginarse... no importa: si en su lecho de muerte se arrepiente de su vida tóxica y dañina, aún puede aspirar a alcanzar al paraíso y eludir cualquier castigo o reparación a sus víctimas que, considerando sus acciones, sería razonable para cualquier persona con un sentido de la justicia.

Cubierto ese expediente, todo vale. Absolutamente todo.

Una de las obsesiones del cristianismo, y sobre todo de la iglesia vaticana, muy acusadamente desde Juan Pablo II, es reafirmar que la moral es absoluta y no debe ser relativizada. Es decir, por ejemplo, que el mandamiento de «no matarás» incluye a los seres humanos no nacidos, apenas en potencia, en el vientre de sus madres. En resumen, que el aborto es un pecado equiparable al del asesinato. Y sin embargo, esos mismos cristianos suelen ser defensores de la pena de muerte, de distintas guerras de agresión, preventivas, de rapiña, de odio y por otras motivaciones francamente cuestionables.

Por el contrario, una posición moral que no dependa de dioses debería concluir que la única forma de violencia aceptable es la de la defensa propia, la de nuestra vida, de nuestros familiares y de nuestra sociedad, especialmente de sus miembros más desprotegidos.

Los dioses matan con enorme frecuencia. Y, por supuesto, ordenan a sus fieles —o eso dicen sus portavoces en la Tierra— perseguir, asesinar y destruir a quienes creen en otros dioses o en otras variantes de los mismos dioses, o a quienes no obedecen las órdenes de la deidad. El «no matarás» queda suspendido en numerosas instancias, sea en las guerras ordenadas por dios, mediante la persecución de las brujas en el mundo protestante, de la Inquisición para detectar y extirpar a los herejes de las sociedades católicas o directamente a través de la guerra santa o la yihad ordenada en el Corán.

Otra fuente de tranquilidad para el delincuente, para el criminal deshumanizado, para el abusivo, el asesino y el torturador es que, a la larga, su dios se va a encargar de premiar a sus víctimas y hacer justicia fuera de este mundo. No importa que una persona haya asesinado brutalmente a otra torturándola antes y quitándole todas las oportunidades de disfrutar de su vida, del amor, del arte, de la compañía de las personas a quienes ama y la aman, de la satisfacción de ver crecer a sus hijos, de conocer el mundo o simplemente de divertirse, que todo eso se quita al quitar una vida. Después de todo, puede pensar el asesino, las enseñanzas cristianas nos dicen que esa

persona, injustamente dañada de modo tan grave, irá directamente al paraíso y será feliz en la contemplación de la deidad durante el resto de la eternidad. Esto sin duda disminuye la gravedad de los delitos que una persona pueda cometer: si sus víctimas son premiadas en la otra vida, su responsabilidad por el daño causado se reduce.

Hay un hecho histórico que demuestra claramente esta afirmación: la cruzada contra los albigenses. El arzobispo Arnaldo Amalric, inquisidor y legado papal al frente del Ejército del papa Inocencio III, sitiaba la ciudad de Béziers, donde había numerosos herejes cátaros y waldensianos. En un descuido de la ciudad y en gran desorden, las fuerzas papales entraron en la ciudad entregándose al asesinato y al saqueo el 22 de julio de 1209. Se cuenta, sin fuentes precisas, todo hay que decirlo, que sabiendo que entre los herejes había muchos fieles católicos, pero que era imposible separarlos — ante el temor a la muerte, muchos herejes estaban dispuestos a decirse católicos —, Arnaldo Amalric ordenó a sus hombres: «*Caedite eos. Novit enim Dominus qui sunt eius*» («¡Matadlos a todos. Dios reconocerá a los suyos!»).

Aun si el pasaje fuera parcialmente fantasioso, el hecho es que *todos*, los veinte mil habitantes de Béziers, fueron masacrados ese día sin que a los atacantes les preocupara demasiado ser injustos con sus correligionarios, que de eso ya se encargaría su dios.

Pero en el argumento de la creencia hay un problema mucho más serio y es que implica que, para comportarse correctamente, el ser humano necesita o bien la promesa del soborno de un premio o bien el temor al castigo.

Realmente resulta ofensivo e indignante proponer que toda la gente que se comporta correctamente en el mundo lo está haciendo únicamente por el interés en un premio o el miedo a una represalia.

En el mundo civil, las leyes existen para prevenir el delito y para repararlo cuando ocurre.

Además, en función de la sociedad o cultura donde se delinca, las leyes tienen por objeto castigar al delincuente, o bien tratar de reinsertarlo en la sociedad reforzando en él los valores de la convivencia para que renuncie a sus actividades delictivas.

Pero las personas que nosotros conocemos, las que, como ya vimos, no se dedican al asesinato, la violencia y el saqueo, a la violación y a la tortura, ¿se comportan bien simplemente por miedo a ser castigados? ¿Usted acaso ha evitado cometer algún delito grave sólo por miedo al castigo?

En este sentido sí se puede acudir a estudios sólidos, que demuestran que las penas más estrictas para los peores delitos, incluyendo la pena de muerte que aún se practica en buena parte del mundo, incluso en países de las culturas de la Ilustración, no sirven para reducir la incidencia de los más terribles delitos. Un asesino no decide asesinar valorando si la pena que puede sufrir en caso de ser detenido es prisión por veinte años, cadena perpetua o la ejecución.

Así, aunque podemos encontrar estudios como el publicado en 2012^[9] que indica que la incidencia de algunos crímenes «adquisitivos» —robos, asaltos y fraudes— sí disminuye cuando se aumentan las penas, cuando entramos en el terreno de los delitos más graves y violentos, las penas parecen no tener efecto en el comportamiento de los criminales. Estudios comparativos de las tasas de asesinatos entre entidades de los Estados Unidos que tienen en sus leyes la pena de muerte y otras que no la tienen indican que, incluso, la incidencia de este máximo delito es ligeramente mayor en las naciones que no tienen la pena de muerte en sus legislaciones. Lo mismo pasa con otros delitos violentos como la violación y las lesiones: las penas no parecen tener un efecto disuasorio.

Viendo la sociedad tal como es a nuestro alrededor, la impresión que nos queda es que la gente se comporta bien, con sus ocasionales infracciones menores, porque está en su naturaleza; porque, como lo han determinado crecientes estudios respecto del comportamiento solidario, del altruismo y de las ventajas evolutivas de la cooperación, somos morales porque nos conviene como individuos, como sociedad.

Si en nuestra visión del mundo no existe ni un dios ni una vida posterior en la cual podamos sufrir castigos o recibir premios, o en la cual las víctimas de nuestros actos reciban la reparación que nosotros no podemos darles, resulta mucho más claro que no, no todo vale. Se hace evidente que si nos comportamos de manera incorrecta y causamos daño a otros, no podemos ni aspirar al perdón de un ente superior ni depender de alguna justicia divina para reparar el daño causado a otros... Por el contrario, debemos vivir con nuestra conciencia y con las consecuencias de nuestros actos. Consecuencias que, de todos modos, no desaparecen confesando los hechos y rezando un puñado de oraciones.

Si no contamos con un dios en la ecuación de la vida, la bondad tiene un valor absoluto. No depende del capricho de los dioses, no depende de excepciones a las que podamos acudir rebuscando en los textos sagrados, no es siquiera negociable.

Portarse bien, hacer el bien, ayudar a alguien que caído en la calle, advertir a otro de un peligro inminente, decirle a la dependienta de la tienda que nos ha dado algo más de cambio del que justamente merecemos... todas esas pequeñas bondades de la vida dejarían de tener sentido si lo único que nos moviera fuera el ansia de un premio o el miedo al castigo.

Y es que comportarse de modo correcto sólo por miedo o por conveniencia, por castigo o premio no es moral, es simplemente hacer un negocio en el cual la idea moral de la persona carece de relevancia.

La gente no funciona así, ni los religiosos ni quienes no lo somos. Tenemos un comportamiento moral porque sentimos que es lo correcto, como resultado de la evolución de nuestra especie y de nuestras relaciones sociales. Somos buenos sin dios, sin necesidad de dios.

Un ser humano digno, ciertamente no necesita que un dios, o un representante de dios con ropajes rituales, le diga que matar a otros es malo, que violar es malo, que torturar es malo, que robar es malo, que causar sufrimiento a otros es malo... simplemente lo sabemos. Y si somos morales porque es parte de la naturaleza humana, entonces el argumento de que la religión es la responsable de nuestra moral resulta inaceptable.

Quizás por eso, en prevención de que alguien se comporte moralmente sin necesidad de la religión, se insiste tanto, en la iglesia católica, sobre todo, en que no importa si pecamos o no pecamos en esta vida, porque, después de todo, nacimos pecadores, con la factura pendiente de lo que supuestamente hicieron Adán y Eva según la Biblia.

Los pecados originales

El ser humano viene con gravísimos defectos de origen.

Desde su aparición misma en la historia, el ser humano, se nos dice, no ha hecho sino darle disgustos a uno u otro presunto creador del universo al no seguir las reglas que la deidad en cuestión le ha impuesto, al ser desobediente, al ser malvado —o ser bueno con quien no debe serlo— y al no ofrecer, al parecer, nunca los suficientes sacrificios, inciensos, reverencias y oraciones.

Y, además, el ser humano tiene la responsabilidad de quedar bien con dios, de expiar sus pecados, darle gusto a la deidad y, de varias formas más, pagar el peaje o soborno indispensables para poder pasar en condiciones correctas a la otra vida. Incluso en las religiones supuestamente más amables, como algunas variantes del budismo, es necesario meditar mucho para poder abandonar la sucia condición humana y conseguir hacerse uno con el todo alcanzando la iluminación. Porque en el mundo budista, uno también ha pecado, ha estado inserto en la rueda de la reencarnación sin poder alcanzar la unidad con el universo por culpa de sus acciones previas. La deuda que se ha inventado el budismo no es de nuestros ancestros, sino otra igualmente injusta: lo que nos pasa es culpa nuestra porque el karma nos pasa factura por lo que hicimos en otra vida de la que no recordamos nada, pero de la que somos responsables de todos modos. Y nuestro objetivo es lavar ese ciclo de pecados, principalmente el de «desear», para poder llegar a la insensibilidad que conduce al nirvana.

No hay mejor ejemplo de esta visión profundamente misantrópica, que parte de la humillación y la denigración de toda la especie humana para establecer un mecanismo de control sobre sus actos a lo largo de toda su vida, que el pecado original según lo ha interpretado la tradición cristiana y, especialmente, la católica.

Imaginemos que cuando nace un niño, se presenta una persona diciendo que, en un pasado muy lejano —seis mil años, por ejemplo, que es el cálculo bíblico de la creación—, un pariente muy muy lejano del niño incurrió en una deuda con un personaje muy poderoso y que, por tanto, el niño tendrá la obligación de pagar la totalidad de esa deuda durante el resto de su existencia, con el añadido de que si el pago del capital y los intereses de la deuda no resulta satisfactorio para el acreedor al final de su vida, se le someterá a un castigo terrible, a una tortura feroz que durará para toda la eternidad.

Sería un escándalo. Nos parecería monstruoso. Clamaríamos que el niño no es responsable de las deudas de sus ancestros, defenderíamos que la vida del niño no puede dedicarse a satisfacer a un avaricioso acreedor y, por supuesto, aduciríamos que el castigo que se propone para su incumplimiento es absolutamente desproporcionado, cruel e inhumano.

Pues esto que nos parecería absolutamente inaceptable proviniendo de la mayoría de las personas u organizaciones es precisamente lo que hace la iglesia católica sin verse enfrentada a una sólida oposición y defensa por parte de los padres de los niños, de sus abuelos, de la familia, de la sociedad en su conjunto.

La iglesia dice a los niños que, debido a una situación mística, misteriosa e inexplicable, al momento de nacer han cometido, o son responsables de cometer, el pecado original, el mismo pecado que supuestamente cometieron unos ancestros inexistentes en el inicio de los tiempos. Todos los niños son pecadores, pues. Se nace

pecador, se vive pecador, se muere pecador. Se confiesan los pecados, se lavan los pecados, se pide perdón por los pecados, se crea un edificio altísimo y sólido de culpabilidades que pretenden dominar la vida de los católicos y se fomenta la autodenigración como forma de satisfacer la deuda de pecado.

La idea del pecado original no existe en el judaísmo, pese a que proviene del mismo libro bíblico, el Génesis —llamado Bereshit en la Tora —, aunque ciertos grupos ultraortodoxos judíos afirman que toda la corrupción y maldad que existe en el mundo es producto también de ese pecado original. Dentro del cristianismo, tampoco es parte de la iglesia originaria, sino que aparece hacia el siglo ii a cargo de Ireneo, obispo de Lyon, Francia. Curiosamente, la tercera religión abrahámica, el islam, no reconoce el concepto de pecado original, considerando que dios perdonó los pecados de Adán y Eva de manera total y tales pecados no son hereditarios.

Pero la iglesia católica, así como otras variedades del cristianismo, sigue considerando la culpa colectiva como la base de sus enseñanzas, el fundamento que debe regir la vida de sus creyentes, porque la vida en este mundo, en realidad, sólo tiene un objeto para cada persona: la expiación del pecado original, más los pecados personales y la demostración, por medio de la devoción, de que esa persona merece el paraíso y no el infierno, porque no hay, además, un punto medio, algo que no sea totalmente maravilloso o absolutamente horrible.

El mensaje es tremendamente perverso. Implica poder ver a un niño recién nacido y pensar en él como en un pecador, como un ser sucio de origen, un ser indigno a los ojos de dios por el solo hecho de haber nacido humano. Esta visión, por cierto, la comparten, como ya hemos visto, algunas de las religiones que no lo parecen, y es muy probable que lo hayan heredado del cristianismo, por el

enorme poder que tiene la imagen: el dios que es un creador absolutamente benévolo y que, sin embargo, ha creado pecadores para después castigarlos por ser como fueron creados. La contradicción es patente.

Sería interesante hacer una encuesta para determinar hasta qué punto los creyentes cristianos, y en particular los católicos, entienden lo que se considera como pecado original. Porque, en realidad, hemos dedicado ya varios párrafos al pecado original sin definirlo, y probablemente el lector normal tenga una idea de «pecado original» relacionada con el disfrute de la sexualidad. Después de todo, es así como lo ha presentado de modo insistente la iglesia católica, con consecuencias que veremos más adelante. Pero, en realidad, el sexo no tiene absolutamente nada que ver con el pecado que, en el Génesis, es causa de la caída del hombre, de la expulsión de Adán y Eva del paraíso y de todas las tragedias que supuestamente nos aquejan como especie desde aquel momento.

La clave del pecado original la encontramos en el capítulo 2 del Génesis, el primer libro de la Biblia tanto cristiana como judía. Allí tenemos los tres siguientes versículos:

15 El Señor Dios tomó al hombre y lo puso en el jardín de Edén, para que lo cultivara y lo cuidara.

16 Y le dio esta orden: «Puedes comer de todos los árboles que hay en el jardín, 17 exceptuando únicamente el árbol del conocimiento del bien y del mal. De él no deberás comer, porque el día que lo hagas quedarás sujeto a la muerte».

Resulta curioso, sin duda, poner a alguien en un jardín donde hay un árbol con ciertos frutos y decirle que no coma de él. Si mantenemos la idea de que dios lo sabe todo, sabía perfectamente lo que iba a ocurrir.

El elemento clave del mito aparece en el versículo 25. Después de crear a la mujer para que el hombre no esté solo, la Biblia señala lo siguiente: «Los dos, el hombre y la mujer, estaban desnudos, pero no sentían vergüenza».

Por supuesto la pregunta es, ¿por qué deberían tener vergüenza? Si habían sido creados desnudos y estar desnudo es malo, tendríamos que concluir que su dios había hecho algo malo. No pretendo extenderme en la discusión teológica, sólo señalar algunas de las frecuentes, numerosas y complejas contradicciones que encierra este libro sagrado. Algo, por otra parte, de esperarse, considerando que es la transcripción de una larga tradición oral de un pueblo de guerreros y pastores de cabras de la Edad de Bronce que no parece tener ninguna inspiración divina o siquiera de una inteligencia superior.

En el capítulo tres, la serpiente se acerca a la mujer y le dice que si dios les ha prohibido comer del árbol del bien y del mal, es por envidia, ya que si comen de él, serán como dioses, pues comprenderán la diferencia entre el bien y el mal, lo cual supuestamente era una prerrogativa de dios —aunque pondría en duda lo que se dice poco antes, asegurando que los primeros seres humanos fueron creados «a imagen y semejanza» de dios, lo que en ese caso implicaría también el conocimiento del bien y del mal... contradicciones —. Eva come del fruto y le da de comer a Adán. Se desarrolla entonces la escena siguiente:

7 Entonces se abrieron los ojos de los dos y descubrieron que estaban desnudos. Por eso se hicieron unos taparrabos, entretejiendo hojas de higuera.

8 Al oír la voz del Señor Dios que se paseaba por el jardín, a la hora en que sopla la brisa, se ocultaron de él, entre los árboles del jardín.

9 Pero el Señor Dios llamó al hombre y le dijo: «¿Dónde estás?».

10 «Oí tus pasos por el jardín», respondió él, «y tuve miedo porque estaba desnudo. Por eso me escondí».

11 Él replicó: «¿Y quién te dijo que estabas desnudo? ¿Acaso has comido del árbol que yo te prohibí?».

12 El hombre respondió: «La mujer que pusiste a mi lado me dio el fruto y yo comí de él».

13 El Señor Dios dijo a la mujer: «¿Cómo hiciste semejante cosa?». La mujer respondió: «La serpiente me sedujo y comí».

Amerita un breve paréntesis para señalar la insolidaridad o franca cobardía de Adán al buscar escurrirse de la que sin duda sería su responsabilidad individual al haber desobedecido a su creador. Lo que sí queda claro es que estar desnudo es malo, y descubrir que es malo es la pista que revela al detective divino que se ha desobedecido la regla imposible de cumplir que había impuesto a los seres humanos apenas habiéndolos creado.

Ése es el pecado, literalmente. Comer del árbol bien y del mal, enterarse de lo que está bien y lo que está mal —requisito fundamental para ser moral— y descubrir que la desnudez es mala. Visto así, como pecado parece francamente infantil, extremadamente contradictorio e incoherente... y bastante impropio de un ser capaz de crear todo un universo. Pero la situación se agrava enormemente cuando sobreviene el enorme, cruel y excesivo castigo que les impone a sus dos criaturas:

16 Y el Señor Dios dijo a la mujer: «Multiplicaré los sufrimientos de tus embarazos; darás a luz a tus hijos con dolor. Sentirás atracción por tu marido, y él te dominará».

17 Y dijo al hombre: «Porque hiciste caso a tu mujer y comiste del árbol que yo te prohibí, maldito sea el suelo por tu culpa. Con fatiga sacarás de él tu alimento todos los días de tu vida.

18 Él te producirá cardos y espinas y comerás la hierba del campo.

19 Ganarás el pan con el sudor de tu frente, hasta que vuelvas a la tierra, de donde fuiste sacado. ¡Porque eres polvo y al polvo volverás!».

20 El hombre dio a su mujer el nombre de Eva, por ser ella la madre de todos los vivientes.

21 El Señor Dios hizo al hombre y a su mujer unas túnicas de pieles y los vistió.

22 Después el Señor Dios dijo: «El hombre ha llegado a ser como uno de nosotros en el conocimiento del bien y del mal.

No vaya a ser que ahora extienda su mano, tome también del árbol de la vida, coma y viva para siempre».

23 Entonces expulsó al hombre del jardín de Edén, para que trabajara la tierra de la que había sido sacado.

24 Y después de expulsar al hombre, puso al oriente del jardín de Edén a los querubines y la llama de la espada zigzagueante, para custodiar el acceso al árbol de la vida.

En resumen: si además el hombre comía de otro árbol que ni siquiera sabíamos hasta ahora que estaba allí —lo que convertía el descuido de la deidad en doble, situar cerca de los humanos dos árboles con frutos prohibidos cuando lo sencillo era no ponerlos allí —, viviría para siempre y entonces sí sería como los dioses. Lo cual, además, reivindica a la serpiente, porque si nos atenemos a lo que cuenta la Biblia, no mintió cuando habló con la mujer. Es decir, y esto representa otra contradicción flagrante, la serpiente fue castigada por decir la verdad.

Un buen ejemplo de la posición de las iglesias cristianas ante las consecuencias del pecado original lo podemos ver en la oposición que expresaron todas, en especial la iglesia anglicana, cuando se desarrolló la anestesia a fines del siglo xix. El argumento era que si se ofrecía anestesia a una mujer durante el trabajo de parto, se estaba contraviniendo lo dispuesto por dios en el versículo 3, 16 del Génesis que citábamos arriba, es decir, se estaba violentando la voluntad de dios porque se impediría que las mujeres parieran a sus hijos con dolor. No fue sino hasta que Victoria de Inglaterra pidió anestesia para el nacimiento de su octavo hijo que desapareció la oposición. Después de todo, desde que Enrique VIII creó la iglesia anglicana y se separó del catolicismo, que no le permitía divorciarse, el monarca inglés, hombre o mujer, es la cabeza de la iglesia, el equivalente anglicano al papa católico.

Uno de los aspectos más dramáticos de todo el concepto del pecado original que permea gran parte de la cultura judeocristiana es la idea de que, al tener un hijo, el creyente debe creer que está trayendo al mundo a un pecador, a alguien que puede ofender tremendamente a dios, que, de hecho, lo ofende por nacer, y que, por ello, tiene esa deuda enorme con el creador del universo. Si reflexionamos sobre esto con cualquier dosis de serenidad, para los creyentes el nacimiento debería ser casi un momento de duelo, de tristeza, de solicitar perdón a la deidad y de llorar más de lo que se llora en los funerales. Porque en los funerales, el difunto ha pasado, al menos así lo quieren creer siempre, a una vida mejor, ocupando un lugar en el paraíso, mientras que el niño que nace ha llegado al peor de los lugares posibles, al «valle de lágrimas», al lugar donde se castiga a la humanidad por querer conocer la diferencia entre el bien y el mal.

Y el pecado original, como se nos plantea literalmente o en la versión sexofóbica de la iglesia, es una de las bases, se nos dice, de todo un conjunto de valores cristianos que deberíamos atesorar.

¿Valores cristianos?

Los sectores políticamente conservadores y los representantes de las religiones suelen decir, sobre todo cuando hay cámara y micrófonos de los medios de comunicación en las cercanías, que hace falta un regreso a los valores tradicionales, que es otra forma de decir «valores religiosos» y, en las culturas de la ilustración, «valores cristianos».

«Volver» a los valores implica que, en un momento dado, la sociedad estuvo inmersa en ellos, los asumió como propios y eso era claramente mejor que lo que tenemos en la actualidad. La implicación es que en el pasado hubo un mundo maravilloso, dulce y amable en el que los jóvenes respetaban a sus padres, no había sexo extramarital, las familias estaban fuertemente unidas y nunca se rompían, el trabajo se realizaba con gusto y sin que el trabajador se planteara jamás que podrían estarle robando el producto de su trabajo o explotándolo, un mundo enormemente deseable, al menos para ellos... pero que nunca existió.

¿Cuándo dominaron por completo los «valores» cristianos a Europa? En el Medievo. ¿Y cuáles eran realmente esos valores?: la sumisión de la mujer, la aceptación de la pobreza, la ignorancia, el sometimiento de todos a las creencias sin cuestionarlas, los juicios por ordalía, la tortura, las ejecuciones públicas donde se invitaba a la gente a regocijarse con el dolor humano, la renuncia a buscar conocer las realidades del universo porque todo lo que había que saber ya estaba escrito en la Biblia...

Éstos eran los valores que permitieron las barbaridades y tragedias que caracterizaron a la Edad Media: la destrucción del conocimiento que había antes y los obstáculos para la búsqueda de nuevos conocimientos, las Cruzadas, la masacre de herejes, el hambre, la muerte, la enfermedad, explicados todos siempre como designio divino, como fatalidades y castigos y pruebas de fe...

Distintas religiones han condonado, con sus más espirituales enseñanzas, la esclavitud, la brutalidad contra la mujer, la homofobia, el genocidio, la tortura, el racismo, la injusticia, el abuso, multitud de creencias y acciones que hoy hallamos reprobables, inmorales, repugnantes y que muchos luchan por extirpar de la experiencia humana como atavismos de un pasado repulsivo.

Tuvieron que llegar los promotores de la ciencia: Bacon, Galileo, Kepler Copérnico a atreverse a ver el mundo de una manera distinta de la que permitía la iglesia, a enfrentarse a ella y a ser sus víctimas, y después tuvo que venir la Ilustración para que las cosas empezaran a cambiar... para que surgiera y se difundiera la idea de que el conocimiento es respetable y que el hombre puede comprender el universo y resolver problemas, algunos gravísimos, con su conocimiento e intelecto.

El cristianismo luchó denodadamente contra todo esto.

Tuvo que venir la Ilustración, consecuencia social de la revolución científica, a plantear otros valores. Por ejemplo, la idea de que la soberanía podría no depender de dios, que no era dios quien le confería el poder a un monarca cuando el obispo o el papa lo coronaban, sino que quizás el poder podía ser del pueblo, que el pueblo tenía derechos no sólo de nombrar a sus representantes, sino incluso de destituirlos cuando no actuaban como se esperaba que lo hicieran. Al valor de la obediencia al poderoso se opuso la idea de la democracia. O la idea de que podemos pensar distinto sin tener que matarnos por nuestras ideas, que es posible la pluralidad... algo opuesto a la idea de la

uniformidad de la sociedad con el pensamiento único dictado por la iglesia que era un valor cristiano fundamental.

Y más valores: los derechos de la mujer, la libertad de opinar sin ser perseguido como hereje o enemigo de la Corona, los valores de la justicia, la igualdad de oportunidades, el pacifismo, la libre expresión, incluso la libertad económica donde las actividades productivas no dependieran de los reyes, de los estancos, de las patentes de corso, de los permisos para comerciar, para producir, para cultivar. Y la conclusión lógica de esta avalancha de nuevas ideas era sobre todo un valor que liberaba ya no sólo al individuo, sino a toda la comunidad: el Estado laico, la separación entre el Estado y la iglesia, la idea de que quienes se ocupaban de los asuntos celestiales deberían dejar de entrometerse en los asuntos terrenales.

El cristianismo luchó denodadamente contra todos estos valores.

El pensamiento social que siguió a la Ilustración se planteó por primera vez que quizás los pobres no debían conformarse con su suerte, sino pensar que pueden tener derecho a mayor parte de la riqueza que ayudan a producir, que no tienen por qué callar, que pueden organizarse, por ejemplo, en sindicatos para luchar colectivamente por sus intereses. Y se habló de educación libre, gratuita y para todos. Y de un Estado responsable de los más desprotegidos. Y de leyes justas dictadas por los ciudadanos y no decretadas por el monarca. Y se consagró el valor de la hacienda pública como un recurso destinado no a aumentar el tesoro de un soberano acaudalado, sino como un fondo común para empresas que beneficiaban a todos: sanidad gratuita y universal, calles, presas, carreteras.

El cristianismo luchó denodadamente contra ello.

Los valores que realmente nos enorgullecen, los que hacen que las culturas de la Ilustración sean

una civilización avanzada son los valores de lo no cristiano y, en general, de lo no religioso, cuando no los valores de lo anticristiano.

Valores como la tolerancia al distinto, el no matarlo, perseguirlo, destruirlo, hacerle la guerra, torturarlo o quemarlo en la estaca, sino del reconocimiento de su derecho a ser distinto en todo porque todos somos distintos: en gustos sexuales, en color de piel, en religión, en estatura, en idioma, en formas de ver el mundo, en habilidades, en talentos y en defectos. Tolerancia que significa que cada uno de nosotros debe permitir que los demás tengan, expresen y defiendan ideas diversas, aunque uno pueda criticarlos, impugnarlos y argumentar contra ellos con la misma libertad y esperando la misma tolerancia en un camino de dos vías. Y siempre dejando claro que tolerar las ideas no significa forzosamente tolerar los actos cuando éstos van contra los derechos de los demás. Es difícil imaginar un salto más largo entre la idea de que uno debe pensar lo que le ordenan a poder expresar ideas originales, incluso repugnantes, con total libertad. Se puede tener una religión distinta, aunque las leyes establezcan que no se permite que mates o tortures a otros en nombre de tu religión. Y el rechazo a los actos injustos implica el reconocimiento de la dignidad de muchos a los que los valores cristianos se las negaban, como las mujeres, los homosexuales, las personas de piel oscura y los creyentes en distintas religiones... o los no creyentes. Esa tolerancia, esa idea de que la riqueza se puede distribuir más equitativamente, la democracia, la educación para todos, la inteligencia, la razón, la ciencia... son valores a los que se ha opuesto enérgicamente el cristianismo —y el islam, salvo en el breve paréntesis cuando rigió la dinastía de los abasidas— y lo sigue haciendo al día de hoy.

¿Cuáles son, según los propios creyentes y sus iglesias, los «valores cristianos» que se supone que se están defendiendo de la amenaza de la modernidad, del conocimiento, del progresismo y de las actitudes socialmente ilustradas?

El catecismo de la iglesia católica producido por el Vaticano detalla claramente los valores. En el artículo dedicado al cuarto mandamiento, la iglesia señala como valor: La familia es la *célula original de la vida social*. Es la sociedad natural en que el hombre y la mujer son llamados al don de sí en el amor y en el don de la vida. La autoridad, la estabilidad y la vida de relación en el seno de la familia constituyen los fundamentos de la libertad, de la seguridad, de la fraternidad en el seno de la sociedad. La familia es la comunidad en la que, desde la infancia, se pueden aprender los valores morales, se comienza a honrar a Dios y a usar bien de la libertad. La vida de familia es iniciación a la vida en sociedad.[10]

Intentemos una traducción: la familia debe ser formada por un hombre y una mujer, y debe tener por objeto procrear —«don de la vida» —, donde la autoridad del hombre fundamenta la libertad de la sociedad, y tiene por objeto difundir las creencias cristianas entre los niños...

Compárese esto con valores ilustrados, en los cuales una familia es cualquier unión basada en el amor y el respeto mutuos, que tiene el derecho de procrear —mas no la obligación —, donde la igualdad excluye la idea de «autoridad» de un miembro de la pareja sobre otro y donde se fomenta educativamente el libre cuestionamiento de la realidad y la búsqueda de la satisfacción espiritual sin imposiciones dogmáticas.

Más adelante, en el párrafo 2244 del mismo catecismo, la iglesia recuerda que es un valor esencial el que sus enseñanzas rijan la vida social, sin ninguna separación iglesia–Estado porque

[...]sólo la religión divinamente revelada ha reconocido claramente en Dios, Creador y Redentor, el origen y el destino del hombre. La Iglesia invita a las autoridades civiles a juzgar y decidir a la luz de la Verdad sobre Dios y sobre el hombre.[11]

Y dos párrafos más adelante insiste en su «derecho» —presuntamente dado por dios— de «emitir un juicio moral incluso sobre cosas que afectan al orden político cuando lo exijan los derechos fundamentales de la persona o la salvación de las almas...»[12].

Veamos sólo un valor fundamental más, siempre según el catecismo católico, que pretende que se mantenga la preeminencia de la iglesia sobre el conocimiento científico en el párrafo 2293:

[...] La ciencia y la técnica son recursos preciosos cuando son puestos al servicio del hombre y promueven su desarrollo integral en beneficio de todos; sin embargo, por sí solas no pueden indicar el sentido de la existencia y del progreso humano. La ciencia y la técnica están ordenadas al hombre que les ha dado origen y crecimiento; tienen por tanto en la persona y en sus valores morales el sentido de su finalidad y la conciencia de sus límites.[13]

Y es importante señalar que muchas de las afirmaciones de valores morales que el Vaticano enarbola actualmente como la base de sus enseñanzas son, en muchos casos, contrarias a las que sostenía en un pasado no demasiado cercano (recordemos, otra vez, la encíclica papal que en su rechazo a la democracia, apenas en 1884, provocó que los librepensadores se propusieran erigir la estatua de Giordano Bruno en Roma).

Y la pregunta es, claro, si las enseñanzas y puntos de vista morales, la idea de los valores cristianos son mutables, se desarrollan con el tiempo, se adaptan a nuevas realidades... ¿está reconociendo la iglesia que en el pasado fue cruel, injusta, que se equivocó, que debe asumir alguna responsabilidad por el dolor causado a partir de esas enseñanzas a las que hoy les da la espalda?

Por supuesto que no.

En la dimensión moral, una sociedad avanza y progresa con base en sus errores del pasado y ampliando su visión de los derechos y el bienestar humano con base en la valoración del pasado.

Pero si la iglesia cambia, nos está diciendo que realmente no conocía la verdad y que actuó con capricho humano y no con certeza divina en la defensa de sus «valores» proteicos y en constante metamorfosis.

El concepto de los «valores cristianos» adquiere una dimensión especial en el imperio hegemónico del mundo de los siglos xx y xxi: los Estados Unidos; y no es posible agotar este breve capítulo sin mencionar lo que son los valores cristianos para los ultraconservadores religiosos de ese país, que son, por supuesto, retomados por los sectores más cavernarios de muchos países de las culturas de la Ilustración.

Esos valores son fundamentalmente la sexofobia —censura de los medios, persecución del sexo prematrimonial, penalización del adulterio —, la lucha contra el derecho al aborto libre, el creacionismo, el rechazo a los matrimonios que no sean de hombre y mujer, las leyes sexofóbicas y la presencia de la religión en las escuelas públicas. Esto más allá de los valores neoliberales económicos, que también se sustentan en presuntas enseñanzas bíblicas, según las cuales, la sociedad no debe ocuparse de los más desprotegidos y la educación o la salud no tienen por qué ser garantizados por el Estado, ya que «atentan contra la libertad que dios ha dado al hombre»[14].

Compárense estos valores con los que están consagrados en la Declaración Universal de Derechos Humanos, proclamada por la Asamblea General de la ONU en 1948 y que es descendiente directa del pensamiento ilustrado y, especialmente, de la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, lanzada por la Asamblea Constituyente Nacional Francesa en 1789.

La lectura completa de este documento es altamente recomendable para toda persona, pero, en resumen, la DUDH consagra la libertad e igualdad de dignidad y derechos de todos los seres humanos, rechaza las distinciones y discriminación por motivo de «raza», color, sexo, idioma, religión, opinión política, etc., rechaza la esclavitud, la tortura, los tratos crueles; consagra la protección de las leyes para todos y la santidad de la vida privada, la igualdad de las partes en el matrimonio y en caso de su disolución. Y, sobre todo y como punto que siempre ha concitado la furia de las religiones, consagra «la libertad de pensamiento, de conciencia y de religión»[15], lo que «incluye la libertad de cambiar de religión o de creencia»[16], algo que, por ejemplo, los países dominados por la ley islámica no aceptan, pues consideran que abandonar la religión musulmana debe ser penado con la muerte.

La DUDH también consagra la libertad de opinión, de expresión, de reunión, de participar en el Gobierno democráticamente como elector o como electo, estableciendo que «la voluntad del pueblo es la base de la autoridad del poder público»[17]. Y, para más indignación de las religiones, estipula que todos tenemos derecho a la seguridad social, a la protección contra el desempleo, a la idea de un salario justo y de igual salario para igual trabajo, así como derecho a la organización sindical. Consagra, finalmente, que todos tienen derecho a la salud, el bienestar, la alimentación, el vestido, la vivienda, la asistencia médica y los servicios sociales necesarios. Contra la doctrina de la iglesia, que en el pasado establecía la calidad de bastardo y el valor de «nacido en legítimo matrimonio» como estigma social, afirma que «todos los niños, nacidos de matrimonio o fuera de matrimonio, tienen derecho a igual protección social»[18], al igual que tienen derecho a una educación elemental gratuita, universal y obligatoria, con igualdad de oportunidades para acceder a la educación superior. Lo que deriva, finalmente, en la

afirmación de que el acceso a la cultura, la ciencia, la tecnología y el arte son un derecho de todos.

Viendo este resumen de las ideas de la Declaración Universal de Derechos Humanos, no resulta extraño que el Estado del Vaticano, como país participante de la ONU, a día de hoy, *no haya firmado* la Declaración Universal de Derechos Humanos ni tampoco la gran mayoría de los convenios, pactos y documentos promulgados por la Organización de las Naciones Unidas que defienden, en lo particular, los derechos contenidos en esa declaración: tratados sobre tortura, derechos de la mujer, tráfico de personas, esclavitud, derecho de organización y negociación colectiva, abolición de la pena de muerte, derechos económicos, sociales y culturales; contra trabajos forzados, sobre la igualdad de remuneración, contra la discriminación en el empleo, la discriminación en la educación, el castigo del genocidio... La lista de documentos que el Vaticano se ha negado a firmar es larga.

De hecho, el Vaticano sólo ha firmado un puñado de todos los instrumentos destinados a hacer efectivos los derechos humanos: uno contra la discriminación racial, uno sobre la situación de los refugiados, uno sobre las personas sin patria, los convenios de Ginebra referentes al comportamiento de los participantes en un conflicto armado y dos convenios sobre los derechos del niño. Esta última firma es considerada por muchos como algo terriblemente contradictorio, ya que desde que el Vaticano firmó la Convención sobre los Derechos del Niño cuando se promulgó en 1990, se han sucedido uno tras otro escándalos de agresiones sexuales y violaciones contra niños por parte de numerosos sacerdotes de distintas jerarquías en prácticamente todos los países con presencia relevante del catolicismo.

Los valores que celebramos como logros de la humanidad no son los «valores cristianos». Por el contrario, lo que hace más falta es fortalecer los valores de la Ilustración, de la inteligencia, de la democracia, conscientes de que los verdaderos «valores» que distinguen a las religiones y a las creencias supersticiosas en dioses son los de la misoginia, la homofobia, la ignorancia, la represión, la antiinteligencia, la desigualdad, la injusticia y el estancamiento espiritual y del conocimiento regidos por las creencias insustanciadas de grupos de poder que pretenden dominar la vida de los

demás sin preguntar su opinión, ordenando, disponiendo y gobernando, con el pretexto, además, de que sus creencias son las que le dan sentido a la vida de los seres humanos.

El sentido de la vida

Quizá este capítulo debería haber sido el primero del libro. Después de todo, lo que nos resulta esencial en nuestra vida, lo que le da sentido es hacer el bien, vivir bien, estar satisfechos con nosotros mismos y tener una vida que tenga sentido, que tenga un valor y que nos permita transcurrir a lo largo de ella sintiendo que cumplimos un propósito.

No es infrecuente que a los ateos se les pregunte, de buena fe y con genuino interés, como ateos, ¿qué sentido tiene para ti seguir viviendo? Quien pregunta esto, claramente, es alguien que tiene creencias religiosas y considera que el único motivo de vivir es alcanzar los premios —y eludir los castigos— que prometen las distintas religiones.

El creyente acepta, como parte de su esquema de creencias y de las visiones e ideas que norman su existencia cotidiana, que el sentido de la vida es la muerte o, más exactamente, lo que viene después de la muerte. Para ellos, la vida es una etapa intermedia, de examen, entre un inicio misterioso y una segunda vida en la cual, de vivir correctamente esta vida, podrían encontrar todas las satisfacciones que se les han negado en ésta.

El gran premio de las religiones es la trascendencia, es decir, de seguir adelante más allá de la vida, en una existencia diferente, indetectable, pero que nos permitiría seguir siendo nosotros mismos. La mayoría de nosotros desarrollamos un gusto especial por ser nosotros mismos, independientemente de nuestros defectos, de las amarguras de la vida o de las insatisfacciones y conflictos inevitables. No queremos desaparecer.

Ello hace que la promesa de la trascendencia sea tan seductora. Nos dice que cuando todos los indicios señalan que hemos dejado de estar vivos, cuando no respiramos, nuestro corazón no late, nuestro cerebro deja de tener actividad y empezamos a descomponernos, cuando es evidente que hemos dejado de ser la persona a la que querían nuestros familiares y amigos, cuando somos un conjunto de materia orgánica inanimada destinada a desintegrarse... seguimos vivos de alguna manera. No, evidentemente, nuestro cuerpo, no nuestra digestión, nuestra circulación, pero sí nuestra personalidad, lo que nos distingue de los demás, lo que queremos seguir siendo. La religión nos ofrece, como los videojuegos, una vida extra para continuar sintiendo, deseando, percibiendo.

Como hemos visto en el caso del pecado original, la vida es la expiación de los pecados, la huida permanente de la tentación de pecar más aún, o es la preocupación constante por hacer la voluntad de dios —interpretada por el ministro del culto que tenga uno más cerca— o es la preocupación por cumplir minuciosamente con una panoplia de rituales que tiene por objeto hacer feliz a la deidad y predisponerla en nuestro favor, que es casi un soborno celestial.

En los grandes monoteísmos tenemos un dios que está continuamente observándonos y calificando nuestros actos. El budismo, por su parte, nos promete dejar de sufrir, dejar de desear e integrarnos en el todo del universo, siempre y cuando aceptemos la idea de que esto es de algún modo deseable como destino. En vez de un

dios antropomórfico, el budismo nos enfrenta a un frío universo que valora nuestro karma y nuestra capacidad de renunciar al deseo o *tanha* para permitirnos o no integrarnos en el universo y romper la rueda de las reencarnaciones. El cristianismo nos promete una vida eterna dedicada a la contemplación de la perfección de dios, algo que también considera la máxima realización del ser humano. El islam promete, al menos a los hombres, jardines deliciosos llenos de vírgenes ninfomaníacas, comida y bebida, un paraíso mucho más sensual y mundano que el del cristianismo o el budismo.

Vivimos, pues, para ganar los puntos necesarios a fin de obtener una entrada a la trascendencia, a la felicidad final. A partir de esta propuesta, las religiones justifican una y otra vez, con mayor o menor crueldad, el sufrimiento propio y ajeno. La vida en la religión se convierte en una carrera de obstáculos permanente, evadiendo riesgos y buscando recompensas, una especie, otra vez, de videojuego en el que nos apostamos la posibilidad de vivir después de la muerte.

Si es así, lo razonable sería pensar que quien tiene creencias religiosas debería tener muy poco interés en permanecer vivo. Debería sentir una premura avasalladora para dar por terminado este paréntesis e ir a disfrutar de su peculiar paraíso. La muerte es el inicio de una vida mejor, como suelen decir en los funerales.

Así, resulta bastante curioso que, sin embargo, los creyentes en las religiones se aferren a la vida cuando se ven en peligro de perderla.

En realidad, la vida, para estas visiones místicas, no tiene sentido. Es un engaño, un prolegómeno, un vestíbulo a lo que sería la realidad verdadera, la vida verdadera. Lo que realmente tiene sentido para las religiones es la muerte. Deberían desearla. Una vez que mueran, así lo creen, tendrán la sabiduría eterna y absoluta, podrán saber cómo funciona el universo y tendrán a su alcance todo lo más bello que pueda haber, no tendrán que laborar en la ciencia y el arte, su dios les dará todo eso tan pronto como entreguen su ropa de calle. Y más aún, creen que, además de ver a la gente a la cual quisieron y que perdieron, podrán ver toda la vida de sus descendientes desde el

cielo, incluso tal vez protegerlos, echarles una mano... La muerte parece mucho más seductora que la vida, que es sucia, complicada y plagada de sufrimiento.

Y sin embargo, ¿se puede imaginar una tortura peor que estar en la vida eterna y poder ver cómo se desarrolla la vida de sus seres queridos y no poder hacer nada por ellos? La vida después de la vida, en esas condiciones, sería una de las torturas más aterradoras que uno puede imaginarse: ver a sus hijos sufrir dificultades, enfermedades, incluso situaciones extremas que por desgracia muchos seres humanos han vivido, además de los sufrimientos comunes: guerras, violencia, tortura, injusticia, hambre, dolor, accidentes... y no poder hacer nada.

Para que esta tortura no existiera, el dios que les da supuestamente la vida eterna a los creyentes tendría que darles, además, la capacidad de intervenir, como pequeños dioses 2.0, en los asuntos de sus descendientes, sus amigos o de cualquier persona o grupo por los cuales sintieran una simpatía especial o que les dolieran especialmente las injusticias a las que se vieran sometidos, fueran los tutsis en Ruanda o las mujeres en Afganistán, los homosexuales en países intolerantes o los albinos en Tanzania. Pero, como podemos ver simplemente a nuestro alrededor, esa intervención no existe. Las desgracias siguen llegando más o menos a la misma velocidad. Y es que si todos los muertos pudieran intervenir, unos intervendrían a favor de un bando y otros, de otro, de modo que tendríamos una guerra celestial de la que no nos dan cuenta los creyentes... Y ello nos lleva de nuevo a la conclusión a la que nunca quieren llegar los creyentes y quienes promueven las creencias: la vida después de la vida sería tremendamente cruel e insoportable.

En ese sentido, los ateos tenemos mucho mejores razones para vivir, para vivir lo más intensamente posible y para vivir, por supuesto, el mayor tiempo posible, porque esta vida es la única oportunidad que tenemos de actuar correctamente, de disfrutar, de gozar, de ser, de sentir y de hacer sentir.

Todas las evidencias nos dicen que al morir termina nuestra oportunidad... junto con nuestros sentimientos, nuestras emociones, nuestra capacidad de disfrutar. Sólo tenemos esta vida para conseguir, si lo queremos, el mayor placer posible, para hacer el mayor bien posible y para hacer el menor daño posible. Tenemos esta vida para fotografiar paisajes, para tratar de ver las pinturas de los grandes maestros, para escuchar la música que nos gusta, sea Bach o *heavy metal*.

Es la única oportunidad que tenemos de amar y de ser amados, de cuidar a nuestros hijos, de verlos crecer, la única oportunidad que tenemos de leer los libros que otros han escrito, y sentir el placer de la poesía o la emoción de la novela, y ver películas, y pasear por el bosque y nadar... Sabemos que o lo hacemos ahora, y lo hacemos bien, o no lo vamos a hacer nunca. Verdaderamente *nunca*.

No hay evidencias de que exista un paraíso, una vida «después de esta vida», que el ser humano ha soñado tan apasionadamente. Por tanto, nuestros motivos como ateos para estar vivos, para vivir bien, para vivir mucho son infinitamente más convincentes que los motivos que se plantean los creyentes en religiones.

Lo que sabemos, lo que sabemos con certeza es que nuestra mente, nuestra personalidad, nuestras emociones, nuestros sentidos son funciones de nuestro sistema nervioso, del mismo modo en que la digestión es una función de nuestro aparato digestivo. Cuando morimos, nadie se pregunta «¿a dónde fue su digestión?», y del mismo modo no debería preguntarse «¿adónde fue su personalidad (alma, espíritu, esencia)?».

Sin darse cuenta, probablemente, de lo peligrosa que era la idea para la religión, Leonardo da

Vinci, en sus notas, explicó por qué consideraba imposible comunicarse con los muertos:

No puede haber voz donde no hay moción o percusión del aire; no puede haber percusión del aire donde no hay instrumento; no puede haber instrumentos sin un cuerpo. Siendo esto así, un espíritu no puede tener ni voz, ni forma ni fuerza. Y si asumiera un cuerpo, no podría penetrar por donde están cerradas las puertas. Si alguno dijera que por el aire acumulado y condensado un espíritu puede asumir cuerpos de formas diversas, y por un instrumento así puede hablar moverse con fuerza, yo le respondería que donde no hay nervios mis huesos no puede ejercerse ninguna fuerza en movimiento alguno hecho por espíritus imaginarios.[19]

Y, más aún, sabemos que no existe un dios, una fuerza, un ser superior que haga justicia donde nosotros cometamos una injusticia.

Pensemos en un asesino que es un fiel creyente. A sus ojos, su víctima será de alguna manera recompensada en esa otra vida... será acunado en el paraíso musulmán, será satisfecho en todas sus necesidades en el paraíso cristiano, reencarnará con puntos a favor en su cuenta bancaria del karma... el asesinato cometido pierde así mucho de su horror, porque la religión permite al asesino creyente pensar que el daño que ha hecho no es irreparable, no es definitivo como no lo es la vida misma.

Y, además, puede expiar su pecado y él mismo beneficiarse, finalmente, de esa vida eterna que se presenta altamente deseable y maravillosa.

Los ateos, sin embargo, no tenemos ese refugio. El dolor que podamos causar, voluntaria o involuntariamente, no tiene repercusiones cósmicas, no redunda de ninguna forma en beneficio de nuestras víctimas, no hay soberanos cósmicos que nos perdonen y alivien nuestra conciencia. Sabemos que un acto de violencia contra otra persona puede ser definitivo, que deja heridas, que daña para siempre, así sea por las secuelas psicológicas que sufre quien ha sido objeto de una

agresión injusta. Tenemos que tomar absoluta y total responsabilidad de nuestros actos, de nuestra vida, del bien y el eventual mal que hagamos. Sin coartadas, sin pretextos, sin «dios lo quiso» ni «por algo ocurren las cosas», sin «ya recibiremos nuestro justo premio en el más allá», sin «en la siguiente vida cambiaré». La idea de lo irreparable que es cuanto hacemos, como irremediable es la muerte, debe hacer que el ateo consecuente sea alguien que evite el mal y busque el bien.

Conocer y reconocer que existen las limitaciones y lo definitivo, que no hay vuelta atrás, que la copa se va a agotar inevitablemente y que precisamente por eso tenemos que saborear cada gota de su contenido, si se me permite la metáfora, no es algo que esté en manos de quien ve más allá de la muerte, quien teme lo que quiere y quiere lo que teme, que vive las cosas buenas de la vida esperando que, sin embargo, después de morir tendrá algo mejor.

Visto así, los ateos tenemos una razón para vivir tan poderosa que los religiosos no pueden ni siquiera comenzar a imaginarla. Sabemos, por encima de todo, lo enormemente preciosa que es nuestra vida y la de todos quienes nos rodean, lo irreplicable, lo definitiva, lo singular. Los dioses pueden hacer vida chasqueando los dedos si los tienen. Pero la vida que ha surgido por una improbable concatenación de acontecimientos a lo largo de toda la historia de un universo, para llegar al punto de poder sentir, de poder amar, de poder pensar es muchísimo más valiosa y muchísimo más digna de respeto.

¿Qué sentido tiene la vida? El que cada quien le da a la suya, por supuesto, con sus ideas, sus sueños, sus convicciones, sus deseos y su compromiso moral, no un sentido impuesto por un creador más o menos caprichoso.

Y como parte de ese sentido, sin duda alguna, se encuentra la idea de que el dolor es malo, algo que debemos evitar sufrir y hacer sufrir... un asunto que no ha sido menor en la historia de las creencias que, en general, disfrutaban enormemente del dolor.

El dolor es malo

Muchas religiones, pero principalmente el cristianismo, son religiones del dolor. En toda la cosmología de la religión, en toda su aproximación a la vida humana e incluso a la muerte humana, está presente la idea continuada del dolor. Dios no castiga con su ausencia, no castiga con la privación, no castiga con la escasez: castiga con dolor. Un dolor físico que puede ser, principalmente, producto de las llamas del infierno, aunque en las distintas formas del cristianismo existe el debate sobre cuán físicas son realmente esas llamas a las que será condenado el que sea indigno de dios.

En el principio, en el Génesis, el castigo que recibe Eva por su desobediencia es parir a sus hijos con dolor. Y a lo largo de toda la Biblia, dios castiga una y otra vez con dolor a su pueblo, a los enemigos de su pueblo o a los herejes dentro de su propio pueblo. Cuando no a la humanidad completa.

Si un monarca puede inspirar temor para conseguir respeto u obediencia, una de las fuentes más claras de ese temor es la perspectiva de sufrir dolor, tanto espiritual como físico.

El solo hecho de prohibirle alguien que haga uso, por decir algo, de un derecho como el de la libre disidencia no tiene mayor trascendencia a menos que la infracción de la prohibición esté acompañada de un castigo. En un pasado que todavía no es muy lejano y que es un presente muy real todavía entre grandes grupos humanos adscritos a diversas religiones, ocasionar dolor era y es una forma de castigo aceptable: los azotes, las mutilaciones, los golpes, la tortura, el hambre, la violación, la obligación de trabajar en condiciones físicamente lesivas, las condenas a muerte mediante procedimientos aterradores que impartían un enorme sufrimiento antes de que llegara el fin de la vida y del dolor, como el ser quemado en la hoguera, descuartizado por elefantes, aplastado lentamente con piedras y otras prácticas que prolongaban la agonía y el sufrimiento del condenado. Se trataba de una parte común y corriente de la impartición de justicia tanto religiosa como civil.

Y, muchas veces, estos castigos se llevan a cabo públicamente, no sólo para humillar al reo, sino para servir de advertencia y ejemplo al resto de la población. El mensaje es estremecedoramente claro: si cometes alguna falta contra el monarca, contra la religión, contra la propiedad, contra el poder sufrirás como está sufriendo esta persona que ves aquí... o incluso más.

En el cristianismo, se presenta un fenómeno adicional de la exaltación y la celebración del dolor en lo que se conoce como la Pasión de Cristo, es decir, los últimos momentos de la vida de Jesucristo desde que es detenido hasta su muerte, según lo cuentan los Evangelios sinópticos, que son los aceptados como reales por la gran mayoría de las variantes del cristianismo —los de Marcos, Mateo, Lucas y Juan—. En este sentido, importa bastante poco si Cristo tuvo alguna existencia real más o menos como la relatan los Evangelios, o si es, como creen muchos historiadores sin compromiso religioso, una amalgama de varios personajes del Israel ocupado por los romanos. El relato de su sufrimiento, de su detención injusta, de su tortura mediante azotes y otras humillaciones y agresiones, y de su crucifixión final es absolutamente sobrecogedor precisamente porque sabemos que muchas personas, seres humanos como nosotros, han sufrido castigos exactamente así en muchísimas ocasiones durante toda la historia humana.

El relato nos impacta, sea ficticio o no. Como toda buena literatura.

Sin embargo, según las enseñanzas cristianas, este sufrimiento, este dolor extraordinario que afirman que padeció el fundador de su iglesia tuvo como consecuencia que se abrieran los cielos para los justos y los dignos ante dios.

Por alguna razón que nunca se ha explicado de un modo satisfactorio, dios no podía hacer esta apertura por sus propios medios, pese a ser omnipotente y, después de todo, dueño y señor de los cielos y de todo el universo. Pero tuvo la necesidad, impuesta no sabemos por qué circunstancias, de hacer que su propio hijo sufriera de manera atroz para expiar los pecados que supuestamente cargamos desde nuestro nacimiento todos los seres humanos.

Ese dolor es objeto de un enorme exaltación en el cristianismo y muy especialmente en el catolicismo.

En las denominaciones protestantes se tiende a no utilizar imágenes según lo establecido por Martín Lutero en una de las tesis que clavó en la puerta de la iglesia de Wittenberg y que puso las bases del gran cisma del cristianismo en el siglo xvi. Por tanto, la exaltación y explicación del dolor que hacen las iglesias o sectas protestantes, tanto del dolor presuntamente beneficioso de Cristo como del dolor aterrador que nos espera si somos pecadores, se expresa por escrito y, principalmente, de modo verbal, por medio de las arengas de los predicadores que buscan conmover a su público sólo con la palabra. Son los predicadores de «fuego y azufre» que utilizan la oratoria para pintar horribles escenas del infierno con las cuales aterrizan a los fieles y los convencen, supuestamente, de mejorar su comportamiento.

Pero el catolicismo sí tiene imágenes como parte de su escenografía y rituales de culto. Y esas imágenes, empezando por la de Cristo en la cruz, que se puede considerar fundacional de la

religión, exaltan el dolor de un modo que puede parecer no demasiado sano para cualquiera que no participe de las creencias y tradiciones. Los cristos humillados, los «eccehomo», sangrando por las heridas causadas por la corona de espinas. Los cristos que llevan a hombros la cruz y caen bajo el peso de su instrumento de ejecución destrozándose las rodillas. Los cristos yacentes, bajados de la cruz, muertos de tamaño natural que suelen exhibiesen en urnas de cristal en no pocas iglesias, con representaciones crueles de cada una de las heridas detalladas en los Evangelios más, con enorme frecuencia, otras muchas, producto de la imaginación del escultor. Todos éstos son intentos de impresionar al fiel creyente mediante la representación del dolor.

Después de todo, el ser humano es un animal empático. Tenemos la capacidad solidaria de experimentar el dolor de otras personas, de darnos cuenta de que su sufrimiento es igual al que podríamos experimentar nosotros, sentimos lo que otros sienten, bueno y malo, entendemos cómo perciben la realidad otros seres de nuestra especie y esto nos mueve en muchas ocasiones a actuar a fin de evitar que otro sufra. La carencia de esta empatía, de hecho, es un trastorno conocido como psicopatía, que se expresa, entre otros síntomas, en un desprecio absoluto por los sentimientos de los demás y por su sufrimiento. No tener empatía es patológico, porque es un elemento esencial de nuestra capacidad de construir una sociedad capaz de cooperar y funcionar razonablemente.

Esa empatía, junto con el miedo al dolor, parecerían ser los pilares fundamentales de la construcción de la creencia cristiana con base en el sufrimiento de Cristo, al que eventualmente se le han ido añadiendo numerosísimas historias de santos y santas mártires que, en aterradoras descripciones que con frecuencias se ofrecen a los niños en el catecismo como parte esencial de la enseñanza de la fe, sufrieron brutalmente por sus creencias antes de morir en condiciones escalofriantes, algo que la religión considera altamente deseable, encomiable y digno de ser enseñado como ejemplo a seguir.

No es infrecuente, por tanto, que muchos creyentes cristianos consideren que complacen a su dios provocándose dolor a sí mismos, lo que suelen llamar «mortificación» o, también, «penitencia», y que consideran que es una forma de estar cerca de Cristo, de tratar de compartir el dolor que, finalmente, consideran que Cristo sufrió por culpa de los seres humanos, de los pecadores. Y además consideran que siguen lo que dice el Evangelio según San Mateo 11, 29: «Carguen sobre ustedes mi yugo y aprendan de mí, porque soy paciente y humilde de corazón, y así encontrarán alivio».

En un texto que es frecuente encontrar en sitios web católicos, se explica, con esas metáforas crípticas comunes en el lenguaje religioso que pretende ser imponente aunque no sea totalmente inteligible:

Para ser sobrenaturalmente eficaces debe morir uno a sí mismo mediante la continua mortificación, olvidándose por completo de su comodidad y de su egoísmo. Debemos perder el medio al sacrificio, pues la Cruz la quiere para nosotros un Padre que nos ama y sabe bien lo que nos conviene. Con la mortificación nos elevamos hasta el Señor; sin ella quedamos a ras de tierra.

El fundador del Opus Dei, José María Escrivá de Balaguer, lo veía de modo ligeramente distinto. Afirmaba: «Si sabes que tu cuerpo es tu enemigo, y enemigo de la gloria de Dios, al serlo de tu santificación, ¿por qué le tratas con tanta blandura?» [20]. Es decir, rescatando la idea del pecado original que convierte al cuerpo en herramienta satánica

por sus implicaciones sexuales, recomendaba ampliamente a sus seguidores que se lastimaran, que se hicieran pasar dolor o incomodidades porque

Jesús sufre por cumplir la Voluntad del Padre... Y tú, que quieres también cumplir la Santísima Voluntad de Dios, siguiendo los pasos del Maestro, ¿podrás quejarte si encuentras por compañero de camino al sufrimiento?[21]

Y explica por qué debe uno someterse a la penitencia, tanta como le ordene o permita su superior en la orden religiosa:

¿Motivos para la penitencia?: Desagravio, reparación, petición, hacimiento de gracias: medio para ir adelante...: por ti, por mí, por los demás, por tu familia, por tu país, por la Iglesia... Y mil motivos más.[22]

Es exactamente lo que hacía Juan Pablo II, azotándose periódicamente con un cinturón que guardaba al efecto entre su ropa, según contaba monseñor Slawomir Oder, el responsable de revisar la vida del papa para acelerar el proceso su canonización. En enero de 2010, todos los medios se hacían eco de esta práctica, que el papa Wojtyła combinaba con la práctica de dormir en el frío suelo de las lujosas habitaciones del palacio del Vaticano para provocarse sufrimiento.

Muchos integristas católicos, como es el caso de los miembros del Opus Dei, se entregan a esta práctica utilizando los llamados cilicios. Estos adminículos de autotortura que se llevan bajo la ropa, se tejen de alambre con púas dirigidas hacia adentro y se llevan alrededor del muslo, del brazo o de la cintura, de modo que se claven en la piel con cada movimiento, haciendo que quien los usa experimenta un continuo dolor. Otros creyentes se flagelan con cierta frecuencia, utilizando látigos diversos. Estas autoagresiones se pueden realizar públicamente en algunas fechas señaladas en las religiones, como las celebraciones de la Semana Santa de varios países católicos —fecha en que algunos incluso se hacen crucificar— o en algunas festividades islámicas.

No deja de ser inquietante en extremo pensar que estas personas sinceramente sostienen la convicción de que su deidad disfruta o agradece el dolor de sus criaturas. Ninguno de nosotros, al

menos quienes nos encontramos más o menos en los parámetros consensuados a nivel mundial y a lo largo de la historia, disfruta ni agradece el dolor de sus hijos, o incluso de sus mascotas. Y cuando conocemos a alguien que disfruta con el dolor ajeno consideramos que no está dentro de lo normal y padece de un trastorno.

La celebración del dolor por parte de los religionistas plantea tres problemas.

El primero, que trataremos en detalle en el próximo capítulo, es la posibilidad de que la persona que se causa dolor a sí misma podría no estarlo haciendo libremente. Es decir, que esa persona no ha tenido la oportunidad de conocer las opciones que hay a su disposición, los muchos sistemas de creencias religiosas, la falta misma de creencias, las críticas a su religión o incluso las diversas interpretaciones de buena fe que distintos creyentes hacen de distintas porciones de sus libros sagrados. Es cierto, por ejemplo, que la mayoría de los católicos, aun creyendo que los Evangelios son la palabra de dios dictada a hombres santos debidamente elegidos, no se mortifican a sí mismos con cilicios, no se azotan ni en público ni en privado y, cuando mucho, se someten a incomodidades menores como privarse de la carne roja los viernes de Cuaresma. Al no conocer todas esas opciones, podría ser que quien se causa daño actúa de la única manera que se le ha enseñado, lo cual difícilmente puede considerarse el pleno uso de la libertad de un adulto.

El segundo problema, evidentemente, es que la convicción de que dios disfruta del dolor puede llevar al extremo de trabajar activamente para mantener, sostener y celebrar el sufrimiento de otros. Tal fue el caso de Agnes Gonxha Bojaxhiu, monja originaria de Albania, mejor conocida como la madre Teresa de Calcuta, fundadora de la orden de las Misioneras de la Caridad, que reunió colosales cantidades de dinero destinadas, entre otras cosas, a hospitales que nunca construyó. Parte de los donativos los empleó en la lucha en contra del reparto de condones en África, al estar convencida de que el VIH/sida no era sino un justo castigo a una conducta sexual desordenada y que nadie tenía derecho a evitar ese castigo. La lógica es que el condón permite ni más ni menos que el disfrute sexual sin castigo, sin sida y sin embarazos. La idea general de Teresa de Calcuta y de la iglesia era que si el sida era un mal, el condón era un mal mucho peor porque se oponía al sexto mandamiento —«No cometerás adulterio»—. Ella estaba plenamente convencida de que su dios no quería que se utilizaran condones y se veía a sí misma como un instrumento para cumplir esa voluntad divina.

A falta de hospitales, lo que sí instalaron Teresa de Calcuta y su orden, las Misioneras de la Caridad, eran establecimientos destinados para que fueran a ellos las personas agonizantes y allí terminaran sus vidas. Los *homes of the dying* (literalmente, «hogares para los agonizantes»), simples morideros donde, según el presidente de la Asociación Racionalista de la India, Sanal Edamaruku, la orden era no administrar analgésicos a los agonizantes, porque el dolor, explicaba la religiosa, es grato a dios.

Hablando en el Desayuno Nacional de Oración de los Estados Unidos, curiosamente patrocinado por el Senado y el Congreso de los Estados Unidos, el 3 de febrero de 1994, Teresa de Calcuta contó esta anécdota:

Una vez conocí a una mujer que estaba muriendo de cáncer en una situación de lo más terrible. Y le dije: «¿Sabe? Este terrible dolor es sólo el beso de Jesús... una señal de que se ha acercado tanto a Jesús en la cruz que él puede besarla». Y ella juntó las manos y dijo: «Madre Teresa, por favor, dígame a Jesús que deje de besarme».

Resulta muy inquietante pensar que alguien considere que todo el mensaje católico se resume en el dolor, que el dolor es tan extraordinariamente bueno y deseable que es la expresión del amor de su dios, que el sufrimiento es glorioso y las lágrimas son más gratas a la deidad que la sonrisa, la enfermedad más deseable que la salud, la desgracia mejor que la alegría.

En los establecimientos de Teresa de Calcuta, lo único que importaba era que los indigentes que llegaban con ese dolor y sufrimiento —y que llegan todavía hoy pese a la oposición de grupos como *Stop the Missionaries of Charity*— a esos lugares de desesperanza se convirtieran al catolicismo dejando atrás su religión, principalmente hinduista o budista, como es común en la India. Teresa de Calcuta consideraba que cada alma que ella consiguiera cambiar al bando de su dios le ganaba el beneplácito de su dios y le garantizaba un lugar mejor, presuntamente más cercano a Jesucristo, en el paraíso, durante toda la eternidad.

El tercer problema de la celebración del dolor es la clara probabilidad de hacer que otras personas se lastimen diciéndoles que es lo que quiere dios, que es la forma de agradarlo, de congraciarse con él. Decirles a los niños y jóvenes que el dolor es bueno. Usar la autoridad que da el ser miembro de la jerarquía eclesiástica o ser un padre que educa a sus hijos en la religión, que deben buscar el dolor y la incomodidad, o bien que no deben evitarlos, ya que su sufrimiento tiene un alto valor teológico. Educar en la idea de que el propio sufrimiento debe provocarnos júbilo y que el sufrimiento de otros puede ser fuente de satisfacciones para nosotros es, evidentemente, más cercano a lo patológico que a lo normal.

Y sin embargo, un hecho evidente, absolutamente claro para cualquiera de nosotros como principio básico, es que el dolor es algo malo. Es desagradable, es terrible y es indicación de problemas. A lo largo de la evolución en la Tierra, los seres vivos han desarrollado mecanismos para saber cuándo algo anda mal y están en peligro. Uno de estos sistemas de alarma, quizás el más eficiente, es precisamente el dolor. Y, por consecuencia, entre las mejores acciones que puede llevar

acabo cualquier persona está eliminar las causas que provocan el dolor propio o ajeno, aliviarlo o hacerlo desaparecer. El dolor no es deseable, ni para nosotros mismos ni para quienes nos rodean. Y por tanto, parece claro que no es correcto decirles a los niños que es algo bueno o deseable.

Evitar el dolor, el sufrimiento, la incomodidad y disminuirlos está claramente detrás de todo cuanto hace el ser humano. Construye refugios para no sufrir de frío y protegerse de depredadores que le pueden causar la muerte o herirlo... busca comida para no sufrir el hambre y seguir viviendo sano... protege a sus hijos contra el dolor... ha creado la medicina y ha usado las más variadas herramientas de la ciencia en los últimos cuatrocientos años para sufrir menos.

Es, evidentemente, difícil para cualquiera de nosotros en el siglo xxi imaginar hasta qué punto la vida en el pasado incluía una cantidad de dolor, sufrimiento e incomodidad muchísimo mayor que la que caracteriza la vida en las sociedades opulentas de las culturas de la Ilustración e incluso la de sociedades que, en el Tercer Mundo y en la marginación, hoy tienen acceso a algunos elementos que alivian el dolor, así sea un sencillo analgésico efectivo, seguro y barato.

Pero hay más. La disminución del sufrimiento hace a la gente buena. Celebramos a los científicos que han realizado avances para que el ser humano viva mejor. Pero el sufrimiento, hasta donde sabemos, no hace a la gente mejor, y decir, como suele hacerse en medios autoritarios y religiosos, que el sufrimiento temple el espíritu es una forma de justificación que no ha sido legitimada por estudio alguno. Es decir, jamás se ha demostrado que pasarlo mal y experimentar dolor sea, en última instancia, beneficioso para el comportamiento o los sentimientos humanos. Es simplemente un mito destinado a perpetuar la aterradora celebración del dolor.

El dolor no purifica, no es el camino al paraíso. Su celebración es parte del desprecio al ser humano, de la misantropía organizada, consustanciales a las religiones y su visión de que nuestra especie está viciada de origen. Precisamente por eso, basta pensarlo, el dolor y el sufrimiento se utilizan para el adiestramiento de soldados: porque es la mejor forma de enseñar crueldad, de crear resentimiento y de generar ansias de venganza que pueden ser utilizadas por los generales en el campo de batalla.

Lo que más agradecemos los seres humanos es que alguien nos evite el dolor o al menos nos lo alivie. La definición misma de bondad implica colaborar de alguna forma para que otras personas sufran menos. Y eso no sólo se puede hacer sin dios, sino que a veces parece extremadamente difícil hacerlo con dios.

Causar dolor es inmoral, evitarlo es moral. Esto va en contra de las enseñanzas de privación que suelen encontrarse en las religiones más allá de azotes y cilicios: celibatos y virginidades, privaciones alimenticias, posiciones dolorosas, largas veladas, horas de hinojos adorando a dios... todo ello sería enormemente inmoral desde un punto de vista racional.

El rechazo de las enseñanzas del sufrimiento y de la humillación como valores implica la recuperación de parte, una parte importante, de la dignidad humana que, al parecer, muchas religiones se empeñan en demoler para sustituirla por la sumisión abyecta.

Pero la recuperación de la dignidad humana requiere un elemento fundamental, un valor por el cual se ha luchado y se sigue luchando en todas las sociedades, porque siempre hay un suministro insuficiente de él: la libertad. La libertad física, la más

evidente, sólo tiene sentido si está acompañada de la libertad de pensar y decir. Y la libertad de creer. La libertad religiosa que con frecuencia no es como nos la cuentan.

Libertad religiosa

Una rutina del comediante irlandés Dave Allen (1936–2005) incluía una historia sobre su llegada por primera vez, a los cuatro años, a la escuela católica donde sus padres lo habían inscrito. Al llegar, una monja le pregunta si ama a dios. El niño responde que no sabe si lo ama o no porque no lo ha visto nunca. La monja le dice que dios lo ama a él, y quiere que corresponda su amor o lo condenará al fuego eterno. La monja pregunta si alguna vez se ha quemado. El pequeño responde que sí, que una vez, con una vela, se quemó la punta de un dedo. La monja entonces le dice que se imagine ese dolor, pero en todo el cuerpo, que eso sufrirá si no ama a dios. Luego le pregunta nuevamente si ama a dios... y el niño dice que, por supuesto, ama a dios, sin duda alguna lo ama.

Este brillante trozo de comedia sirve como un excelente ejemplo para saber a qué nos referimos cuando hablamos de una genuina, integral y respetuosa libertad de creencias.

Cuando alguien habla sobre libertad religiosa, generalmente se refiere a la libertad de difundir su religión, de practicar su religión y sus rituales, incluso de evangelizar sobre su religión, pero no forzosamente a la libertad que tienen los demás de practicar cualquier religión ni mucho menos la de no practicar ninguna.

Pero la libertad religiosa es uno de los grandes valores de la Ilustración, una idea revolucionaria que le ponía un límite a lo que pueden hacer las religiones para imponerse a otras personas y para imponerles obligaciones espirituales. En la Edad Media europea, como en el siglo xxi islámico, ir en contra de las creencias religiosas consagradas y aceptadas por el poder era arriesgarse a martirios feroces y, con frecuencia, la muerte. Y aunque existen ejemplos aislados de tolerancia religiosa en la historia desde Ciro el Grande en el siglo vi antes de la era común, no fue sino hasta la Ilustración cuando se emprendió un movimiento coherente, amplio y argumentado en favor de la libertad religiosa, que incluía la libertad de creencia, la libertad de culto y la libertad de opinión, y la idea se empezó a extender en mayor o menor medida entre los países que fueron adoptando la democracia representativa como sistema político, primero en América y después en Europa.

Una de las primeras expresiones claras de esta nueva idea se encuentra en el proyecto o carta sobre libertades religiosas que escribió Thomas Jefferson para la legislatura de Virginia, publicado en 1779, donde establecía «que a nadie se le debe obligar a frecuentar o patrocinar culto, lugar o ministerio religioso alguno».

La libertad religiosa, en los términos según los cuales la Ilustración desarrolló el concepto, es la libertad que cada persona tiene de creer en cualquier esquema preternatural, de tener uno o veinte mil dioses, de estar convencido de que la verdad del universo está escrita en un libro sagrado o en otro, o en el guión de una película de segunda categoría, perpetrado por un escritor borracho y poco informado. Y es la libertad de decirlo abiertamente y sin miedo. Es también la libertad de llevar a cabo los rituales o actos de culto propios de sus creencias sin que nadie lo moleste, siempre y cuando dichos actos de culto o rituales no afecten negativamente a personas o bienes, no sean peligrosos y no ataquen los derechos y libertades de otros. Y, de manera muy especial, la libertad religiosa implica que no se puede excluir a nadie de ningún espacio o actividad civil por causa de sus creencias religiosas: no se puede condicionar, por

motivos de las creencias religiosas de alguien, el empleo, el ingreso a la educación pública, la entrada a espectáculos, el libre tránsito, el disfrute de la sanidad pública y todos los demás derechos que las leyes conceden a sus ciudadanos en los distintos países.

Esa verdadera libertad religiosa incluye, por supuesto, la libertad de no tener ninguna religión, de no creer en ningún dios y de expresarlo abiertamente en público sin ser perseguido, atacado o procesado judicialmente.

Esto no es tan directo como parece.

La blasfemia, la herejía, la burla a cualquiera de los muchos aspectos de las religiones —en especial de los tres grandes monoteísmos— siguen siendo objeto de persecución judicial por las leyes civiles en muchas culturas de la Ilustración, no sólo en países islámicos donde la ley vigente es la *shari'a* (un conjunto de normas derivadas del Corán y de los *hadith*, que son los diversos testimonios sobre lo que dijo e hizo Mahoma, su comportamiento y su actitud ante determinados actos).

La herejía implica que cuestionar las creencias religiosas, demostrar su falsedad, legislar en un sentido distinto del que establece sus dogmas, hacer bromas o burla —de buen o mal gusto— e incluso opinar negativamente respecto de las prácticas que se dan dentro de una religión —como la lapidación de las mujeres en el islam o los abusos y violaciones a niños en la iglesia católica— son acciones delictivas, y lo son más que si uno hiciera lo mismo con cualquier otra faceta o colectivo de la sociedad.

Es decir, el hecho de que una persona afirme que sus sentimientos religiosos se han visto lastimados u ofendidos por las acciones de otra persona debe bastar para que se legisle —o se mantenga la legislación— para que a esa otra persona, el hereje, se le sancione si actúa libremente

de alguna forma que algún creyente pudiera interpretar alguna vez como ofensivo para su sentimiento religioso. Las creencias y sentimientos de uno se convierten así en ley para coartar las libertades de otros sin haber demostrado previamente que sus creencias son, efectivamente, más valiosas, verdaderas o sensatas que las de quien expresa dudas sobre ellas.

Es el pensamiento que se encontró detrás de la furia que se vivió en el mundo islámico en 2005 cuando el diario danés *Jyllands-Posten* publicó doce viñetas que representaban a Mahoma. El islam prohíbe la representación gráfica de seres vivos y seres humanos en particular. El Corán tiene diversos dictados contra la idolatría, pero la esencia de la prohibición concreta a estas representaciones se encuentra en uno de los *hadith*, las tradiciones de dichos atribuidos a Mahoma que, junto con el Corán, son los textos religiosos fundamentales del islam. Muchos musulmanes consideran que esta prohibición se aplica de modo muy especial a su profeta y que representarlo equivale a un grave insulto y, por ello, expresaron su convicción, su deseo, su exigencia de que esta prohibición se aplicara obligatoriamente a no musulmanes, a personas que no creen en el Corán y que viven en países donde se consagra su libertad de no creer y su libertad de decir que no creen. La violencia desatada en protesta por las caricaturas de Mahoma duró varios días y causó alrededor de doscientos muertos. Años después, la violencia por la representación gráfica de Mahoma se cobraría doce víctimas más en el ataque terrorista a la revista satírica francesa *Charlie Hebdo*.

Es como si alguien tiene como favorito a un determinado equipo de fútbol, digamos A, y afirma que cuando los aficionados del adversario en un partido gritan en favor del equipo de fútbol B, están vulnerando la libertad del primero; su libertad de apoyar a un equipo se volvería la prohibición de que el otro apoyara al suyo. Sería absurdo, sobre todo porque todos los equipos de fútbol deben ser considerados iguales, independientemente de la sesgada y apasionada opinión de sus aficionados. Para un Estado, todas las religiones son iguales —o así debería ser— y la diversidad de opiniones, la pluralidad y la tolerancia a lo distinto en el seno de la sociedad deberían ser tales que permitan que todos crean lo que quieran y digan lo que quieran, con salvedades razonables —como la publicidad engañosa o la estafa—. De otro modo, todos podríamos afirmar que cualquier persona que opine distinto de nosotros está cometiendo un delito o está violentando nuestros derechos políticos y civiles.

En varios países existen leyes contra la blasfemia y la herejía, propias del Medievo, que limitan la libertad religiosa de los críticos de las religiones, manteniendo en la Europa del siglo xxi rasgos que pertenecen más bien a sociedades teocráticas.

Uno de esos países es España, donde la blasfemia sigue siendo considerada un delito en los términos del artículo 525 del Código Penal, que estipula:

1. Incurrirán en la pena de multa de ocho a doce meses los que, para ofender los sentimientos de los miembros de una confesión religiosa, hagan públicamente, de palabra, por escrito o mediante cualquier tipo de documento, escarnio de sus dogmas, creencias, ritos o ceremonias, o vejen, también públicamente, a quienes los profesan o practican.

2. En las mismas penas incurrirán los que hagan públicamente escarnio, de palabra o por escrito, de quienes no profesan religión o creencia alguna.

El hecho de que en el segundo párrafo se coarte también la libertad de expresión de quienes quieren burlarse de los no creyentes, ateos, agnósticos, descreídos, sindioses, etc. no hace más agradable el hecho de que «ofender los sentimientos» sea un delito.

Incluso en Italia, país en el cual está enclavado el Vaticano, el Código Penal sólo tiene dispuestos de 51 a 309 euros de multa para quien blasfeme o lance palabras abusivas en contra de los dioses, pero no habla de los sentimientos religiosos de quienes creen en tales dioses.

La batalla sobre las leyes antiblasfemia, sin embargo, sigue dándose en distintos países y muy señaladamente en Europa, donde incluso el Parlamento Europeo se ha planteado leyes que prohíban la libre expresión en lo referente a las religiones, bajo la presión tanto de las iglesias cristianas como de una población musulmana creciente, un importante porcentaje de la cual simpatiza con la visión radical que busca la implantación de la *shari'a* en todos los países donde haya musulmanes.

Además, el cristianismo en todo el mundo parece estar sufriendo lo que se conoce sardónicamente como «envidia de la *fatwa*» y que nace de la convicción —no del todo infundada— de que algunas sociedades, individuos, incluso Gobiernos y sistemas judiciales de países enteros se han plegado a los designios del islam radical por miedo a la violencia que grupos integristas armados han venido ejerciendo en las últimas décadas. El nombre «envidia de la *fatwa*» surge de los acontecimientos de 1989, cuando el por entonces líder espiritual supremo de Irán, el ayatolá Ruhollah Jomeini, emitió una opinión basada en la ley islámica o *fatwa*, según la cual el escritor indobritánico Salman Rushdie debía morir por haber escrito el libro *Los versos satánicos*, que Jomeini juzgó herético y blasfemo. La sentencia de Jomeini se vio apoyada por una recompensa en metálico de más de un millón de dólares destinados a cualquiera que llevara a cabo la orden y asesinara al novelista. La seriedad de la amenaza hizo que Rushdie viviera, desde entonces, escondido y temeroso, con protección gubernamental y viendo extraordinariamente limitada su libertad de movimientos. Hubo intentos serios por asesinarlo, turbas de seguidores de Jomeini incendiaron librerías y atacaron a personas relacionadas con el libro. El traductor al japonés, Hitoshi Igarashi, fue asesinado, mientras que el traductor al italiano, Ettore Capriolo, y el editor de la versión noruega, William Nygaard, fueron objetos de atentados. Y hubo miedo.

Al parecer, para las iglesias cristianas lo que no debería ocurrir es que cualquier persona pueda

escribir un libro criticando diversos aspectos de sus enseñanzas, de sus libros sagrados, de sus jerarcas y de su poder, y gozar de impunidad por no tener al alcance la capacidad de provocar miedo mediante la violencia para lograr la censura a escritores, críticos, pensadores y comediantes. Es como si dijeran que lo que realmente anhelan es la posibilidad de ejecutar a los críticos.

Como si lo que quisieran es poder dominar mediante el miedo como consideran que lo han hecho los musulmanes.

Además del tema de la blasfemia, las religiones, siempre listas a aprovechar cualquier desarrollo social o científico para consolidar su poder sobre sus fieles y para conseguirlo sobre aquéllos que no lo son, han emprendido una ofensiva desde fines del siglo xx para retorcer, malinterpretar y utilizar el concepto de libertad religiosa a fin de convertirlo en una herramienta de opresión y cancelación de las libertades de quienes no tienen sus mismas creencias, no comparten sus dioses y, muy especialmente, contra quienes no tienen ninguna creencia. La idea de «libertad religiosa» que manejan tiene por objeto que sus creencias religiosas se impongan a otras personas. En España ha sido frecuente ver al episcopado afirmar que el matrimonio igualitario viola la «libertad religiosa» de los matrimonios aceptados por la iglesia, y lo mismo ha dicho de muchas otras leyes y tendencias sociales que van contra las enseñanzas de su religión.

Resulta muy difícil entender la lógica detrás del uso de la «libertad religiosa» para perjudicar a personas inocentes que están fuera de la religión. ¿En qué afecta mi libertad de vestir de azul a que alguien vista de rojo? ¿En qué afecta mi libertad de creer en una opción política a que otra persona crea en otra opción —siempre y cuando no desee imponérmela violentamente —? La respuesta no parece clara para nadie que se atenga a la racionalidad, pero ello no impide que la «libertad religiosa» se aduzca para oponerse al matrimonio igualitario, al derecho a decidir sobre el propio cuerpo —incluyendo casos de aborto o decisión de terminar con la vida, temas que veremos con más detalle —, a la igualdad de las personas ante la ley, a la exposición de símbolos religiosos en espacios estatales y a otros logros de la Ilustración.

Pero antes de atacar o valorar los ataques del exterior a la libertad religiosa de los creyentes, ataques generalmente imaginarios y presentados con el catastrofismo demagógico habitual en el discurso religioso, lo verdaderamente preocupante es la violación de la libertad religiosa que cometen las propias religiones contra los suyos.

Los aspectos más preocupantes de la libertad religiosa o, más precisamente, la falta de libertad religiosa, podrían no ser los que habitualmente creemos.

En varios países europeos ha habido un debate sobre el uso del velo entre las mujeres musulmanas. El velo puede adoptar distintas formas. La más o menos inocente es el hiyab, un pañuelo que se lleva en la cabeza y que se puede usar muy suelto, dejando ver parte del cabello, o apretadamente ajustado, de modo que lo oculte completamente. Está el nicab, o velo propiamente dicho, que cubre totalmente la cabeza y el rostro salvo una estrecha abertura horizontal para los ojos. En todos los casos, la mujer debe usar ropa que la cubra de modo que no muestre nada de piel que pueda invitar al pecado a los hombres que la vean, por lo cual el nicab puede acompañarse de gafas oscuras y guantes negros. El chador, que cubre completamente el cuerpo y la cabeza, es común en Irán, mientras que el burka, propio de Afganistán, es un velo de una sola pieza, cuya única abertura es una rejilla que permite que la mujer vea el exterior, pero sus ojos no pueden ser vistos, evitando así la tentación.

Parte del debate es totalmente artificial y en cierta medida hipócrita. Los tres grandes monoteísmos comparten ese miedo a la mujer y, en concreto, a su cabello. En el judaísmo ortodoxo haredi, las mujeres deben cubrirse tanto como en el islam integrista, llegando al absurdo de que se considere aceptable que utilicen una peluca para ocultar su cabello natural. Quienes nos criamos en el catolicismo antes del Concilio Vaticano II recordamos todavía cómo nuestras madres, tías y primas contaban con dos o tres velos, alguno negro, otro blanco, unos cortos y otros largos, para asistir a misa. Alguna, muy piadosa, solía llevar uno de los más pequeños en el bolso para poder entrar a la iglesia en cualquier momento, mientras que los hábitos religiosos de las monjas de todas las órdenes cubren su cabeza y, la mayoría de las veces, también ocultan su cabello de modo total. El escándalo por el velo islámico, en ese sentido, tiene algo de rechazo a lo musulmán que evade, como es de esperarse, el problema real y se limita a la competencia entre religiones.

En la parte seria del debate, la civil y laica, un argumento recurrente es que el velo no es opresor para las mujeres musulmanas porque ellas utilizan el velo — genéricamente— por decisión propia, es una expresión de su libertad religiosa y, como tal, se debe respetar. Este argumento tiene valor, sin duda y, en tal caso, el debate sobre el uso del *nicab* o del *burka* se traslada simplemente al derecho que puede alguien tener de no ser visto en público, de ocultar su identidad, por motivos religiosos o no, embozado o enmascarado. Pero el *hiyab*, el *chador* y otras variantes del velo como la *shayla*, el *kimar* o *al-amira* saldrían del debate porque no habría motivo para cuestionarlos.

El problema es que la premisa puede no ser del todo cierta.

La pregunta conducente es, ¿las mujeres que deciden usar el velo islámico están actuando de modo verdaderamente libre?, ¿o están condicionadas por una serie de mecanismos sociales, familiares y políticos que han reforzado en ellas una visión religiosa que ni siquiera se ha cuestionado, que ni siquiera se puede cuestionar? ¿Cuánta libertad tiene la mujer en los diversos

esquemas religiosos y, concretamente, en los tres grandes monoteísmos o en qué medida su sumisión y su condena a ciertas prácticas son imposiciones?

Más adelante comentaremos el tema de la sexualidad de la mujer vista como un problema para las religiones, pero la duda se puede ampliar... si no podemos considerar que una mujer, sometida a presión religiosa no es totalmente libre, ¿qué es la libertad religiosa y en qué medida la disfrutan o no sus creyentes?

¿La gente cree libremente?

La única respuesta razonable y honesta es que, salvo muy pocas excepciones, la gente no cree libremente.

La gente cree lo que le enseñaron. Como suele recordar el biólogo británico Richard Dawkins, la gente asume la religión de la sociedad y de la familia en la que ha nacido. Sería asombroso que, sin mediar la intervención social, la presión, la enseñanza los niños que nacen en países islámicos creyeran en Alá y en el Corán, mientras que los niños nacidos en sociedades budistas desecharan esa idea y mágicamente creyeran en el noble camino óctuple del Buda, mientras que los niños nacidos en comunidades judías creyeran en el dios hebreo y descontaran, sin que nadie les dijera nada, las derivaciones islámica y cristiana de su fe.

Esto no pasa. Desde su nacimiento, y a lo largo de toda su formación, los niños simplemente no disfrutan de libertad religiosa. La indoctrinación se ocupa de que la disidencia sea escasa e infrecuente, porque las religiones no pretenden educar libremente. En su lucha contra la razón está implícita la lucha contra la libertad. Inculcan, enseñan, presionan, usan el miedo y el asombro para sembrar profundamente en el niño la fe y la necesidad de la fe.

Porque los niños no nacen con la idea de dios, es necesario que se les enseñe, y las religiones, todas, ponen un importante acento en la educación de los niños dentro de los confines de la religión, asunto que, además de asumir directamente, suele encomendar también a los padres.

La libertad que las leyes suelen conceder a los padres de educar a sus hijos según sus supersticiones religiosas específicas es, inadvertidamente, sin que muchos legisladores se hayan puesto a pensarlo cuidadosamente, una ley que condena para siempre la libertad de conciencia de los niños.

Por eso, cerrando el círculo vicioso, las sociedades tienden a la homogeneidad religiosa, porque lo que se inculca a los niños desde pequeños tiene altísimas posibilidades de convertirse en su fe para siempre, y la disidencia, la apostasía es excepcional —e imposible en sociedades que la castigan con la muerte—. Sobre todo si no conocen otra cosa... y las religiones también dedican parte importante de sus esfuerzos a evitar que los niños conozcan otras visiones, otras religiones, otros puntos de vista.

Los niños están indefensos ante lo que les digan, ante las afirmaciones de los adultos a su alrededor, sobre todo si tienen autoridad. Nunca se ponen a su disposición las herramientas necesarias para conocer ideas más allá de las que les inculcan.

Y nadie cree libremente si no conoce las opciones.

Crear lo único que te enseñaron a creer desde tu más tierna infancia, aquello de lo que te ha rodeado la sociedad, como comentamos al principio del libro, no es «libertad», y llamarlo así es una perversión, una malversación del concepto de «libertad».

La única forma de libertad religiosa que podría ser respetable sería una que evitara el bombardeo en exclusiva de una visión religiosa y, a cambio, ofreciera a los niños un panorama amplio de las religiones y del ateísmo, que presentara las ideas contrapuestas del ateísmo y al menos las doce religiones clásicas: baha'i, budismo, cristiandad, confucianismo, hinduismo, islam, jainismo, judaísmo, sintoísmo, sijismo, taoísmo y zoroastrismo.

Pero la libertad nunca ha sido parte de la educación que promueve la religión. De hecho, por eso la mayoría de la gente no conoce bien ni siquiera su propia religión, ya no digamos las otras once y menos el ateísmo.

Por el contrario, las religiones no sólo enseñan su edificio mitológico como una verdad indudable, sino que dedican ingentes esfuerzos a denostar todas las demás religiones y el ateísmo, a pintarlos, cuando menos, como ovejas descarriadas, pero, más frecuentemente, como verdaderos demonios. El islam enseña a odiar a los judíos. El catolicismo irlandés enseña a odiar a los protestantes. Parte del hinduismo enseña el odio a los sijs. Y, claro, todo ello suele ser verdad en sentido inverso.

Crear libremente implica tener información abundante, confiable y amplia para elegir entre cosas distintas sobre buenas bases. En las escuelas religiosas, bien las que incluyen la formación religiosa como si fuera equivalente a otras materias legítimas como la Historia, la Biología o la Física, o las que sólo se dedican a la indoctrinación religiosa, como las budistas o las *madrassas* islámicas que sólo enseñan el Corán, se debería recibir a personas de todas las confesiones para que hablaran con los niños: imanes musulmanes y rabinos judíos, pastores evangélicos y monjes budistas, ateos y agnósticos, para dejar de ser una rotunda negación de libertad para los niños que se convierte en la negación de la libertad de conciencia de los adultos.

Los que tienen libertad religiosa raras veces hablan de la libertad de otras religiones, salvo en momentos infrecuentes de tolerancia.

Por ello mismo, no deja de ser curioso que sean los agnósticos, los ateos, los laicos y otros

descreídos los que se preocupen en todo caso por la libertad de la gente de practicar la religión que desea sin persecuciones y, a la vez, buscando que ninguna religión ejerza la violencia.

Porque quienes practican una religión suelen exigir que todos se ajusten a la suya, pero en ocasiones son capaces de admitir otras, ser tolerantes con quienes creen algo distinto —algo cada vez menos frecuente ante el crecimiento de los fundamentalismos, no pocos de ellos violentos y sanguinarios —, pero no acostumbran incluir en su tolerancia a quienes carecen de religión y de creencias sobrenaturales.

En países como Estados Unidos, esto se expresa en encuestas donde la gente aceptaría a un candidato de cualquier religión siempre por encima de uno ateo.

La moral, finalmente, es el uso correcto de la libertad para ser más feliz sin hacer a otros más infelices... es una definición tan buena —o tan mala— como cualquier otra. Y, por desgracia, salvo contadas excepciones, el objetivo de la religión no es la libertad y, por tanto, no es, no ha sido nunca, la moral, sólo el control de sus fieles.

Parte cuatro: Sexo, vida y muerte

La mujer como problema

Las religiones, en su vasta mayoría, siempre han optado por enfrentar el hecho femenino como un problema. Pese a que la mujer, en los tiempos y sociedades en que nacieron las religiones mayoritarias, las llamadas «doce religiones clásicas» que mencionábamos en el capítulo anterior, ocupaba, sin duda, el lugar de un ciudadano de segunda clase, obligada a la obediencia y la sumisión, se percibía que era, sin embargo, un ser humano con capacidad, entre otras cosas, de rebeldía, desobediencia y pensamiento independiente, tres características que las religiones han luchado por suprimir en todos sus fieles, pero especialmente en las mujeres, con frecuencia sumidas en un juego curioso que puede endiosarlas o situarlas, excepcionalmente o en lo abstracto, como ejemplo supremo —Atenea, la Virgen María, Judith —, al tiempo que se encargan de mantener la situación de sumisión y desamparo de las mujeres reales e individuales.

En el Antiguo Testamento, la fuente común de la que beben los tres grandes monoteísmos, puede detectarse ya la idea de que la mujer, siendo la compañera del hombre, es inferior, distinta y peligrosa. Es la culpable del pecado original y ello la somete a las órdenes de su marido, en Génesis 3, 16: «Y el Señor Dios dijo a la mujer: “Multiplicaré los sufrimientos de tus embarazos; darás a luz a tus hijos con dolor. Sentirás atracción por tu marido, y él te dominará”».

La fascinación ha sido conflictiva siempre, como corresponde a un cuerpo de creencias nacido en el Neolítico, desde esa culpabilización de la mujer por la expulsión del jardín del Edén y, consecuentemente, de todas las desgracias de la humanidad, hasta la expresión de miedo y desconfianza por los fenómenos peculiares de la feminidad, como la virginidad —que han celebrado muchas culturas como signo de «pureza» —, el ciclo menstrual o la capacidad de concebir, llevar a término un embarazo y dar a luz. Y todo ello imbuido por el hecho innegable de que la atracción sexual —en este caso vista por los hombres como algo que las mujeres ejercían en cierta medida voluntariamente— era una fuerza poderosa, casi mágica, una fuerte motivación para actuar y una aparente pérdida de la capacidad de actuar libremente.

Es de suponer que, no conociendo los mecanismos hormonales y psicológicos de la atracción sexual, un hombre poderoso y arrogante, que sintiera un avasallador interés sexual por una mujer, podría verla como una amenaza o al menos como una interrogante inquietante.

Un ejemplo de la aproximación a este misterio es la aterradora práctica de la mutilación genital femenina que se practica de distintas formas principalmente en veintisiete países africanos, además de en Yemen y el Kurdistán iraquí. La forma más brutal de esta práctica es la amputación del clítoris y el cierre casi total de la cavidad vaginal, cosiéndola: esa aterradora práctica pone en peligro la vida de la víctima hasta que se le descose cuando se casa y se la entrega al marido que actuará como su dueño. La explicación supersticiosa que justifica esta práctica suele ser que si no se corta, el clítoris de la mujer crecerá hasta llegarle a las rodillas y no podrá casarse ni tener hijos.

Los libros esenciales de la ley del pueblo hebreo son el Levítico y el Deuteronomio, y ambos dedican una enorme cantidad de leyes, ordenaciones y disposiciones a la mujer y a su impureza. La primera mención en el capítulo 12 del Levítico, dedicado a «la

purificación después del parto» dispone que si una mujer da luz un varón, «será impura durante siete días, como lo es en el tiempo de su menstruación»[23] , pero, además, «deberá continuar purificándose de su sangre durante treinta y tres días más»[24] . Sin embargo, si da a luz a una niña, «será impura durante dos semanas y», además, «deberá continuar purificándose de su sangre durante sesenta y seis días más»[25] .

La diferencia es bastante señalada y parecería indicar que tener una hija era, a todas luces, algo peor, más impuro o menos aceptable que parir a un varón.

Estas disposiciones ya prefiguran que la menstruación era vista como algo sucio y peligroso, lo que se confirma más adelante cuando el libro establece que la mujer en su período menstrual será «impura durante siete días», pero su situación, al parecer, es contagiosa, ya que, entre otras cosas, «el que la toque será impuro hasta la tarde» [26] e incluso «el que toque su lecho deberá lavar su ropa y bañarse con agua, y será impuro hasta la tarde»[27] .

Sin abundar demasiado, quiero señalar cómo en el capítulo 27 del Levítico se establece que los israelitas pueden dar como voto u ofrenda a dios «la suma equivalente a una persona»[28] —algo común en las sociedades antiguas y que hoy podemos ver en la costumbre de algunos países islámicos de pagar «dinero de sangre» por el perdón de un delito grave, incluso el asesinato, perdón que implica que la ley deje de perseguir al delincuente y quede totalmente libre —. Los precios, sin embargo, también varían entre hombres y mujeres. Los más valiosos son las personas de veinte a sesenta años, pero el hombre lleva una etiqueta de cincuenta siclos de plata, mientras que si es mujer, el precio se derrumba hasta los treinta siclos.

Esta idea de que la mujer es propiedad del hombre, que es el encargado de la conducción de la comunidad, podría considerarse un atavismo de sociedades ignorantes, como lo expresa el Deuteronomio 20, 14 cuando dios le dice a los israelitas cuál es el botín válido al ganar una guerra:

En cuanto a las mujeres, los niños, el ganado y cualquier otra cosa que haya en la ciudad, podrás

retenerlos como botín, y disfrutar de los despojos de los enemigos que el Señor, tu Dios, te entrega. El budismo estableció desde el principio, en los ocho *garudhammas* o reglas monásticas, que las monjas, independientemente de su antigüedad como tales, deberían levantarse de sus asientos y rendir homenaje a los monjes, así estuvieran recién ordenados.

En el cristianismo, al trascender, al menos en cierta medida, la llamada «ley de Moisés», que se consagraba precisamente en el Levítico y el Deuteronomio, no trascendió el miedo, la desconfianza y el desprecio a la mujer. Por el contrario, encontró nuevos ánimos para mantenerla en situación de sumisión en las ideas del gran fundador de la iglesia católica, Saulo de Tarso, a quien ya presentamos al hablar de los creyentes selectivos.

Es casi inevitable pensar que Saulo/Pablo tuvo un problema de epilepsia que causó su epifanía y conversión al cristianismo. Pero esa posible afección palidece ante el otro problema que evidencian sus escritos: el de un enorme odio y temor hacia la mujer y, fundamentalmente, hacia su sexualidad.

En escrito tras escrito, Saulo o Pablo va estableciendo cómo la mujer debe callar en la iglesia, cómo él dispone que ella no tiene derecho a mandar, que no puede ser sacerdote de la nueva religión del amor y de qué maneras debe siempre asumir un papel secundario. El personaje excepcional en el diseño de la nueva religión que realiza Paulo es, sin duda, María, la madre de Cristo, la excepción que mencionaba antes. Pero esa excepcionalidad se debe sobre todo al dogma de que mantuvo la «pureza» desde el punto de vista meramente sexual. Es decir, concibió virgen, parió virgen y permaneció el resto de su vida virgen. Por despojarse de su sensualidad, por negarla o simplemente por no ejercerla, María ocupa un lugar distinto de la gran mayoría de las mujeres que, en el imaginario de Pablo y de su iglesia, son fundamentalmente tentadoras y herederas de Eva, la causante de la caída en desgracia de la especie humana.

No está de más anotar, aunque a estas alturas sea irrelevante, que la condición de «virgen» de María probablemente es un error de interpretación de los evangelistas — que escribieron todos décadas después de la supuesta muerte de Cristo —. Al buscar sustento para la idea de un nacimiento milagroso del Mesías judío, que originalmente y antes de Pablo así se presentaba a Jesús, acudieron a la profecía de Isaías 7, 14 y decidieron interpretar la palabra hebrea *almah* como «virgen», aunque según muchos significa «mujer joven». Lo extraño es que en la traducción que hoy el Vaticano considera oficial, el versículo de Isaías no dice «virgen», sino: «Por eso el Señor mismo les dará un signo. Miren, la joven está embarazada y dará a luz un hijo, y lo llamará con el nombre de Emanuel».

El hecho es que la virginidad perpetua e intocada de María —que sólo se estableció oficialmente en el Concilio Lateranense del año 649— se acopló idealmente a la idea del pecado original en el pensamiento de Pablo para establecer un esquema notablemente sexofóbico, donde el sexo mismo era una especie de mal necesario, de pecado perdonable pero desagradable, y en el cual la culpable principal era, por supuesto, la mujer.

Es posible encontrar fácilmente numerosas citas indignantes sobre la mujer en obras que van desde las de la teología medieval de Agustín de Hipona y Tomás de Aquino, para quienes la mujer es un hombre imperfecto, hasta la lucha de los papas del siglo xx contra la emancipación de la mujer y su derecho al voto. No es necesario ir más allá en ellas, son todas expresiones más o menos uniformes de una misma actitud.

Esas ideas de inferioridad, sumisión, obediencia o incapacidad de la mujer, vigentes con toda fuerza hasta bien entrado el siglo xx, han sido demolidas de modo estrepitoso no sólo por las ideas de la Ilustración y la razón, sino por la evidencia que nos ofrece la ciencia en diversas disciplinas. Así como el racismo ha sido demolido por lo que hemos aprendido de genética de poblaciones, ADN y paleoantropología, las presunciones esenciales del sexismo han sido víctimas de los hechos que conocemos.

Imaginemos ahora que los líderes de las religiones que se desarrollan en el seno de nuestras sociedades siguieran sosteniendo, enérgicamente, en su prédica, en los medios de comunicación y en sus enseñanzas fundamentales, la inferioridad de las personas de piel oscura. Sería un escándalo, por supuesto. Expertos y estudiosos de todo tipo darían un paso al frente para rechazar esta visión anticientífica, prejuiciosa e insostenible.

Pero todas las religiones, casi sin excepción, hoy en día mantienen sus creencias y enseñanzas básicas sobre la mujer, acaso con algunos matices, más hijos de la necesidad de mercadearse adecuadamente en un mundo cambiante que por la convicción de que, en realidad, la mujer es esencialmente igual al hombre en todo lo relevante y que la lucha por tener iguales derechos, iguales oportunidades, iguales salarios, igual libertad e igual respeto y consideración social es arrolladoramente razonable. Y no sólo por las mujeres, por supuesto, sino porque su liberación y su conquista de derechos y libertades son beneficiosas para toda la sociedad, porque una sociedad siempre es más libre mientras más libres sean más de sus integrantes.

Porque la humanidad no puede ser libre si la mujer es esclava.

Pero para ello tiene que superar, entre otros muchos obstáculos, la posición de las religiones hoy mismo, conservadora, inamovible y refractaria a cuanto ha avanzado el pensamiento humano en los miles o cientos de años transcurridos desde sus respectivos establecimientos.

El islam, la gran religión más joven surgida alrededor del siglo vi de la era común, es bien conocido por la posición de sumisión y obediencia —retomada de los libros del Antiguo Testamento

— en que coloca a la mujer. Y, como en otras cosas, su eficacia en las sociedades donde es la fuerza política y religiosa dominante, es envidiada por variantes del cristianismo, incluida la católica, que enfrentan no sólo la creciente rebeldía de muchas de sus creyentes, sino una sociedad cada vez menos paciente con la discriminación.

Si lo que ha movido —y mueve— las religiones a mantener en posiciones desfavorables a la mujer es el odio simple, el miedo o un intento de garantizar la obtención y conservación del placer sexual por medio del control del ejercicio de la libertad sexual femenina, está abierto a debate y, probablemente, tampoco tiene demasiada relevancia.

La denigración de la mujer es parte de la preocupación general por el sexo que parece ocupar demasiado tiempo en la mente de los dioses. Y en el terreno de sus obsesiones sexuales, una que ha sido de gran atención por las religiones ha sido la prostitución, sobre todo femenina, por supuesto.

La prostitución

La obsesión sexual de las religiones con frecuencia se expresa de manera especialmente contundente cuando se refiere a la prostitución, entendida como el intercambio de favores sexuales por dinero. Pero se trata de un desarrollo novedoso en algunas religiones.

El propio Buda, según diversos textos y tradiciones budistas, fue agasajado —con comida, aclaremos— por la cortesana real Ambapali. Ambapali eventualmente se convirtió en una «persona perfeccionada» siguiendo el camino del budismo y, primero que nada, abandonando su labor como cortesana o prestadora de servicios sexuales. Hoy en día, el budismo está dividido respecto de este oficio. Algunos consideran que es un castigo, producto del mal karma, y que la mujer será prostituta hasta que limpie su karma. Otros, en cambio, consideran que es una elección personal de dos formas: la que se ve impelida a hacerlo por la pobreza, llamada *vesiya* o *bandhaka* en los escritos budistas, y la que practica la prostitución porque es una forma sencilla de ganarse la vida y obtener dinero, la *ganika* o *nagarasobhini*. Ambas opciones son mal karma, la segunda peor que la primera. Esto no significa que en las sociedades budistas actuales se tolere a las prostitutas; siguen considerándose personas inmorales que, además, causan que los hombres que las contratan cometan actos inmorales.

El Antiguo Testamento tiene poco que decir sobre el asunto. Cuando mucho, prohíbe a los israelitas, hombres y mujeres, ejercer la «prostitución sagrada» (Deuteronomio 23, 18) y a continuación les prohíbe, además, llevar al templo como pago por una promesa la paga de una prostituta (Deuteronomio 23, 19). En Proverbios 23, 27 señala que la prostituta es una fosa profunda que, se presume, aparta al hombre del buen camino. Además prohíbe a los hombres de su pueblo casarse con viudas, divorciadas, mujeres deshonradas o prostitutas (Levítico 21, 14). Por lo demás, las otras condenas del Antiguo Testamento a las mujeres inmorales podrían referirse tanto a la prostitución como al adulterio o simplemente a las relaciones pre o extramatrimoniales, que en muchos casos las religiones consideran iguales, como lo evidencia el hecho de que para el islam la mujer violada pueda ser acusada de adulterio, pasando de víctima a delincuente con probable pena de muerte por lapidación.

Incluso hay un caso, la destrucción de la ciudad de Jericó, en el que Josué salva de entre todos los habitantes únicamente a la prostituta Rajab y a su familia por haber ocultado a sus espías (Josué 6, 17), pero esa es evidentemente una decisión política más que moral.

La «prostitución sagrada», a la que hace referencia el Deuteronomio, ha sido una práctica religiosa común en distintas culturas y, en este caso, muy probablemente asociada a la adoración de la diosa Ashtoreth, deidad de Canaán, aunque es posible que los propios israelitas la practicaran, al menos en una época. La prostitución sagrada se practicó en la antigua Grecia —de donde viene el término «hetaira», de las siervas del templo de Afrodita —, en Roma —en diversas festividades— y en varias prácticas de la India y el sudeste Asiático.

El asunto de la prostitución implica una de las grandes preguntas que las religiones y el pensamiento civil responden de modo muy diferente: ¿qué derechos tenemos sobre nuestros cuerpos?

Según la religión, sólo aquéllos que nos conceden los dioses, las costumbres, los rituales y las jerarquías religiosas.

Según cualquier visión racional, lógica y basada en los derechos humanos, la libertad individual y la dignidad humana, tenemos muchos más y defenderlos es importante.

No hay motivo para pensar que un ser humano adulto no tenga derecho a hacer con su cuerpo lo que quiera. Esto incluye consumir drogas, tatuarse, cortarse trozos, suicidarse rápida o lentamente, en fin. Y, por supuesto, incluye la posibilidad de vender servicios sexuales. No es lógico ni aceptable que se convierta en delito vender un servicio —ni siquiera un objeto o un órgano vital, donde podrían intervenir otras consideraciones— que es absolutamente legal regalar y que, de hecho, se espera que se brinden entre sí todas las parejas.

Y donde hay una demanda, habrá una oferta. Los satisfactores más apreciados, como la comida, la bebida y el sexo, evidentemente generarán interés en otras personas por cubrir la necesidad a cambio de otros satisfactores, comida, dinero, bienes. En todo caso, corresponde a la sociedad únicamente decidir si ese intercambio se puede disponer, regular y organizar de modo que se dé en condiciones dignas para las partes, en este caso, para el sexoservidor, la prostituta o prostituto, y para sus clientes, o si se le criminaliza y se le orilla, por tanto, a vincularse con el crimen y la humillación. Y esta vinculación será inevitable porque si el bien que se ofrece es prohibido por la sociedad, su precio inevitablemente sube. Todas las prácticas prohibicionistas han demostrado este fenómeno. Y, además, la calidad del bien con el que se trafica ilegalmente baja en picado. Por usar el ejemplo de la prohibición del alcohol en los Estados Unidos entre 1920 y 1933, la producción, distribución y venta al detalle del alcohol pasó a ser una empresa criminal, los delincuentes utilizaron tácticas violentas para someter a las autoridades y conseguir impunidad para su negocio,

la calidad de las bebidas alcohólicas que se vendían cayó estrepitosamente mientras su precio subió, y la sociedad estadounidense, en general, sufrió un notable proceso de degradación, de modo muy similar a lo que ocurre hoy en día con las drogas.

Obviamente se puede argumentar que la mujer —la persona en general, pero nos centramos en la mujer porque finalmente es la preocupación esencial de las religiones y porque proporcionalmente hay muchas más prostitutas que prostitutos— que se dedica a la prostitución está, en general, obligada por circunstancias económicas y esto hace que el oficio sea repugnante de por sí. Esto puede ser cierto, salvo los casos que en la visión budista corresponderían a la *ganika*, la que, teniendo opción, prefiere ejercer la prostitución.

Es cierto, pero lo mismo se puede decir de la mujer que se dedica a casi cualquier otro trabajo que dejaría encantada de la vida si ganara la lotería. Los seres humanos, en general, no tenemos la suerte de dedicarnos a lo que deseamos o de conseguir que lo que deseamos rinda frutos suficientes como para mantenernos como queremos.

¿Está obligada la mujer que, movida por la pobreza, por la falta de ingresos, por el hambre o el miedo al hambre, por mantener a los suyos se dedica a fregar portales, a trabajar de camarera, a vender seguros o a trabajar como albañil?

Si aceptamos eso, tenemos que asumir también que la enorme mayoría de nosotros —obreros, camareros, contables, administrativos, agricultores, etc.— no puede elegir libremente su trabajo; lo hacemos por necesidad económica. Esto puede ser muy triste y motivo de análisis económicos, sociales y políticos, pero no hace distinto el trabajo de los servicios sexuales de ningún otro servicio o trabajo. Todos elegimos nuestras actividades económicas dentro de nuestras posibilidades reales, nuestras capacidades y la libertad de la que disponemos, algunos más, otros menos. El argumento de que si fuéramos ricos, si tuviéramos la libertad que implica el fin de las preocupaciones financieras, haríamos otro trabajo, no convierte el que hacemos en algo indigno.

Ni social ni religiosamente se le reserva a casi ningún trabajo el rechazo que se reserva al sexoservidor. ¿Cuál es la diferencia? El sexo. La carga emocional y moral inmoderada que las religiones han puesto sobre el sexo, y especialmente los cristianismos, que llevan a costas la carga de los miedos y fobias de san Pablo y sus seguidores, hace que incluso personas que se definen como ateos o laicos, de izquierda, progresistas y defensores del pensamiento de avanzada caigan en un «excepcionalismo sexual». No es sólo observar que el sexo es distinto de cualquier otra actividad humana, eso parecería una obviedad, sino que debe merecer un trato tan especial que es legítimo coartar su ejercicio a adultos libres si deciden hacerlo como un oficio o a cambio de dinero.

La idea que queda es que quienes rechazan la prostitución y la pretenden equiparar a un problema de trata de personas tienen, quizá sin darse cuenta, un problema muy concreto con el sexo. Y ese problema de excepcionalismo sexual sigue la aproximación islamojudeocristiana. Es decir, sostienen, de alguna forma, que el sexo tiene un componente pecaminoso, sucio, denigrante, perjudicial, que sólo debe ejercerse en condiciones estipuladas y sancionadas por terceros, mediante el uso de la represión social y que amerita que el individuo, especialmente la mujer, sea protegido por la sociedad de su propia sexualidad y su propia libertad... de su libertad sexual.

Evidentemente, estamos hablando de mujeres y hombres que ejercen la prostitución como una opción igual que cualquier otra profesión, oficio o trabajo, es decir, que dignamente han tomado la decisión de ofrecer servicios sexuales.

De ninguna manera esto implica ignorar los casos, muchos —y, con toda probabilidad, muchos como resultado de la criminalización de la prostitución y las tendencias prohibicionistas de las religiones apoyadas en grupos civiles desorientados—, en que una persona es obligada a dar servicios sexuales, entre otras cosas mediante engaños, violencia, amenazas, golpes, tortura, daño real o pretendido a sus familias.

Pero resulta absurdo llamar a eso «prostitución».

A los niños haitianos que limpian casas, esclavizados y obligados, sin pago y sin disfrute de su libertad, los *restaveks*, no los llamamos «asistentes domésticos». Los llamamos esclavos y combatimos su esclavitud. No llamamos «agricultores» o «mineros» a quienes trabajan en el campo o en la mina obligados, por la fuerza y el miedo, que pueden ser vendidos y comprados, y cuya libertad está totalmente comprometida; les llamamos esclavos y muchas organizaciones trabajan para devolverles la libertad y erradicar la esclavitud. El minero que baja a la mina por mantener dignamente a su familia no es equiparable al esclavo *poseído* por otro, y la distinción no es trivial.

Por eso, no es razonable llamar prostituta a quien presta servicios sexuales obligada, en condiciones de privación de su libertad. Lo razonable es considerarla esclava y apoyar su liberación y la erradicación del rentable negocio de la trata de mujeres para abusar sexualmente de ellas.

No se les puede comparar con una mujer que decide libremente tener sexo con hombres por dinero. Ésta no es esclava, trabaja como prostituta. Es un trabajo como cualquier otro que sólo se hace distinto por las apreciaciones sociales a su alrededor, en gran medida determinadas, reiteremos, por la religión.

Y es la religión la que se encarga de evitar que las prostitutas y los prostitutos gocen de la dignidad básica que les debe la sociedad: respeto, protección laboral, derechos y no condena a la marginalidad. Como si deciden ser actrices o actores pornográficos, también.

Quien se dedica a provocarnos placer visual es considerado un artista o al menos un profesional

que merece nuestra atención y agradecimiento individual y social: pintor, diseñador, director de arte en el cine, fotógrafo... Quien consigue hacernos experimentar un enorme placer auditivo llega a ser elevado a la calidad de ídolo, como ocurre con músicos e intérpretes adorado por las multitudes. Quien se especializa en despertar el placer al paladar por medio de alimentos que sean sabrosos, de aspecto atractivo, puede llegar a ser un chef de primera al que idolatran en televisión. Quien da placer al olfato es considerado un artista del perfume... y así sucesivamente. Pero, en nuestra sociedad, quien se especializa en dar placer sexual es considerado bajo, vil e inmoral gracias a la influencia de la religión.

En el proceso se hace importante, claro, hablar con las mujeres que libremente se dedican a esta profesión, algo que no suelen hacer ni religiosos ni críticos civiles como no sea para intentar su redención, lo que nuevamente las convierte en mujeres sometidas a una tutela externa y cuya libertad personal se ve despreciada incluso por quienes pretenden ayudarlas. Esta visión tutelar asume, abierta o encubiertamente, que la mujer no está capacitada para elegir libremente el ejercicio de su sexualidad y necesita ser llevada de la mano por líderes ideológicos que le impongan reglas de conducta, leyes, prohibiciones y controles para impedir lo que parece más temible: que la mujer se apropie de su sexualidad, que la domine y que tenga libertad de utilizarla, si lo desea, como los hombres utilizan la suya históricamente. No es casual que en muchas culturas la mujer que hace uso libre y soberano de su sexualidad es llamada «prostituta». La libertad de la prostituta es temible en la mujer, porque representa la necesidad de un cambio de actitudes y percepciones sociales a todos los niveles con los que las religiones se niegan a lidiar.

Y ése, parecería, es el problema detrás de la preocupación general de las religiones con el sexo y con la mujer: la idea de una mujer sexualmente independiente y sexualmente disponible sin obligaciones ni cortapisas resulta temible para los conservadores, que pueden ser de todo el espectro político, de todas las religiones o de ninguna, hombres y mujeres, y de todas las edades.

La prostitución sin dioses deja de ser un problema. Con dioses, es un problema sólo porque apunta a la existencia de otro problema más profundo entre las religiones y la mitad de la humanidad.

El inevitable aborto

Nadie está a favor del aborto.

Cuando, para reforzar su oposición a la práctica del aborto bajo cualquier circunstancia, las iglesias cristianas invocan el apoyo de algunas personas al aborto o incluso la «cultura de la muerte», concepto popularizado por Juan Pablo II, en gran medida están cometiendo una falacia argumental que se conoce como «hombre de paja». En esta falacia lógica, se toma la posición del adversario en el debate y se la retuerce, malinterpreta o caricaturiza para representarla de un modo más fácil de refutar, atribuyéndole al adversario algo que realmente no dijo y eludiendo el verdadero argumento.

En este caso, la iglesia plantea el debate en términos de «a favor» o «en contra» del aborto y, como contraparte, «a favor» o «en contra» de la vida. Esto es como si en un debate respecto de la conveniencia de amputar miembros gangrenados —es un ejemplo, no un paralelismo, aclaremos para evitar confusiones—, alguien dividiera los campos entre quienes están «a favor» de la mutilación de los pacientes o «en contra» de ella, «a favor» de la integridad humana y «contra» ella. Nadie está «a favor» de la mutilación ni «contra» la integridad humana cuando considera que, viendo los hechos reales, hay circunstancias en las cuales es necesario aceptar la amputación porque es el mal menor.

En ese sentido, la iglesia oculta que nadie está «a favor» del aborto desde un punto de vista estrictamente conceptual, no como podría estar, digamos, a favor de la vacunación, de la salud o de la paz. Esta simplificación ciertamente no permite ni entender el problema ni mucho menos establecer un diálogo productivo sobre una cuestión que, sin duda y aun en ausencia del punto de vista religioso, es moralmente compleja y, en última instancia, irresoluble. Pero las jerarquías religiosas no buscan un diálogo productivo, sino la imposición de sus creencias, su visión, sus opiniones, las enseñanzas de su religión y los dictados de sus libros sagrados a todos los demás.

Es difícil pensar en alguien que desee que se produzcan abortos o que considere que la felicidad de la sociedad aumenta proporcionalmente con el número de abortos que se practican en ella. Ni los médicos que los practican, ni quienes defienden el derecho de las mujeres a decidir ni las mujeres que se someten a abortos lo hacen por gusto, por querer que haya abortos.

El aborto, en todo caso, es un último recurso contra algunos problemas complejos, desde el embarazo no deseado por diversas causas hasta el peligro de muerte de la mujer embarazada, las malformaciones del feto o por la imposibilidad de la madre de atender las necesidades del posible bebé, que sería sometido inevitablemente a una situación de desamparo.

Si se le considera, efectivamente, un último recurso, sin embargo, debe haber otros de recursos previos y menos problemáticos para la resolución de esos problemas. Especialmente es posible disminuir la incidencia de embarazos no deseados, sobre todo entre adolescentes, con una combinación de educación sexual, rompiendo mitos de patio escolar, enseñar cómo se evita el embarazo, educar sobre las enfermedades de transmisión sexual, enseñarles a utilizar métodos anticonceptivos y preventivos de enfermedades, y después, claro, poner a su alcance dichos métodos, principalmente condones o preservativos.

El problema, como se hace evidente en nuestras sociedades, es que esos otros recursos tampoco son aceptados por los dogmas religiosos cristianos. La iglesia católica, además de militar contundentemente contra el aborto en todos los casos, milita contra la educación sexual, los anticonceptivos y los medios de prevención de las ETS.

No es extraño que, según los estudios, la pertenencia a una comunidad religiosa no prevenga contra embarazos no deseados ni contra el aborto. Quienes se oponen a ese aprendizaje son curiosamente los primeros culpables de los abortos que hay en el mundo. En EE. UU., el setenta por ciento de los abortos se practican a chicas de familias muy religiosas y sólo el veinticuatro por ciento a mujeres sin creencias religiosas. Un estudio de 2010 en los Estados Unidos determinó que el treinta y siete por ciento de las mujeres que se sometían a abortos eran protestantes y el veintiocho por ciento, católicas, pese a que los católicos son menos de la mitad de los protestantes en ese país.[29]

Es también por eso que las organizaciones «pro vida» —católicas y de distintas denominaciones protestantes —, que trabajan coordinadamente en todo el mundo, las jerarquías religiosas y distintas organizaciones pertenecientes o afines a las iglesias realizan esfuerzos especiales por impedir que las mujeres a las que consideran «suyas» aborten incluso en casos en que las leyes civiles consideran que tienen derecho a ello.

Un caso especialmente doloroso es el de mujeres que resultan embarazadas a resultas de una violación. Muchas legislaciones en las culturas de la Ilustración consideran que ese es uno de los casos indudables en los cuales la mujer tiene derecho al aborto, para no prolongar la terrible agresión de que ha sido objeto durante nueve meses, primero, y después, probablemente para toda la vida.

Tal fue el caso de «Paulina» (su nombre real no se hizo público), niña de trece años, embarazada por su violador en 1999 en una entidad mexicana gobernada por el ultraderechista Partido Acción Nacional, inspirado en el fascismo de José Antonio Primo de Rivera y la Falange. La familia, de escasos recursos y poca educación, exigió su derecho legal de que la niña se sometiera a un aborto. El Comité Nacional Provida de México y otros, con la connivencia de las autoridades y del propio hospital donde la niña estaba internada, la sometieron a una atroz presión. Personas ajenas al hospital le comunicaron amenazas de excomunión, del infierno y la condenación, y le mostraron videos de violentos procedimientos abortivos no normativos. Uno de los médicos, además, pintó un aterrador cuadro de posibles consecuencias del procedimiento con objeto de causar temor en la niña y su familia. Derrotada la familia por la presión fanática, «Paulina» parió al hijo de su agresor. Vendrían años de darse cuenta del horror al que habían sido sometidos, de denuncias y de exigencias de justicia que culminaron en 2007, cuando el Estado mexicano acordó una serie de indemnizaciones a «Paulina» y a su familia a instancias de la Corte Interamericana de Derechos Humanos.

No es el único caso. En 2009, trascendió el caso de Fawziya Aammodi, que fue obligada a casarse a los doce años con un hombre de veinticuatro en Yemen, según la costumbre islámica, y que murió por complicaciones de parto sin que se planteara siquiera la posibilidad de salvarle la vida mediante un aborto terapéutico.

Los casos de estas dos niñas son sólo ejemplos puntuales de miles, quizá millones de casos, en el Tercer Mundo cristiano e islámico, aunque, en el caso de este último, la aceptación del aborto es mayor incluso que en el cristianismo, ya que los juristas de la *shari'a* aceptan el aborto en casos de violación o si la vida de la mujer está amenazada (otro asunto es que una mujer pueda demostrar que ha sido violada en un tribunal islámico).

Las iglesias cristianas consideran que la única forma, al menos la única forma legítima, de impedir los embarazos no deseados es la abstinencia sexual, que la gente no practique sexo a menos que sea con objeto de conseguir la reproducción. Es la excepción al placer sexual que se deriva de las enseñanzas de la Biblia, de san Pablo y de toda la sucesión de sexófobos que han dado forma a las doctrinas de las distintas iglesias.

Sólo hay un problema: el celibato no funciona.

No funciona para evitar los embarazos no deseados, no funciona para mantener la pureza de los sacerdotes... las mejores intenciones de mantenerse apartado de las «tentaciones» se ven minadas por los mecanismos evolutivos que han hecho del sexo uno de los motivadores más potentes de las acciones humanas. Si no fuera así, si la práctica sexual no se percibiera como una necesidad imperiosa y no ofreciera, además, como recompensa un placer tan intenso y tan completo, nos habríamos extinguido... o se habrían extinguido nuestros ancestros evolutivos y el ser humano nunca hubiera llegado a existir.

Y como la sexualidad es placentera, como evolucionó para serlo, la gente la practica para obtener placer.

Incluso los sacerdotes que, con toda la convicción de la fe más profunda, en un momento de juventud y plenitud, como seminaristas que deciden ordenarse, optan por el

celibato, acaban cediendo a las necesidades de su constitución física, su genética, su naturaleza. Algunos con una sexualidad más o menos ordinaria: muchos sacerdotes tienen parejas, hijos, una vida sexual normal, aunque oculta y secreta por motivo de su calidad de ministros religiosos. Otros desvían su atención viéndose atraídos hacia personas que normalmente no despiertan deseos sexuales en los adultos sanos, personas sexualmente inmaduras, niños. La tendencia natural ante los niños —de hecho ante cualquier animal con rasgos infantiles bien estudiados por la etología: grandes ojos, boca y nariz pequeñas, cuerpo y cabeza redondeados— es protegerlos, los percibimos como seres indefensos y merecedores de cuidados, no considerarlos como posibles parejas sexuales. No tienen las características sexuales secundarias que, precisamente, tienen por objeto anunciar la disposición sexual, la madurez. Y la indefensión de los niños se ve subrayada cuando sus depredadores son personas que ejercen una enorme autoridad y poder sobre ellos y sobre sus padres.

El celibato no funciona.

La gente no practica la abstinencia de modo generalizado ni siquiera en los países donde las religiones son más represivas y tienen más poder civil que el que le permitimos a las iglesias cristianas en las culturas de la Ilustración. Ni en las épocas de mayor represión sexual, el Medievo de la Europa oscura dominada por la iglesia, se dejó de practicar el sexo en todas sus variantes, incluidas las más rechazadas por la iglesia como la prematrimonial, la extramatrimonial o la que violenta el voto de celibato.

Saber esto implica aceptar que los jóvenes, incluso aquellos a quienes sus padres consideran más sensatos, más controlados, suelen practicar el sexo.

Y, en consecuencia, la idea de que el problema de los embarazos no deseados puede resolverse suprimiendo la actividad sexual es, como muchas otras que nos ofrece la iglesia, imposible de poner en práctica.

Si bien una sociedad razonable debe hacer todo lo posible por evitar el aborto, el hecho es que seguirá habiendo casos, así fueran excepcionales, en los que el aborto es la única solución a una situación determinada.

La oposición al aborto por parte de la iglesia en la actualidad tiene poco que ver con las posiciones que distintas culturas, y el propio cristianismo, han sostenido a lo largo del tiempo, y estas antiguas aproximaciones al aborto son con frecuencia aducidas en un intento por quitar fuerza al argumento esencial del cristianismo.

Así, por ejemplo, en la propia Biblia, en el libro del Éxodo 21, 22 leemos: Si unos hombres se pelean, y uno de ellos atropella a una mujer embarazada y le provoca un aborto, sin que sobrevenga ninguna otra desgracia, el culpable deberá pagar la indemnización que le imponga el marido de la mujer, y el pago se hará por arbitraje.

Es decir, los que por su violencia causen un aborto deben pagar una multa porque no hubo «desgracia» —entendida como la muerte de una persona ya nacida—. El siguiente versículo aclara: «Pero si sucede una desgracia, tendrás que dar vida por vida». Es decir, si muere la mujer, que sería la desgracia, entonces no hay una falta, sino un delito. Más aún, en Números 3, 15 leemos: «Inscribe en un registro, por familias y por clanes, a todos los levitas varones que tengan más de un mes», confirmando la idea de que los niños menores de un mes, lo que por supuesto incluye a los nacidos, no tenían demasiado valor para la antigua tribu hebrea.

Esto, por supuesto, podría tener una lógica detrás. La mortalidad infantil en esos tiempos era elevadísima y, por tanto, resultaba incluso piadoso desalentar el apego por un recién nacido, al menos hasta que sus probabilidades de supervivencia fueran razonables, según lo habitual en la tribu, grupo o comunidad. No sabemos si esa era la causa, pero sería una explicación razonable a esta visión que hoy nos parecería una barbaridad.

Entre los romanos, el infanticidio y el abandono eran comunes en caso de embarazos no deseados —o si el producto era una mujer—, pues no se consideraba a los bebés ciudadanos de pleno derecho. En la iglesia, distintos papas han expresado distintos dogmas a lo largo de los siglos, y distintas religiones tienen posiciones igualmente diversas. Así que las tradiciones e invocaciones del pasado resultan poco útiles como patrones de comparación.

El argumento es, por supuesto, que el ser humano existe desde el momento en que un espermatozoide fecunda a un óvulo. Desde ese momento, afirman distintas confesiones cristianas, hablamos de alguien con los mismos derechos y las mismas características esenciales que, por ejemplo, la mujer en cuyo cuerpo ha acontecido tal fecundación. Según algunos, el momento de la concepción es el momento en que «el alma» empieza a existir o «entra» en el óvulo. Si el óvulo fecundado ya es un ser humano, impedir su desarrollo, extirparlo o eliminarlo es, según los cristianos, un asesinato, algo equivalente a tomar un arma y matar a una persona ya nacida.

Está claro que si eliminamos la parte religiosa del argumento, seguimos enfrentados a un problema verdadero: ¿es o no un óvulo una «persona», un ser humano con derechos que deben ser protegidos? Y, si no lo es, ¿en qué momento podemos considerar que ya lo es?

Este debate lo pueden tener laicos y ateos perfectamente sin necesidad de acudir a los argumentos religiosos y a la idea de «alma» o de un dios que se pudiera dar por aludido cuando se destruye un óvulo, embrión o feto, aunque parezca no tener demasiado problema cuando niños ya nacidos sufren hambre, son agredidos, son torturados, son esclavizados, son usados como soldados en guerras feroces o son sexualmente agredidos.

¿En qué momento el feto puede ser considerado un ser humano?

Independientemente de la enorme cantidad de argumentos que podemos encontrar en uno u otro sentido en libros, debates en Internet, discusiones personales y artículos a favor y en contra, la única respuesta honrada, la única, a esta pregunta es que no lo sabemos.

La definición misma de «ser humano» no es algo preciso, sino que tiene bordes difusos... Es un primate con 23 pares de cromosomas bien definidos, salvo que hay casos en que tiene más o menos cromosomas y no deja de ser humano. Si ese punto es conflictivo, aplicarle a un feto la definición de «ser humano» equivalente a un ser ya nacido es un ejercicio de retórica. De ese modo, si aceptamos que no hay una respuesta fácil a esa pregunta, hay otra que forzosamente tenemos que responder: ¿hasta qué momento del desarrollo del feto se puede practicar un aborto razonable y legítimamente? Esto implica establecer una línea, una frontera basada en algún elemento objetivo para determinar hasta qué momento se puede practicar un aborto y, por supuesto, tener en consideración a la otra parte implicada, la que las iglesias no tienen problema en olvidar: la mujer. Y no es extraño que la iglesia le dé menos valor si tradicionalmente la ha considerado fundamentalmente como una máquina de parir, como el medio en que los hombres se multiplican, como el ser de segunda clase.

La mujer es un ser real que ya existe. Se puede demostrar contundentemente que la mujer es, además de un ser humano —y no «defectuoso» como querría Tomás de Aquino —, una persona con los principales atributos que consideramos propios de nuestra peculiar especie, pues tiene sentimientos, deseos, emociones, proyectos, sueños, capacidad de sufrimiento, expectativas de futuro y capacidad de ejercer su libertad.

El feto es, por su parte, una potencialidad que, en el futuro, podría o no convertirse en un ser humano con todas esas características.

Así que podríamos argumentar que la protección de un ser humano real —y de sus sueños, proyectos, deseos, etc.— debería primar sobre la protección de un ser humano potencial, aun si aceptamos al óvulo como un ser humano.

Así que el desafío es definir en qué momento ese ser humano potencial empieza a ser real, empieza a tener características que lo igualan a su madre, a los demás seres humanos.

Algunos expertos han propuesto como línea roja el momento —la media estadística, claro— en el que el feto podría ya vivir de manera independiente de la madre, el concepto llamado «viabilidad». Otros sugieren utilizar la actividad cerebral, ya que se emplea para determinar si una persona ha muerto y podría paralelamente usarse para determinar en qué momento ya no es legítimo un aborto. Distintas legislaciones ponen límites —salvo en casos de riesgo de muerte para la madre— en veinte semanas, veinticuatro semanas o seis meses desde la concepción.

Sería excepcional que en estas páginas se encontrara la respuesta que han tratado de encontrar miles o millones de personas en los últimos años, especialmente desde que la mujer ha reivindicado su derecho al dominio sobre su propio cuerpo. Y la respuesta no está aquí. Lo que está es la idea clarísima de que la complejidad del problema es enorme y que no se resuelve solamente al sacar las creencias religiosas de la ecuación —aunque eso siempre es sano —, que la decisión es difícil y que, por lo mismo, sólo hay una persona que tiene derecho a tomar la decisión de que se lleve a cabo un aborto o no: la mujer embarazada.

Puede contar, idealmente, con la ayuda de la más amplia y clara información médica, con la opinión, si lo desea, de expertos, de otras mujeres que han pasado por la experiencia, de psicólogos, médicos, familiares y amigos, del presunto padre y de quien ella quiera, pero, ciertamente, sin interferencias religiosas o políticas destinadas a presionarla y manipularla en nombre de cualesquiera creencias o convicciones. Nadie que no sea ella debería tener derecho alguno a decidir y, mucho menos, gente como los ministros y jefes religiosos que, salvo alguna excepción médicamente interesante, nunca podrán experimentar un embarazo, ni deseado ni no deseado.

Y si una mujer embarazada decide libremente terminar con el embarazo, la protección que merece debe incluir la posibilidad de abortar de manera rápida e higiénica, con el menor riesgo físico y psicológico posible, sin estigmas sociales y con todo el apoyo y la comprensión de su sociedad antes que con amenazas de excomunión.

En un mundo sexualmente sano e informado, libre de presiones religiosas y angustias de militantes de la moral ajena, de políticos sesgados y de odios sociales cuidadosamente alimentados, es razonable pensar que el aborto sería un acontecimiento absolutamente excepcional y, por tanto, menos sujeto a controversia.

Por supuesto, en un mundo sexualmente sano e informado, tampoco sería un problema otra obsesión religiosa frecuente: la diversidad de gustos sexuales.

Homosexualidad y matrimonio

La homosexualidad es natural.

Esa sola oración con frecuencia basta para que muchos jefes religiosos sufran un ataque de furia sagrada.

Pero es verdad.

Es lo que hemos aprendido en los últimos años, desde que la biología adquirió su calidad de ciencia gracias a un monje al que le hicieron muy poco caso y un antiguo aspirante a pastor anglicano que ha sido blanco del odio religioso, sobre todo protestante e islámico, desde que publicó su primer libro. El monje era Gregor Mendel, el aspirante a pastor era Charles Darwin y el libro es, por supuesto, *El origen de las especies*.

Bisontes, pingüinos, jirafas, conejos, delfines, diversas lagartijas, patos, osos, salmones, cuervos, elefantes, chimpancés... éstas y otras muchas especies exhiben comportamientos homosexuales de distintas formas. En eso que llaman «la naturaleza», hay especies que practican sexo con otras especies, hay diversidad de prácticas, incluido el sexo grupal, hay una panoplia que cubre prácticamente todas las posibilidades que al ser humano se le han ocurrido en sus fantasías más desenfrenadas.

Dado lo cual, la idea de que la actividad homosexual es «contra natura» resulta simplemente falsa. Otro producto de la ignorancia del pasado que se elevó a la calidad de dogma religioso y se ha mantenido en el imaginario religioso a contracorriente de los hechos y de los avances en el conocimiento de la realidad. A partir de ese dogma, se pretende dictar la conducta de las personas sexualmente diversas —con este concepto pretendo incluir todas las variantes imaginables que no se conforman con la heterosexualidad convencional— y la conducta de toda la sociedad ante ellas.

La base de todas las enseñanzas del cristianismo contra las personas sexualmente diversas se encuentra, como tantas otras abominaciones que atropellan la más elemental dignidad humana, en el Levítico 20, 13: «Si un hombre se acuesta con otro hombre como si fuera una mujer, los dos cometen una cosa abominable; por eso serán castigados con la muerte y su sangre caerá sobre ellos». Este último concepto, «su sangre caerá sobre ellos», señala que ellos mismos han sido responsables de su desgracia y nadie más. En el mundo islámico, el Corán condena la homosexualidad masculina con la muerte y los *hadith* también condenan la homosexualidad entre mujeres. Hay distintas escuelas de pensamiento sobre cómo debe reaccionar la sociedad musulmana, desde el simple rechazo o desprecio a la gente sexualmente diversa hasta la pena de muerte. Se calcula que, en treinta y cinco años desde la revolución islámica de Irán de 1979, más de cuatro mil personas han sido ejecutadas por el delito de la homosexualidad, una cada tres días.

La posición de la iglesia católica respecto de la homosexualidad ha evolucionado, empezando por las condenas a la práctica masculina en la Edad Media que terminaron siendo, desde el siglo xiii, asunto de la Inquisición, que persiguió el delito de la sodomía con el mismo vigor con el que persiguió a los herejes. Con la Reforma y la condena candente de Martín Lutero, que atribuye el deseo homosexual directamente al demonio,

el protestantismo se colocó en una posición incluso más dura contra la gente sexualmente diversa que el Vaticano.

La doctrina de la iglesia católica es hoy, sin embargo, más acomodaticia, pese a la condena que Juan Pablo II hace abiertamente a la homosexualidad y otras prácticas en su encíclica *Veritatis splendor*, donde señala:

Basados en una concepción naturalística del acto sexual, se condenarían como moralmente inadmisibles la contracepción, la esterilización directa, el autoerotismo, las relaciones prematrimoniales, las relaciones homosexuales, así como la fecundación artificial. [30] Más adelante, considera a estas prácticas como «males intrínsecos».

El punto en el que el catolicismo ha buscado huir de su doctrina tradicional de rechazo a la homosexualidad, ante un mundo que de modo creciente considera que la diversidad sexual es natural, celebrable y parte de la experiencia humana, ha sido separar la disposición sexual de la práctica o realización sexual.

No es extraño que el responsable fundamental de establecer esta nueva aproximación en 1986 haya sido Joseph Ratzinger, por entonces prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe —la institución heredera del Santo Oficio o Inquisición en el organigrama vaticano—. En la *Carta a los obispos de la iglesia católica sobre la atención pastoral a las personas homosexuales*, rechaza interpretaciones benévolas que se habían dado en el debate de la iglesia y estipula [...]la particular inclinación de la persona homosexual, aunque en sí no sea pecado, constituye sin embargo una tendencia, más o menos fuerte, hacia un comportamiento intrínsecamente malo desde el punto de vista moral. Por este motivo la inclinación misma debe ser considerada como objetivamente desordenada. [31]

Es decir, tener «inclinaciones» homosexuales o diversas es un pecado y merece ser atendido por la

iglesia, pero ya no lleva a estos ciudadanos directamente al pozo del infierno. ¿Qué atención? La explica a continuación:

Quienes se encuentran en esta condición deberían, por tanto, ser objeto de una particular solicitud pastoral, para que no lleguen a creer que la realización concreta de tal tendencia en las relaciones homosexuales es una opción moralmente aceptable.[32] Ciertamente, la carta condena las agresiones homofóbicas —o diversofóbicas, se entiende—, pero advierte que esa condena no debe entenderse como una aceptación de que la homosexualidad no es «desordenada». Afirma, además, que la homosexualidad es una elección o, al menos, lo son las prácticas homosexuales y, por tanto, aplica su recomendación habitual, el celibato: «Las personas homosexuales, como los demás cristianos, están llamadas a vivir la castidad»[33] , nos dice Ratzinger, quien años después tendría un breve reinado en el imperio Vaticano bajo el alias de Benedicto XVI. Y una de sus preocupaciones finales es, por supuesto, el peligro de que alguien pretenda cambiar el punto de vista de la iglesia católica —como podría hacerse con la lógica, la razón, el conocimiento del ser humano y del mundo vivo, la compasión y el reconocimiento de los derechos y libertades que surgen de la Ilustración y se han desarrollado durante más de doscientos años —: «Se deberá retirar todo apoyo a cualquier organización que busque subvertir la enseñanza de la Iglesia, que sea ambigua respecto a ella o que la descuide completamente»[34] .

Esta carta pastoral, debidamente aprobada por Juan Pablo II, parecía resolver el problema de la iglesia ante los homosexuales.

Sin embargo, menos de veinte años después, los movimientos de reivindicación de los legítimos derechos de la gente sexualmente diversa presentó un problema adicional que, hasta hoy, representa un enfrentamiento renovado entre la razón, la lógica, el conocimiento y las posiciones religiosas, cuando una sucesión de países ha reconocido el derecho al matrimonio igualitario.

Si uno ha vivido en el siglo xx, puede parecer incluso absurdo que el tema no se hubiera presentado previamente. El matrimonio, además de ser un contrato civil que muchas personas con pensamiento alternativo, progresista o pretendidamente innovador empezaron a rechazar por algunas de sus implicaciones en las décadas de los sesenta y setenta, resulta ser también un contrato que da beneficios y derechos concretos a los integrantes de la pareja, como el cobro de la pensión de viudedad, la capacidad de tomar decisiones por el otro en casos de enfermedad o lesiones graves, los beneficios fiscales que reciben las familias y, por supuesto, la posibilidad de criar hijos en un ambiente cariñoso y positivo, con una familia constituida.

Estos derechos, todos ellos, se le negaban a la gente sexualmente diversa, independientemente de la profundidad, compromiso y solidez del cariño que los uniera. Esto además de las agresiones, falsedades y acusaciones infundadas que eran —y en algunos lugares siguen siendo— la norma como parte del ataque al que se aprecia como «distinto» y, por tanto, «peligroso».

Recuerdo, por la virulencia con la que se expresaba en décadas pasadas, el tóxico argumento de que todos los homosexuales eran pederastas porque, como no podían reproducirse, la forma de lograr que su colectivo sobreviviera era reclutando jóvenes. Por supuesto, para usar y creer este argumento es necesario, primero, no darse cuenta de que la gran mayoría de las personas sexualmente diversas ha nacido de parejas heterosexuales y, segundo, creer que los hombres y mujeres sexualmente diversos no pueden tener hijos naturales —como sí lo pueden hacer, por ejemplo, parejas masculinas que dan semen a madres sustitutas para que conciban, o parejas femeninas

que reciben semen de un donante o amigo— y, tercero, que estas parejas no deben adoptar. Pero la realidad creciente de los hijos de familias no convencionales y los numerosos estudios que se han hecho sobre ellos han ido demostrando de modo más allá de cualquier duda razonable que su desarrollo no depende de si sus padres son parejas convencionales o no convencionales. Depende de si la pareja es sólida, si el hogar tiene cariño y reglas claras, si hay cierta estabilidad económica, si hay atención a los niños. El único problema que parecen tener los hijos de parejas no convencionales es la todavía presente agresión social debida a la homofobia.

Y, sobre todo, los estudios han demostrado que las preferencias sexuales de los hijos de parejas sexualmente diversas son proporcionalmente iguales a las de los hijos de parejas convencionales. La homosexualidad, según todos los datos, no se hace, no se enseña, no se provoca, sino que es una condición de origen de la diversidad humana.

Matrimonio igualitario, adopción igualitaria. La única respuesta de las iglesias a ambos conceptos, y de nuevo dando la espalda a la evidencia, es «no». Contundentemente «no». No lo admite en sus enseñanzas y no se lo permite a sus fieles. Su convicción es que la existencia de Adán y Eva legitima únicamente la unión matrimonial de un hombre con una mujer (un hombre y una mujer, por cierto, nacidos como tales, no transexuales, tema que representa otro enorme laberinto similar para la fe).

El hecho de que sepamos con toda certeza que Adán y Eva no existieron, que no hubo creación en los términos en los que lo presenta el mito del Génesis, que no es más válido ni más verdadero que todos los mitos de la creación que tienen las demás religiones no impresiona a las religiones. Si lo tuvieran en cuenta, claro, lo suyo no sería fe. Y sin atender a los hechos, las religiones han salido militantemente a las calles a tratar de impedir que personas que no comparten sus creencias religiosas tengan la libertad de casarse y adoptar. En el siglo xxi, éste es uno de los más enconados

campos de batalla de la iglesia contra la sociedad, basado en asuntos relacionados con la sexualidad, algo que ya no debería sorprendernos.

Por supuesto, la visión racional y alejada de dioses y religiones es que el matrimonio no es sino una pareja legitimada de dos personas que desean comprometerse entre sí y compartir su vida y sus proyectos a largo plazo, formando ante la sociedad una unidad. Dos individuos adultos, responsables y conscientes que se unen voluntariamente no para asaltar bancos, no para odiar, no para hacerle daño a nadie, solamente para ejercitar el cariño y respetarse mutuamente, para compartir posesiones y bienes materiales, y para legarse memorias y bienes cuando falta uno de ellos, y quizás para tener hijos y darles cariño, educación, apoyo y una dirección en la vida. Y con el derecho a no ser molestados por ser como son.

El matrimonio más deseable, que han consagrado en sus leyes muchos países de las culturas de la Ilustración, omite algunas otras características —como la obediencia debida por la mujer al hombre en los términos del Génesis o la abnegación necesaria de ella en caso de maltrato— y establece otras facetas como el hecho de que una persona no tiene ningún derecho a golpear a su pareja, a humillarla, a usarla sexualmente sin su consentimiento, a denigrarla ante los demás, a abusar física, psicológica ni emocionalmente de ella. Un matrimonio razonable establece una posición equitativa — más que «igualitaria»— y justa entre ambas partes. Fomenta lo que es beneficioso para ambos, para su familia y para su sociedad.

Y, por supuesto, establece las bases necesarias para que, si la pareja decide separarse por cualquier motivo, tal separación sea igualmente equitativa, justa y lo menos dolorosa posible. Procedimientos de divorcio sencillos, directos y justos.

Pero el divorcio tampoco es aceptado por la iglesia católica, casi como excepción en el mundo de las religiones.

El matrimonio consagrado por el ritual católico implica que el compromiso dura «hasta que la muerte nos separe», y la defensa de este voto de eternidad se ha realizado con notable virulencia. El papa León XIII, en su encíclica *Arcanum divinae sapientiae* lanza su artillería:

[...]nada contribuye tanto como la corrupción de las costumbres, fácilmente se verá cuán enemigo es de la prosperidad de las familias y de las naciones el divorcio, que nace de la depravación moral de los pueblos, y, conforme atestigua la experiencia, abre las puertas y lleva a las más relajadas costumbres de la vida privada y pública.[35]

A él seguiría Pío XI en su correspondiente encíclica *Casti connubii*: «[...] los perjuicios que ocasiona el divorcio, perniciosísimos todos, así para los individuos como para la sociedad»[36]. Con esta posición, el Vaticano es uno de los dos pocos países que no tienen una ley de divorcio, junto con Filipinas, donde la influencia de la iglesia católica ha impedido que se aprueben diversos proyectos de ley en ese sentido.

La influencia de la iglesia católica se mantiene, sin embargo, en la prohibición de que las personas que se hayan casado en ceremonia religiosa puedan volver a hacerlo, a menos que consigan la anulación de su matrimonio según la ley canónica —la legislación propia del Vaticano y su iglesia —, cosa que tampoco es tan sencilla.

De hecho, se sugiere la pregunta de si la iglesia católica vería o no con buenos ojos que un matrimonio no convencional se rompa, algo que podríamos llamar «divorcio

igualitario», o si considera que, una vez casados, también deben permanecer unidos «hasta que la muerte los separe».

Y, por supuesto, eso nos lleva a otro momento de la vida, el último, el de la muerte, en el que las religiones también quieren decidir en nombre de sus fieles y de toda la sociedad humana con base en sus creencias.

Muerte digna y vida indigna

El ser humano, a ojos de muchas religiones, es propiedad. Su vida no es suya, al tratarse de un don otorgado por un ser superior, por un dios. Y esa vida no se le ha otorgado para que la use con libertad, como quien le regala a otra persona una batidora y ésta puede hacer con el aparato cuanto quiera, habiendo pasado a ser de su propiedad. El don (que significa «regalo») tiene condiciones, no es tal regalo. Y condiciones abundantes. Muchas de ellas imposibles de cumplir, como hemos visto.

Una de las principales condiciones, según quienes dicen hablar en nombre de los dioses, es que el momento de nuestra muerte deberá ser decidido única y exclusivamente por la deidad. Si perdemos la vida en un accidente de auto, en un resbalón en el baño, por un infarto masivo al miocardio, por una infección generalizada, electrocutándonos al cambiar un fusible, devorados por un león huido de un circo o de cualquier otra manera que se nos ocurra, la religión nos dirá que ese momento, en realidad, lo ha fijado dios.

Pero algunas personas consideran que ellas también pueden decidir, bajo ciertas condiciones, terminar con su vida en un momento dado, suicidarse.

En el problema de la decisión de morir está presente el mismo conflicto en el que se hunden las religiones cuando pretenden mantener al mismo tiempo la hipótesis del libre albedrío y la idea de que dios todo lo sabe, todo lo puede, y todo, por supuesto, está ya escrito porque si no, habría algo en el universo que dios no conocería, lo cual consideran inaceptable.

Las religiones tienen que resolver —y nunca lo hacen— ese grave conflicto. Supongamos que morimos por cometer un descuido en nuestro trabajo. ¿Es culpa nuestra? La iglesia católica diría que sí, por supuesto, al ejercer nuestro libre albedrío, hemos sellado nuestro destino; si hubiéramos sido cuidadosos, habríamos sobrevivido. La pregunta entonces es: ¿nuestra muerte tomó por sorpresa a dios? La respuesta es, por supuesto, que no, porque dios lo sabe todo. Pero entonces... ¿podría dios haber evitado nuestra muerte?

Consideremos que nuestra muerte en un mal momento, lo que se considera prematuro, a una edad de plenitud —que hoy se puede prolongar fácilmente hasta los ochenta años gracias a los avances médicos—, puede significar, por ejemplo, el desamparo de nuestros hijos, una serie de complicaciones tremendas para nuestra pareja, a la que se le multiplican de pronto las responsabilidades económicas, personales y de uso de su tiempo. Vamos, que la muerte de una persona generalmente no sólo es un inconveniente para ella, sino que lo es también para la gente a su alrededor, y más cuando todo cabría esperar que tuviera por delante muchos años de vida.

Así, la oportuna intervención de dios en el caso del descuido laboral podría ahorrarnos muchos problemas a todos, reducir de modo notable el sufrimiento emocional y material de muchas personas inocentes. Pero la respuesta que se nos ofrece es que dios sí podría haber evitado nuestra muerte, pero no lo ha hecho porque nos permite usar nuestro libre albedrío. ¿Entonces nuestro libre albedrío es una limitación a la capacidad de dios de hacer el bien —algo que ya repasábamos en las primeras páginas de este libro— y, por tanto, no es omnipotente? No, no exactamente,

porque dios sabe cómo vamos a usar nuestro libre albedrío. ¿Y eso le libera de responsabilidad? No. Uno muere cuando dios quiere.

No vale la pena ni intentar resolver la contradicción, porque es imposible. Plantea dos conceptos que son mutuamente excluyentes: la predestinación por parte de una deidad que conoce todo el pasado, el presente y el futuro, y la convicción de que esa misma deidad nos ha dado el libre albedrío. La única salida es considerar el libre albedrío una ilusión, cosa que la iglesia no ve tampoco con buenos ojos, y al tema ha dedicado miles, quizá cientos de miles, de páginas en más de mil novecientos años sin llegar a ninguna conclusión convincente. Es el triste destino de las cuestiones teológicas y filosóficas que dependen de definiciones y conceptos que no existen en la realidad, sino que son, claramente, producto de la imaginación o la especulación humanas.

Desafortunadamente para muchísimas personas inocentes, la situación que plantea todo este esquema es bastante más que una disquisición filosófica entretenida, porque adquiere una dimensión especialmente cortante cuando tratamos con las personas que pueden tomar la decisión de acabar con sus propias vidas por diversas causas.

Muchas veces, esas causas son un sufrimiento físico o emocional extremo. ¿Tiene derecho una persona a acabar con su vida en algún caso, especialmente en casos como éste, cuando está, por ejemplo, sufriendo una enfermedad incurable, irreversible, que le produce un dolor aterrador, sin esperanza de alivio, con la muerte a la vuelta de unos días, semanas o meses de sufrimiento? ¿Es razonable que termine con el dolor para no seguir sufriendo?

La respuesta de la iglesia es, por supuesto, no.

En el caso de la decisión de una persona de terminar con su vida, con o sin la ayuda de otras personas, sean seres queridos o profesionales médicos, se enlazan muchos de los elementos de la superstición que hemos ido recorriendo en este libro: la idea de que el dolor es bueno y grato a la deidad, la idea de que el alma que el creador incorporó en el óvulo fecundado es de algún modo

sagrada, pese a ser pecadora, y es propiedad suya, en todo caso. Él la da, él la quita. Nuestro libre albedrío, tan exaltado por la iglesia cuando conviene, deja de ser un argumento válido en asuntos de vida o muerte como el aborto, la educación religiosa, el sexo, el matrimonio, el divorcio y, finalmente, la muerte.

Y la idea de que el ser humano debe rendir totalmente su dignidad a una deidad que, vista objetivamente, parece cruel, insensible y brutal, se presenta como una opción moralmente repugnante.

El suicidio se considera un pecado grave entre los judíos, religión en la cual el suicida no tiene derecho a ser enterrado según su costumbre y rituales funerarios y de duelo, aunque en muchos casos se piensa que los problemas emocionales y de salud mental alteran el libre albedrío tanto que no se puede atribuir la responsabilidad del suicidio al propio suicida. Sin embargo, ayudar a alguien a morir si así lo desea, o incluso cuando, no pudiendo decidir, lo hacen en su nombre sus familiares, está visto como algo inaceptable según las leyes judías.

En el islam, de modo similar, el suicida queda condenado al infierno y es excluido, por tanto, del paraíso, al menos hasta el día de la resurrección, cuando Alá decidirá si perdona o no a uno u otro suicida, individualmente. Una excepción es la del *shahid* o fedayín, el suicida que se inmola en el proceso de asesinar a sus enemigos, por ejemplo, haciendo detonar un chaleco explosivo entre una multitud de inocentes o lanzando un avión contra un edificio de oficinas. A quien hace eso, según interpretan el Corán muchos legisladores musulmanes, no se le considera un suicida, sino que es un mártir que ha perdido la vida en combate, luchando contra el enemigo, y es tratado como tal. En cambio, el suicidio asistido, según los juristas islámicos, sí se permite siempre y cuando se lleve a cabo con el procedimiento de que el médico deje de administrarle al paciente un medicamento que le resulta indispensable para seguir viviendo. En cambio, si el médico administra una sustancia mortal o si la prepara y se la da al paciente para que éste se la administre a sí mismo, está cometiendo un asesinato, que exigiría o el pago de «dinero de sangre» a la familia del paciente o ser castigado físicamente, lo que incluye una posible condena a muerte si la persona que ha fallecido es musulmán.

Uno de los argumentos judíos y cristianos recurrentes es que, aun si se considerara justificado por piedad ayudar a otro a acabar con un sufrimiento supremo por medio del suicidio asistido, lo que podría ocurrir es que la sociedad empiece a presionar para que ciertas personas opten por morir o sean directamente ejecutadas por sus médicos y familiares, de modo que la muerte dejaría de ser una elección y se convertiría en una obligación.

Por supuesto, no hay ninguna indicación, antecedente o tendencia que permitiera pensar que esto pueda ocurrir, o que los mecanismos para legislar y ordenar la muerte asistida sean tales que no prevengan precisamente este tipo de posibles excesos, así fueran excepcionales. Este razonamiento religioso es, como tantos otros, falaz. En este caso, la falacia que comete se llama «de pendiente resbaladiza», en la que se presupone que si se permite que ocurra algo que se rechaza de entrada, se estará favoreciendo que ocurra en cadena, inevitablemente, otra serie de acontecimientos hipotéticos indeseables que se sucederán como consecuencia hasta llegar a una situación insostenible o especialmente repugnante... pero sin ofrecer ninguna prueba de

que así va a ocurrir. Volviendo un poco al matrimonio igualitario, en no pocas ocasiones hemos escuchado el argumento de que si se permite el matrimonio entre personas del mismo sexo, se estará abriendo la puerta al matrimonio incestuoso e incluso a que alguien se case con un animal o con su automóvil. Es otro buen ejemplo de falacia de pendiente resbaladiza, como tantas otras que suelen encontrarse en el argumentario religioso. Y, por supuesto, los hechos nos demuestran que en ningún lugar donde se ha legislado el matrimonio igualitario se han producido esas consecuencias.

El suicidio, claro, puede necesitar la ayuda de otras personas, especialmente cuando la persona no es físicamente capaz de llevar a cabo los pasos necesarios para terminar con su vida, como es el caso de los pacientes parapléjicos, o simplemente no sabe cómo hacerlo ni cómo procurarse una forma de lograrlo sin que implique un mayor sufrimiento. En este supuesto no se incluye el desconectar los apoyos vitales de una persona con muerte cerebral, pues prácticamente todas las religiones han acabado admitiendo que, cuando se produce la muerte cerebral, la persona ya no está allí o, en su terminología, el alma ya se ha separado del cuerpo. Esto lo ha asumido como posición oficial el catolicismo desde que, en 2008, la Academia Pontificia de Ciencias emitió el documento llamado *Por qué el concepto de muerte cerebral es válido como definición de muerte*.

¿Qué ocurre en la realidad, en sociedades que han logrado sustraerse a la influencia de las religiones para legalizar y legislar la muerte asistida y consagrar el derecho de las personas a decidir sobre el momento de poner fin a su vida?

En Bélgica, por ejemplo, es necesario que tres médicos, que no tengan relación previa con un paciente, coincidan en la aceptación de un suicidio o muerte asistidos. En Luxemburgo, se requiere la autorización de dos médicos y un grupo de expertos que analizan cada caso individualmente. En Holanda, el único otro país europeo que ha legalizado la eutanasia, hay una serie de exigencias, como que el sufrimiento del paciente no tenga esperanzas de reducirse, que el paciente solicite la muerte de modo insistente y sin presiones ni sufriendo problemas psicológicos, que al menos un médico independiente confirme todas estas condiciones además del médico tratante y que el médico esté presente durante todo el proceso.

El suicidio asistido, es decir, los casos en los que el médico no realiza activamente ninguna acción para causar la muerte, sino que sólo le facilita al paciente los medios para procurársela, como serían medicamentos o sustancias letales, es legal, además, en países tan diversos como Japón, Colombia, Suiza, Alemania y Albania, además de cuatro de los cincuenta estados que forman los EE. UU.

La pregunta, como en el caso del aborto, incluso de manera más aguda, es quién tiene derecho, quién tiene realmente derecho de ordenarle a otra persona u obligarla contra su voluntad a que padezca un enorme sufrimiento físico, emocional o de ambos órdenes, sin esperanza razonable de alivio en un futuro previsible. ¿Quién tendría la autoridad para ello si, precisamente, el pensamiento ha evolucionado hacia la convicción de que no es legítimo causarle daño a otra persona ni siquiera como castigo? La tortura no es algo que veamos con simpatía, las penas de dolor, como los azotes, las mutilaciones, la humillación y escarnio públicos nos resultan repugnantes. Pero no hace mucho que todas estas prácticas eran comunes en la legislación de todos los países, y apenas en el siglo xix, y a resultas de las ideas de la Ilustración, empezaron a ser eliminadas de la legislación e incluso penalizadas. Pero siempre conviene recordar que, durante la mayor parte de la historia humana y en todas las sociedades, estuvieron en vigor numerosas disposiciones legales que determinaban penas de sufrimiento y cómo administrarlas.

¿Es distinto causar el dolor que obligar a alguien a padecer un dolor causado involuntariamente por una enfermedad como un cáncer? ¿Hay similitudes entre la tortura y las acciones que favorecen que continúe una situación de sufrimiento que para la persona que la sufre se percibe como igualmente horrible? La diferencia parece superficial, en realidad. Desde un punto de vista moral, el que alguien asista como espectador o facilitador a la contemplación del sufrimiento de otro sin auxiliarlo, pudiendo hacerlo, es lo mismo que causar directamente ese sufrimiento. Finalmente, sin la participación de esa persona, el sufrimiento podría terminar, y es la presencia de esa persona o de la autoridad y el poder de una religión, de una iglesia o de sus representantes la que hace que el sufrimiento continúe en detrimento de quien lo padece.

Más aún, cualquier persona normal tiene la tendencia natural a ayudar al que sufre. Lo percibe como una forma fundamental de la compasión, de la solidaridad humana, que se extiende incluso a seres a los que les tiene cariño sin que sean siquiera humanos, que es lo que ocurre cuando alguien facilita que se ayude a morir a un perro, un gato u otro animal querido para evitarle sufrimientos innecesarios. Dar la muerte por piedad es esencialmente humano, y no se puede sino pensar que negarla es, por contraparte, profundamente inhumano.

La explicación del cristianismo para oponerse a la eutanasia, a la finalización de la vida en caso de gran sufrimiento, es que está ayudando no sólo a que se cumpla la voluntad de dios, lo que es en sí mismo una tarea enorme si la vemos con cierta distancia, sino que, además, están haciéndole el bien a la persona cuyo sufrimiento ayudan a prolongar, ya que le evitan que se condene al infierno por disponer de su vida interfiriendo con la voluntad de dios. Salvar a alguien de la desgracia y la tortura eternas es, sin duda, una acción noble. Comparable quizá al dolor que causa un médico con una inyección o en las secuelas de una cirugía, porque a la larga evita otras desgracias mayores que la inyección o las molestias postoperatorias.

La diferencia es que el médico sabe, con razonable certeza, cuáles son los beneficios que puede comportar su intervención. Los religionistas, sin embargo, no saben, no pueden saber y nunca han sabido con ningún nivel de certeza objetiva si realmente están haciendo el bien o no, si existe o no la vida eterna, su dios, el infierno y el castigo. Y en esa ignorancia, sin embargo, creen saber que la deidad a la que celebran prefiere, desea ver a una persona con la dignidad destruida por el dolor y la desesperación hasta que decide acabar con su vida, en un momento elegido caprichosamente.

La responsabilidad que asumen las religiones al prolongar el sufrimiento de una persona que desea morir es gravísima. Y sin embargo, tanto las jerarquías como los creyentes comunes y corrientes no tienen problema alguno no sólo en educar contra esa forma de compasión, sino que se apresuran a condenar a quien acaba con su vida en esas condiciones y a quienes le ayudan a conseguirlo, de ser el caso.

La diferencia entre esa posición y la que considera que un ser humano tiene, por el solo hecho de serlo, el derecho inalienable a disponer de su cuerpo, de su vida, de su conducta es enorme.

En todos los aspectos de la cotidianidad, como los que hemos repasado someramente, lo que parece evidente es un miedo enorme a la libertad ajena, que no puede dissociarse del miedo a la propia libertad. El religionista, acostumbrado a las reglas impuestas desde el exterior, con el pretexto de la deidad y sin pensar en que tales reglas son casi ciertamente producto de la imaginación de otros seres humanos y no de ningún ser superior, acaba comportándose así como el esclavo que prefiere seguir siéndolo porque, pese a todo, su situación tiene una dosis de certidumbre que desaparecería en el momento en que conquistara su libertad.

Pero la vida es incertidumbre... es una aventura en la que la responsabilidad personal no se puede descargar en seres imaginarios. Y la incertidumbre sobre uno mismo y sobre quienes están a su alrededor, sobre su conducta, sobre sus posibilidades y sus capacidades debería quizás empezar a verse más como una realidad deseable y llena de promesas y no como un problema que se soluciona creyendo que, finalmente, todo será resuelto mágicamente por un ser superpoderoso con el que podemos jugar a ser niños eternos.

Parte cinco: No creer

Agnosticismo

Era el siglo xix, y el pensamiento crítico y los métodos científicos llevaban a descubrimientos como el de la evolución mediante la selección natural de Charles Darwin, que sigue siendo rechazado por muchos religionistas.

Darwin, sin embargo, no era dado al debate ni a la militancia, a encendidos discursos ni a enfrentamiento con sus oponentes. Había sido un joven que hizo un viaje maravilloso de cinco años en el barco *Beagle* y luego pasó veintitrés años tranquilamente haciendo de dueño y administrador de una finca agrícola y valorando lo que había encontrado en ese viaje, analizando y ampliando sus descubrimientos, y sólo publicó sus hallazgos cuando otro naturalista, Alfred Russel Wallace, llegó a las mismas conclusiones que él, aunque sin la riqueza de datos sistemáticamente organizados que había reunido Darwin.

La publicación de *El origen de las especies* no fue bien recibida por las instancias religiosas, concretamente por la iglesia anglicana en la que alguna vez Darwin había estado a punto de ser ministro por presión de su padre. El debate se encendió y era necesario que alguien se hiciera cargo de la defensa de los hallazgos de Darwin.

El que tomó las armas, metafóricamente, para hacer esa defensa fue el biólogo Thomas Henry Huxley, asombrado por la claridad y contundencia de la obra de Darwin. Huxley sería conocido, eventualmente, como «el bulldog de Darwin» por su pasión en la divulgación del nuevo descubrimiento, y fue famoso el debate que mantuvo en 1860 con el obispo de Oxford, Samuel Wilberforce, opositor a la idea de la evolución. El debate fue, para muchos, el punto de inflexión en la aceptación general de la idea de la evolución. Cuando Wilberforce le preguntó si descendía de un mono por parte de madre o por parte de padre, Huxley respondió que prefería descender de un mono que de un hombre que utilizaba mal sus grandes talentos para suprimir el debate racional.

Por esas mismas fechas, Huxley creó una nueva palabra para identificar la diferencia que sentía que tenía con quienes mantenían una religión. Dado que todos afirmaban tener un conocimiento determinado —gnosis en griego— que les había permitido resolver «el problema de la existencia», él consideraba que el problema era insoluble. Con esa idea habló por primera vez de «agnosticismo» (sin conocimiento) como opuesto a esa certeza religiosa.

En su forma actual, la posición agnóstica se puede simplificar de la siguiente manera: las religiones no han podido demostrar la existencia de dios, pero tampoco es posible demostrar su inexistencia, de modo que lo honrado es decir que, por poco probable que uno piense que son las deidades, no es correcto afirmar que sabe que no existen, ya que no cuenta con pruebas.

Y aunque es cierto que podemos demostrar razonablemente la no existencia de dioses definidos concretamente, como hemos comentado, no es menos cierto que siempre es posible diseñar un dios con una definición tan poco susceptible de ser sometida a prueba que debemos aceptar que somos agnósticos al respecto.

El concepto de agnosticismo ha sido útil para aclarar que la carga de la prueba de la existencia de una deidad está en quienes la proponen, y no es asunto del no creyente demostrar su inexistencia.

También ha sido una coartada frecuente de muchas personas para no definirse como ateos.

Un recurso retórico frecuente de los religionistas, precisamente, es exigirle a quien se define como ateo que demuestre la no existencia de dios, en la medida en que optan por definir la palabra «ateísmo» del modo que más les conviene, como si fuera una afirmación de conocimiento. Ello les permite concluir, para finalizar el ejercicio retórico, que el ateo es una persona incoherente, capaz de afirmar que no hay dios, pese a no tener pruebas de su existencia, y concluir entonces que el ateísmo es, por ende, una forma de fe.

Esta visión cómoda del religionismo, en particular del cristiano, se ve reflejada claramente en la definición que la muy reaccionaria Real Academia Española ofrece de «ateo» en su diccionario: «que niega la existencia de Dios», que es como decir «que niega la existencia del mar Mediterráneo». Presupuesta la existencia de una deidad, incluso con la mayúscula reverencial, resulta fácil definir entonces ateísmo como «opinión o doctrina del ateo».

Como este gambito no resulta simpático a los ateos en general, muchos han optado por replegarse a la posición agnóstica. Esta posición ha sido, además, validada por diversos ejemplos de entes indemostrables que pueblan la tradición de pensamiento ateo. Bertrand Russell decía, simplifíco, que debía llamarse agnóstico, pese a ser ateo para todo efecto práctico, porque pensaba que la existencia del dios cristiano era tan improbable como una tetera de porcelana en órbita alrededor del Sol, entre la Tierra y Marte, aunque nadie pudiera probar que no existía tal tetera.

Sin embargo, definirse como agnóstico nos deja con un problema serio, porque en sí el concepto no tiene nada que ver con la posición que asumimos ante los dioses. Es más, hay muchos creyentes que son de hecho agnósticos, por cuanto que aceptan que no pueden probar la existencia de dios y no saben por tanto si existe o no, pero a despecho de ello creen en tal existencia.

De hecho, el término ha sido distorsionado, con éxito, para sugerir que el agnóstico «ni cree en dios ni deja de creer en él», es decir, asume que el agnosticismo es una forma de no posicionarse, de inmovilismo y de pasiva aceptación de la ignorancia. Como si quien se define como agnóstico mantuviera abierto un pequeño resquicio donde podría ser que existieran los dioses, las teteras en órbita, las hadas, los unicornios, los dragones o los pitufos.

Pero, si el teísmo es la creencia en la existencia de uno o más dioses, el ateísmo es precisamente la ausencia de creencia en dioses. No es una afirmación de conocimiento, sino una posición de conformidad con una idea. Más allá de la posición filosófica rigurosa, estipula que íntimamente no existe ninguna aceptación ni razonable ni emocional a la creencia en los dioses. No cree basado en motivos, en el polo opuesto del religionista, que cree sin motivos, apoyado en su fe, que es precisamente la creencia más allá de la razón, de los hechos, de las pruebas.

El agnosticismo, como acto de honradez filosófica, no puede disimular el hecho de que la mayoría de quienes se definen como agnósticos no van por la vida dudando de si existen o no Baal o la Pachamama, Jehová o Visnú. Lo que es esencial y destacable de su existencia cotidiana es precisamente que ningún dios juega un papel en su consideración cotidiana de la realidad. Que, contrario al fantasma omnipresente, no se encomienda a dios cuando aborda actividades de riesgo o cuyo buen resultado le representa una gran carga emocional, no considera que nada de cuanto ocurre en el mundo sea voluntad de dios ni considera que ningún ser humano esté actuando de modo tal que sea grato a dios, que cumpla su voluntad o que lo haga enfadar. Cuando obtiene el resultado que desea —en su trabajo, en su escuela, en sus relaciones sociales, incluso en pequeñas cosas de la vida como estar en la cola más rápida del supermercado—, no considera que sea debido a la intervención o al descuido de un dios. Sabe valorar el esfuerzo que ha invertido en lograr ciertos resultados e incluso puede tener la honestidad necesaria para ver cuándo el resultado, o parte de él, ha dependido del apoyo de otras personas o del simple azar. Cuando, por el contrario, las cosas no salen como lo desea, no se siente castigado por fuerzas cósmicas, sino que intenta comprender los motivos objetivos que han determinado el resultado, sus errores o, de nuevo, el simple azar.

Es decir, actúan como ateos. Como gente sin dios.

Cuando les preguntan: «¿Crees en dios?», responden: «No».

Como lo harían si les preguntaran si creen en el dios polinesio Atutahi, en los unicornios, en Papá Noel o en la existencia de Pinocho.

Y no tienen que justificar por qué. Pueden hacerlo, lo hacen con frecuencia. Hay un innegable placer en demostrar lo absurdos que son los dioses si tan sólo nos aproximamos a ellos con las herramientas de la razón.

Pero no es únicamente asunto de placer.

Es asunto de humanidad, de dignidad, de combatir el daño profundo de la religión en las vidas materiales y emocionales de sus víctimas, de sus creyentes.

Quizás lo ha dicho mejor un ciudadano neoyorkino anónimo de cabello blanco y gruesas gafas que, después de ser retratado por el fotógrafo Brandon Stanton, especializado en retratos improvisados de gente de esa ciudad, y contarle que había

sido profundo creyente y pastor bautista durante muchos años, dejó esta estremecedora reflexión:

Uno ve gente que hace cosas terribles en nombre de la religión y piensa: «Estas personas creen con tanta fuerza como yo. Están tan convencidas como yo». Y simplemente ya no tiene sentido. No tiene sentido creer en un dios que interviene frívolamente en las vidas de las personas. Si un avión se estrella y una persona sobrevive, todo el mundo le da gracias a Dios. Dicen: «Dios tenía un propósito para esa persona. ¡Dios la salvó por una razón!». ¿No nos damos cuenta cuán cruel es eso? ¿No nos damos cuenta de cuán cruel es decir que si Dios tenía un propósito para esa persona, también tenía un propósito al matar a todas las demás personas de ese avión?

A veces es tan cruel creer como no aceptar que no se cree. Porque resulta indigno e inhumano contemporizar con una religión, con un esquema de creencias, con una institución, o muchas, que creen que esa crueldad es la base sobre la que se ha edificado nuestro universo. El ejercicio de la razón es incompatible, en sus principios, en sus métodos y en sus conclusiones ante el universo con las creencias religiosas.

Aunque algunos pretendan la convivencia de ambas cosmovisiones.

La convivencia imposible

Cada tanto se publica en los medios un alegato en favor de la convivencia pacífica entre la religión y la razón, en el que la razón es representada por distintas cosas, generalmente por la ciencia, pero también por el simple pensamiento crítico o por la praxis política. Es un llamamiento a la convivencia pacífica de dos visiones del mundo, una demostrable, la otra indemostrada, una basada en la realidad, la otra en fantasías.

Estos alegatos se multiplican al paso del tiempo, especialmente cuando la ciencia va dejando espacios cada vez más estrechos a la religión. Entonces se invoca el argumento del «dios de los huecos», que pretende que los huecos o espacios de ignorancia en el conocimiento científico son prueba de la existencia de la deidad o, al menos, son los espacios donde puede morar el concepto de dios sin demasiados sobresaltos.

El problema de este argumento es que, poco a poco, la ciencia, el conocimiento certero va ocupando más y más espacios huecos y, por lo tanto, dejando cada vez menos lugar para un dios y una explicación religiosa. La demolición del dogma que se ejemplificó con Copérnico ha seguido de modo indetenible.

¿Cuál era el problema de la teoría heliocéntrica, que llevó a que la rechazara la iglesia con la violencia que empleó para tratar a Giordano Bruno? Fundamentalmente dos versículos del libro de Josué del Antiguo Testamento, capítulo 10, 12-13, que relata una de las muchas guerras en las que se implicó el profeta, en este caso contra los cinco reyes amorreos, cuando, para demostrar su estrecha relación con dios, Josué hizo que se detuvieran en los cielos el Sol y la Luna.

12 Aquella vez, cuando el Señor puso a los amorreos en manos de los israelitas, Josué se dirigió al Señor y exclamó, en presencia de Israel: «Detente, Sol, en Gabaón, y tú, Luna, en el valle de Aialón».

13 Y el Sol se detuvo, y la Luna permaneció inmóvil, hasta que el pueblo se vengó de sus enemigos. ¿No está eso escrito en el libro del Justo? El Sol se mantuvo inmóvil en medio del cielo y dejó de correr hacia el poniente casi un día entero.

Si dios detuvo el Sol y la Luna a instancias de Josué es porque eran el Sol y la Luna los que estaban en movimiento, y detenerlos no significaba ningún problema. Pero si la Tierra era la que giraba alrededor de su eje y, además, se movía alrededor del Sol, este pasaje sería falso. Y, por definición, la Biblia no podía contener falsedades.

Las religiones pretendían explicarlo todo: ¿las enfermedades?, un castigo divino o malos espíritus; ¿los terremotos?, un castigo divino; ¿los cometas?, augurios que había que saber leer — por supuesto, eran los sacerdotes los que afirmaban saber leerlos —; ¿los planetas?, esferas perfectas que reflejaban la perfección de dios... Todas estas explicaciones y muchas otras fueron desplazadas por las obtenidas mediante los métodos de la ciencia.

Se entiende entonces la desesperación de algunos, incluso de científicos que son al mismo tiempo creyentes religiosos, por conseguir que se garantice un espacio legítimo a las religiones en las culturas de la Ilustración. Ya sea como guía moral —que hemos

visto que no es —, como espacio preferente de lo espiritual y artístico —que tampoco es— o como forma de buscar responder las grandes preguntas definitivas.

Pero «las grandes preguntas definitivas» en ocasiones disfrutan de un prestigio absolutamente injustificado. De hecho, un análisis desapasionado —y lo difícil es, precisamente, despojarse de pasiones, prejuicios y emociones para enfrentar ciertas cuestiones— nos sugiere que las «grandes preguntas» son, en realidad, preguntas mal planteadas o falaces.

Pongamos por ejemplo la gran pregunta ¿cuál es el significado de la vida? Suena indudablemente profunda, y numerosos teólogos y filósofos —teólogos civiles, llamémosles— han debatido la cuestión durante milenios.

Pero la pregunta contiene una presuposición que la invalida, es decir, que la convierte en una falacia, porque parte de la respuesta está implícita en la pregunta, y ese elemento condiciona las posibles respuestas que se den a esta pregunta.

Veamos un ejemplo. ¿Cuál es el color del cielo? es una pregunta que respondemos fácilmente: azul, a veces tan oscuro que parece negro. Podemos responder tan ágilmente porque el cielo es un ente físico, es la bóveda que forma la atmósfera sobre nosotros y, por tanto, como todos los entes físicos, tiene color. Pero ¿cuál es el color del dolor de rodilla? o ¿cuál es el color de una caricia? son preguntas perfectamente bien formadas gramaticalmente, pero que no tienen ningún sentido. El dolor de rodilla o las caricias no son cosas que tengan entre sus características el color.

Significado tienen las palabras, las acciones, ciertos gestos, ciertos signos... pero hay numerosas cosas en el mundo a nuestro alrededor que no tienen significado y para las cuales una pregunta al respecto resulta absurda o sin sentido. ¿Cuál es el significado de una copa de vino?, ¿cuál es el significado de un volcán?, ¿cuál es el significado de un orgasmo? son preguntas tan absurdas como ¿cuál es el significado de la vida?

Es decir, primero habría que demostrar que la vida, la existencia humana, que es a lo que nos

referimos, es un proceso que entre sus características cuenta con la de «significar algo», y sólo si hemos demostrado eso de manera contundente y clara, podríamos preguntar cuál es tal significado.

Si no hacemos eso, la pregunta carece de sentido y cualquier respuesta es válida y defendible: «honrar a dios», «gastar zapatos», «tener hijos» o, como decía irónicamente el comediante estadounidense George Carlin, «para hacer plásticos».

Las grandes preguntas que la religión dice explorar son preguntas sin sentido, falaces y, como si eso fuera poco, nunca, a lo largo de toda la historia de la humanidad, la religión ha respondido satisfactoriamente ninguna de ellas.

Una vez más, porque es fundamental saberlo: *nunca, a lo largo de toda la historia de la humanidad, la religión ha respondido satisfactoriamente ninguna de las preguntas «profundas» con las que pretende justificarse.*

Si la religión no tiene respuestas sólidas, sujetas a confirmaciones objetivas y comprobables, ¿cuál es el espacio que pretende ocupar de modo tal que sobreviva y merezca consideración y respeto en un mundo donde el conocimiento obtiene respuestas, cada vez más? ¿Y cómo es posible que los jefes de las religiones busquen esa consideración y respeto cuando dentro de sus propios espacios están agobiados por las barbaridades y horrores sin fin que nos demuestran día tras día que la religión provoca el mal?

Ante las críticas a las barbaridades religiosas —por repetir las: los abusos infantiles, la arrogancia de los ministros religiosos en comunidades a las que van a evangelizar, la defensa de guerras, masacres y genocidios como en Suramérica o Ruanda, los castigos inhumanos de la *shari'a*, la yihad, la guerrilla religiosa, la humillación de los fieles y podemos seguir llenando páginas —, los defensores de la religión buscan dar el mejor rostro de ésta aduciendo que todos los puntos que diversos comentaristas a lo largo de la historia han señalado como negativos no pertenecen a «la verdadera religión». La Santa Inquisición no era «verdaderamente católica», las guerrillas apoyadas por el dalái lama no eran «verdaderamente budistas», los integristas islámicos no son «verdaderos musulmanes».

La falacia se conoce, precisamente, como la «falacia del verdadero escocés», y se define precisamente como un argumento con el cual se pretende apartar a alguien de los actos reprobables de otros que pertenecen a su grupo.

Por supuesto, la vasta cantidad de interpretaciones y matices que tienen todas las religiones, las contradicciones e incoherencias internas, las escuelas, sectas, denominaciones, variantes e iglesias en las que se pueden dividir —principalmente por asuntos doctrinarios, pero también por diferencias étnicas y nacionales— son tan vastas que prácticamente cualquier cosa es y no es parte de «la verdadera» religión. Hay cientos de denominaciones cristianas, un centenar o más de escuelas budistas, más de una decena de movimientos religiosos judíos —con una población más bien pequeña— y alrededor de una treintena de variantes del islam.

Las religiones pueden decirlo todo. Algunas, de hecho, lo dicen todo. Por ello, la única forma de valorar realmente los efectos de una religión es ver lo que hacen sus seguidores en nombre de la misma y cuán extendido está lo que hacen. La Inquisición no fue una excepción, fue una institución fundamental para el catolicismo desde el siglo

xii hasta el xix y actuó siempre según las órdenes del trono Vaticano. No es aceptable decir que la Inquisición no fue «verdadero catolicismo» como no lo es decir que los movimientos integristas, yihadistas y violentos no son «verdadero islam».

Pero la realidad es que la mayoría de los católicos veían la Inquisición como una institución legítima, del mismo modo en que la mayoría de los musulmanes ven a la *shari'a* como una legislación deseable sin importar que no tenga las garantías procesales que han desarrollado las culturas de la Ilustración y que se caracterice por su misoginia y homofobia.

Hay algo más relevante aún: todo espacio de reconocimiento que se conceda a las religiones en las sociedades es inmediatamente aprovechado por éstas para intentar influir en la política, la sociedad, las decisiones civiles, no sólo con objeto de promover su agenda de dogmas y fe, sino también con objeto de aumentar su poder económico y su influencia más allá de los espacios que afirma que son de su interés: el espiritual y el celestial.

La convivencia es imposible por motivos no únicamente científicos y de racionalidad, sino por la higiene de las sociedades.

El único lugar razonable de las creencias preternaturales es el del dominio privado, personal, subjetivo. El mismo en el que ponemos otras creencias como la de que tal compositor es mejor que tal otro, que tal equipo deportivo merece nuestro apoyo más que todos sus adversarios, que Van Gogh nos emociona más que Pissarro. Es el espacio de la apreciación personal que no puede, y no debe, interferir con la realidad, especialmente la social y política.

Crear algo no nos da derechos. No podemos destruir la pintura o la escultura que nos resulta desagradable, no podemos interrumpir o prohibir los conciertos de música que nos repele, no podemos obligar a nadie que se vista como nosotros queremos o que asuma la dieta que nos parezca más conveniente. O no deberíamos poder hacer ninguna de esas cosas. El pacto social implica que, por contraparte, nadie puede destruir o prohibir cosas que nos resultan agradables ni obligarnos a nada que no resulte dañino para otros. Y el pacto también implica que cualquier prohibición o cualquier norma de conducta debería ser producto de un consenso social al que se llega mediante

procedimientos democráticos, respetando el deseo de la mayoría, sin establecer una tiranía contra las minorías.

O así debería de ser. Y muchos luchan por avanzar hasta que llegue a ser así.

El lugar de la religión es ése. Seguramente es legítimo que cualquiera crea en lo que desee o le convenza, siempre y cuando no actúe de modo perjudicial hacia otros, basado en sus creencias.

Las iglesias, las religiones no deberían tener injerencia en los asuntos públicos, en el Gobierno, en la economía, en la sociedad, en las leyes. La separación entre la religión y el Estado es indispensable para garantizar que todos puedan creer, o descreer, en la máxima libertad posible.

Del mismo modo, las creencias no tienen espacio en las aulas más que, en último caso, dentro de un estudio histórico y comparativo de las creencias que ha sostenido y sostiene el ser humano.

Pero si la religión y la razón no pueden ni deben convivir en las instituciones relacionadas con este mundo y esta realidad, los creyentes y los ateos deben convivir. Y los creyentes en las más diversas religiones deben convivir y ser conminados a eludir los enfrentamientos.

El ateo no cree, puede oponerse a las religiones y combatir las creencias irracionales, pero no es, como suelen querer presentarlo en particular las jerarquías religiosas, enemigo, opositor o adversario de los creyentes. La esencia de su visión del mundo no implica detestar al creyente, ni burlarse de él ni considerarlo tonto.

Esta visión suele ser una forma de las jerarquías religiosas de construir un enemigo al que se le pueda satanizar, deshumanizar y usar como motivo para reunir a su alrededor apretadamente a sus seguidores. Al crear una causa común contra un enemigo común, viejo truco de la demagogia, las jerarquías consiguen al mismo tiempo una mayor autoridad como capitanes en la lucha contra tal enemigo y, sobre todo, cancelan toda posibilidad de que sus creyentes escuchen a los ateos, dialoguen con ellos o, incluso, lleguen a entendimientos comunes. O sean «convertidos» (algo que, en realidad, no ocurre más que excepcionalmente).

El creyente no es el objetivo de quien hace la crítica de la religión o de la creencia en deidades. Porque el creyente es, en realidad, la víctima de las religiones, de las creencias, el que pone el dinero, el que pone el sufrimiento, el que pone la vida, el que pone el miedo y, con todos esos elementos, construye el fundamento de poder sobre el que se montan las jerarquías religiosas, todas las jerarquías religiosas, todos los monjes y santones y sacerdotes y ministros y rabinos e imames que exigen todo tipo de ofrendas al creyente a cambio de promesas y palabras agradables. Y no sólo ofrendas materiales.

La crítica a las religiones, su combate, en el caso de quienes deciden enfrentarse a ellas directamente, es un combate, aunque pareciera paradójico, en favor de los creyentes, en favor de que dejen de ser las víctimas de las creencias, de la mentira, de la exigencia de respeto, dinero, sexo, admiración, miedo y obediencia por parte de las estructuras religiosas. O al menos que en las nuevas generaciones haya menos creyentes.

Quien ha sido sometido a la esclavitud, espiritual si no física, con base en fantasías, mentiras y creencias irracionales, no es alguien a quien otras personas, y menos «los ateos», pudieran llamarle tonto o burlarse de él, no es alguien que merezca el desprecio y sí es alguien que merece toda la solidaridad de quien es capaz de ver más allá de las supersticiones cómodas de la religión y puede, por tanto, compartir puntos de vista, compartir datos y ayudar, si quiere, a recuperar su dignidad.

Todo el que nace sin creencias y al que se le imponen creencias por haber nacido en cierto lugar o en cierta sociedad es una víctima.

¿Qué pasaría si el creyente religioso pensara que el hombre y la mujer que se oponen o cuestionan al ministro de su iglesia, al imam que le pide que se ponga un chaleco de bombas, al sacerdote budista que le pregona pobreza a la sombra de los templos con Budas de oro, al papa o al chamán no están contra ellos precisamente?

Este riesgo se conjura, por supuesto, convirtiendo al ateo en motivo de persecución. Y las religiones en ese sentido han sido, sin duda, creativas.

Ateos a la fuga

El ateísmo puede ser muy difícil de explicar a los creyentes. Y más difícil aún es explicar que no es inherentemente inmoral o dañino... o incluso que los ateos no adoran a Satanás o a fuerzas malignas parecidas, mito bastante frecuente en espacios de pensamiento regresivo, como la España profunda donde el cura aún controla a la población, amplias zonas del Tercer Mundo, el islam radical o los Estados Unidos.

Para quien está convencido de que en dios se encuentra el punto generador, rector y justificador del universo, la vida, el espacio, el tiempo, la sucesión de acontecimientos, el origen de todo y, eventualmente, el fin de la vida y del propio universo material es muy difícil imaginar a alguien que no acepte esa base fundamental de su cosmovisión.

El odio y el miedo tienen con frecuencia su origen en la inquietud que nos provoca quien es diferente: la persona de aspecto desusado, de conductas poco habituales, de ideas divergentes de las nuestras. Lo diferente suele ser visto como adversario, como peligro, como algo merecedor de desconfianza. Después de todo, el ser humano vive en esa contradicción permanente entre la curiosidad que lo empuja a ser audaz y el temor que lo invita a ser cauto y conservador.

En una comunidad donde la religión juega un papel social, político y emocional de gran relevancia, el ateo evidentemente es incomprensible, temible, rechazable y, en última instancia, blanco del odio.

Un odio que, por lo demás, es fomentado desde las instancias de control de las religiones. Cuando las distintas religiones se han reunido buscando una visión ecuménica, un «acuerdo de mínimos» entre las creencias preternaturales, suelen excluir la opción de la no creencia. Cristianos, musulmanes y judíos razonablemente moderados, junto con budistas, sijs, hinduistas, animistas y practicantes de religiones sincréticas —o mezcladas—, como el vudú o la santería, pueden encontrar terreno común para dialogar. Pero no con el ateo.

De hecho, las distintas religiones mantienen un incesante ataque contra los ateos, atribuyéndoles todo tipo de maldades y atrocidades, desde enfermedades y desastres naturales hasta la promoción de la barbarie de distintos Gobiernos dictatoriales.

Esta actitud fue ejemplificada por el papa Benedicto XVI durante su visita a Inglaterra en 2010. Hablando ante la reina Isabel en el palacio de Holyroodhouse, lanzó una serie de afirmaciones que, además de incendiarias, eran demostrablemente falsas.

Benedicto habló así de la «tiranía nazi que quiso erradicar a dios de la sociedad y negó a muchos nuestra humanidad común», aunque en realidad la erradicación de dios no sólo no fue un objetivo del nazismo, sino que el régimen de Adolf Hitler mantuvo siempre cordialísimas relaciones con el Vaticano, que, a su vez, fue leal, colaborando en las «líneas de ratas» que organizaron la fuga de numerosos criminales de guerra nazis.

Y esto no es una acusación gratuita, sino basada en datos históricos y en la confesión de los propios implicados, como el obispo Alois Hudal, del Pontificio Instituto Teutonico Santa Maria dell'Anima de Roma, que fue enviado por el Vaticano a visitar a prisioneros de guerra alemanes, lo que aprovechó para ayudar a la fuga de Franz Stangl, conocido como «La muerte blanca», que colaboró en los programas de eutanasia de personas con deficiencias físicas y mentales, así como de prisioneros políticos, antes de ser

comandante del campo de exterminio de Sobibor, donde fue responsable de la muerte de unos cien mil seres humanos y, después, de Treblinka, donde sumó — según el juicio al que años después se le sometería, deportado de Brasil— otras ochocientas mil víctimas.

Si alguien les «negó a muchos nuestra humanidad común» fueron bestias como Stangl, Gustav Wagner —sucesor de Stangl en Sobibor —, Alois Brunner y Adolf Eichmann —el responsable de implementar toda la operación logística y organizativa para el exterminio de judíos, gitanos, comunistas y otros —. ¿Qué debería decir, o callar, un papa ante las declaraciones del hombre que los ayudó a fugarse? Hudal, que en su libro de memorias *Römische Tagebücher*, *Los diarios romanos*, escribió:

Doy gracias a Dios de que me permitiera visitar y reconfortar a muchas víctimas en sus prisiones y campos de concentración y ayudarles a escapar con documentos de identidad falsos.

No existe registro alguno de que Benedicto XVI, Joseph Ratzinger, dijera nunca nada sobre Alois Hudal.

Sólo es un ejemplo. Como lo es que Hitler siempre se presentara como un fiel católico y que la pasión religiosa fuera uno de los estímulos para el pueblo alemán durante su guerra de agresión. Que Hitler fuera realmente creyente o simplemente usara la religión como arma útil es un debate interminable y que, en realidad, carece de significado. El nazismo, sus documentos principales y sus motivaciones siempre partieron de la idea de que dios estaba con su causa —como ocurre en todas las guerras —, y así lo atestiguaban las hebillas, frecuentemente halladas en el Ejército durante la Segunda Guerra Mundial, que rezaban orgullosamente «Gott mit uns» (dios está con nosotros).

El párrafo de Benedicto XVI concluía:

Conforme reflexionamos en las sombrías lecciones del extremismo ateo del siglo xx, no olvidemos nunca cómo la exclusión de Dios, de la religión y la virtud de la vida pública llevan en última instancia a una visión trunca del hombre y la sociedad y, por tanto, a una «visión reduccionista de la persona y su destino».

La última frase es una cita de su propia encíclica *Caritas en veritas* —la caridad en la verdad—, donde dedica espacio también a atacar al ateísmo.

Además del nazismo y el fascismo de Mussolini, éste, por cierto, responsable de devolverle el Estado Vaticano a la iglesia, las iglesias cristianas suelen atribuirle al ateísmo los acontecimientos más desagradables de los regímenes comunistas autoritarios durante el siglo xx. Pero ninguna de las acciones más brutales de estos regímenes estuvo nunca motivada por el ateísmo ni se hizo en nombre de «no dios». El elemento religioso no estuvo presente en acciones de muerte y sufrimiento como la hambruna que causó Stalin en Ucrania en 1932–33 o su persecución de sus competidores en el Partido Comunista, la revolución cultural de Mao, su Gran Salto Adelante, que causó su respectiva hambruna, o las masacres de los Jemeres Rojos en Camboya.

El ateísmo real o fingido de los líderes de estos regímenes era accesorio, no esencial, para su accionar. No habiendo un movimiento ateo, una comunidad atea, una sociedad o un partido ateos que establezcan formas de comportamiento, doctrinas o dogmas —lo cual sería, por supuesto, contradictorio en grado sumo—, la barbarie sería el resultado del autoritarismo, el odio social, la lucha por el poder, los dogmas políticos y la utilización de la ideología comunista como una forma de religión dogmática, incuestionable y absoluta, especialmente con líderes que asumían el papel de dioses vivientes como Lenin, Stalin o Mao.

Y todo ello sin volver, porque ya lo hemos comentado, a la falacia esencial de Benedicto XVI, según la cual los países dominados por la religión son más morales, más virtuosos.

Como la Europa de las persecuciones a herejes, de la Inquisición y de las Cruzadas. Como la España de la expulsión de musulmanes y judíos. Como la América del abuso eclesiásticamente sancionado de sus naturales. Como el islam integrista. Como los sacrificios humanos de numerosas religiones a lo largo de la historia.

Es oportuno repetirlo: la religión no lleva a un comportamiento más moral y con enorme, inquietante frecuencia lleva a justificar en el nombre de los dioses los actos más inmorales, más brutales, más injustos, más despreciables.

En el islam, el ateísmo ni siquiera merece demasiada atención de modo separado. El Corán y los *hadith* lo condenan, pero no de modo concreto, pues para sus enseñanzas todos los que no creen en el islam son iguales, todos merecen el mismo tratamiento, son «no creyentes». Algunos son más tolerables que otros, al menos en algunas interpretaciones, como los cristianos y judíos por ser «gente del libro», es decir, de la Biblia. Otros son más intolerables, como los apóstatas, los que habiendo sido musulmanes han cambiado de creencia o han dejado de creer, y cuya pena es generalmente la muerte.

Curiosamente, hoy en día, de los tres grandes monoteísmos, el más tolerante con el ateísmo es el judaísmo, que no ha emprendido persecuciones contra los miembros de

su comunidad que no creen en su dios. Para entender esto, quizás es importante tener presente que, para muchos, ser judío no tiene nada que ver con la religión, sino con la tradición cultural, histórica y étnica del pueblo hebreo. Se puede ser, según ellos, judío y ateo. De hecho, en los Estados Unidos, sólo la mitad de los estadounidenses que se identifican a sí mismos como judíos cree en dios. Incluso desde el punto de vista meramente práctico, pretender expulsar del judaísmo a la mitad de su gente sería suicida para la religión y para las propias tradiciones que identifican a ese pueblo. Todo lo cual no quiere decir que el ateísmo no sea combatido y rechazado por los judíos religiosos, en especial por las comunidades más extremistas.

El ateo, en estas condiciones, tiene que enfrentar una sólida oposición y explicarse con quienes lo rodean. Aunque esto no siempre lleve a una mayor aceptación. Mi familia, cuya simiente católica sigue germinando en los hijos y nietos de mis numerosos primos, jamás consiguió reconciliarse con mi alejamiento de la iglesia. Veinte años después de que se enteraran de que yo no compartía sus creencias, había quien me decía que debía yo buscar de nuevo abrigo en la iglesia. No lo hacían de mala fe, sino temiendo lo peor para mí debido a mi ateísmo. Temían que su dios de bondad me fulminara en un arrebato de ira, que me diera una vida desagradable o que, eventualmente, al morir, decidiera que merezco la tortura eterna por no creer en él.

Hay que decir, al menos, que uno, siendo ateo, no es precisamente el diablo.

Quizás sea necesario, primero, establecer que la posición del ateo no es tan ajena a los creyentes como ellos suelen pensar.

El estadounidense Stephen F. Roberts escribió en algún grupo de debate de Internet en 1994–95 una frase que se ha convertido en una de las más citadas sobre ateísmo, al menos en el mundo angloparlante, donde ha sido recogida por autores como Sam Harris y Richard Dawkins:

Afirmo que ambos somos ateos, yo sólo creo en un dios menos que tú. Cuando entiendas por qué tú descartas a todos los demás dioses posibles, entenderás por qué yo descarto al tuyo.

La frase ha sido ampliamente debatida y los religionistas han ocupado largo tiempo en rebatirla.

Pero lo relevante aquí es que es una buena herramienta para que el ateo se comunique con el creyente. Desarrollemos la idea de Roberts.

Cualquier persona, incluso el más fervoroso creyente, conoce proposiciones en las que no cree, en las que no puede creer, que le parecen fantásticas, absurdas o insostenibles. Nadie cree en todo. Nadie puede creer en todo, de modo que todos los seres humanos ponemos un filtro entre la realidad y nuestra capacidad de creer. Hadas, gnomos, dioses, chaneques, semidioses, faunos, duendes, *kubikajiri*, unicornios, dragones, nahuales... la lista de seres sobrenaturales creados por la imaginación humana es enorme. Y algunos resultan increíbles hasta para las almas más dispuestas a creer en todo. Pondría por ejemplo al espíritu chocarrero que los japoneses llaman Aka Manto y que, aseguran, reside en los baños públicos, donde se aparece en los cubículos para preguntar si el usuario quiere papel azul o rojo y, responda lo que responda, procede a matarlo.

Es difícil creer en este espíritu. Algunos lo harán porque hay gente dispuesta a creer en todo, pero éste demanda un ejercicio sólido de fe.

El ateo considera que la existencia de un dios, de cualquier dios debidamente definido, es una de esas proposiciones en las que no cree ni puede creer.

Evidentemente, el creyente y el ateo tienen un punto en común cuando no creen en Zeus y pueden acudir, como comentamos en la primera parte de este libro, a evidencias que nos indican que no está allí. Ni el ferviente católico ni el fiel musulmán, ni el sentido judío ni el ateo ni el budista creen en Zeus, y muy probablemente por las mismas razones.

Pero al avanzar la complejidad del concepto de dios, la situación no mejora. Cierto, el teólogo bien experimentado en términos de retórica puede decir que no todos los dioses son iguales, que conceptualmente no es lo mismo el dios celta del trueno Taranis que el concepto de la deidad desarrollado por la teología cristiana. Pero lo único que está diciendo es que él, personalmente, encuentra buenas razones para pensar que su dios es verdadero, mejores que las que encuentra para creer en Taranis. Lo mismo pasaba con los antiguos romanos, que despreciaban las creencias celtas, convencidos de que su panteón pagano era el verdadero.

Los celtas no habrían estado de acuerdo. Consideraban sólidos sus motivos para creer en Taranis, y dudar de este dios sería visto como tontería, cuando menos.

El asunto, pues, es de matices, simplemente.

Sin discutir siquiera si el dios en el que cree el interlocutor es «el verdadero» —seguramente así lo cree—, puede entender que alguien vea a su dios —así sea erróneamente— como él ve a otros dioses, incluso a otros que son derivados de la misma tradición, como sus visiones en los monoteísmos.

La lista de dioses en los que no creemos es enorme. Solamente la enciclopedia de los dioses del periodista británico Michael Jordan^[37] anota a más de 2.500 dioses y hay algunos cientos más catalogados, pero algunos cálculos llevan la cifra a más de 13.000 dioses que se han adorado en un momento u otro, en un lugar u otro, a lo largo de toda la historia humana.

¿Por qué alguien opta por no creer en 12.999 —aceptemos la cifra provisionalmente— de esos dioses? No importa por qué sí cree en uno de ellos, lo importante es cómo justifica, explica o da razón de su no creencia, porque será, en gran

medida, la misma justificación, explicación o razón de la no creencia en «un dios menos que tú».

Y esa no creencia, finalmente, define al ateo tanto o más de lo que las religiones definen a sus creyentes. No sólo porque vivir sin dioses es fuente de conflictos sociales, porque la libre expresión del ateo sigue siendo un derecho de segunda categoría ante la libre expresión de los religionistas, sino porque vivir sin dioses tiene un significado emocional, moral y racional mucho más profundo.

Conclusión provisional

Los niños no cuentan con las herramientas necesarias para sobrevivir por ellos mismos.

Los niños humanos, como los de algunos otros animales, han ido experimentando una infancia proporcionalmente demasiado prolongada. El cachorro humano tarda más que otros mamíferos en madurar. Ese tiempo adicional ha evolucionado, según especulan algunos biólogos evolutivos, para permitir el desarrollo de un cerebro complejo, que no se podría desarrollar en el útero, porque entonces la cabeza del bebé sería mucho mayor y ya con el tamaño que tiene, el parto representa un riesgo elevadísimo si nos comparamos con otras especies.

El ser humano dispone de mucho tiempo para aprender y para desarrollarse física y psicológicamente antes de alcanzar la madurez social y sexual. Y además, de modo excepcional, solemos mantener rasgos infantiles o juveniles durante toda nuestra vida, como la capacidad lúdica, que la mayoría de los demás animales pierde con la edad. Los biólogos llaman a este proceso «neotenia».

Como humanidad, también parece que hemos vivido una infancia prolongada. Como niños, nuestra especie ha creído en la magia, en lo sobrenatural, en el significado profundo de las coincidencias. Se ha dado respuestas caprichosas a preguntas que parecían irresolubles y, también como niños y adolescentes, ha sobreestimado sus capacidades y el alcance de sus esfuerzos. Y ha creado personajes fantásticos en los que ha creído intensa y sinceramente, esperando tener alguna ayuda en la diaria lucha por vivir, sobrevivir y disfrutar la vida, por dura que fuera.

Pero el ser humano ha crecido. Ha descubierto, como los niños, qué tiene que hacer para que el mundo a su alrededor se comporte como él desea. No basta rezar, no basta querer, no basta pretender alterar mágicamente el transcurso de los acontecimientos. Hemos podido determinar con certeza más que razonable que vivimos en un universo real, material, natural y susceptible de ser conocido... y hemos ido conociéndolo y trabajando con él para hacer muchas cosas que las religiones nos prometieron: disminuir el dolor, prolongar nuestra existencia, conocer las estrellas, entender la materia, explorar el fenómeno de la vida y sus múltiples expresiones.

Quizá es hora de dejar la cuna.

Es hora de guardar en su sitio los cuentos de hadas de la niñez, sabiendo que podemos volver a ellos para divertirnos con sus historias, pero sin tener que creer en ellos, sin hadas, sin dragones, sin encantamientos. Porque no los necesitamos para volar... porque nunca nos han hecho volar, mientras que sí lo han conseguido los aviones, las alas delta, los parapentes, los ultraligeros... porque nunca nos han dado la vida eterna, pero sí hemos logrado alcanzar una vida más larga y más digna de ser vivida mediante los avances de la política, la medicina, la higiene y la convivencia... porque nunca nos ha dado el conocimiento, pero sí lo hemos conseguido cuestionando el universo con la ciencia.

Vivir sin dioses es mucho más que un ejercicio de racionalidad, es un ejercicio de libertad, de dignidad, de integridad y de calidez humana.

¿Cómo se vive sin dioses?

Sólo hablo por mí:

Vivir una vida en la que el concepto de «dios» no esté presente por no haber sido demostrada su existencia, una vida donde esa idea está ausente como lo están muchas ideas, como los unicornios rosados de Ganimedes, los dragones en las cocheras y otros entes imaginarios; no ocupar el tiempo en experimentar angustia por miedos sobrenaturales que no han demostrado tener bases, no darles crédito a los iluminados que afirman intermediar entre nosotros y las deidades cuya existencia no demuestran permite ver las falacias dañinas y esclavizadoras que caracterizan el pensamiento mágico e irracional, la mala intención de algunos negociantes del religionismo y de otras formas de la dominación espiritual, y comprender que el fatalismo religionista no es deseable como plan de vida porque nada indica que la vida del ser humano esté determinada de modo fatal y asumirlo es perder libertad.

Es ver que si nuestra vida fuera producto de un acto de voluntad de una deidad suprema, valdría poco o nada; podría ser eliminada, borrada hasta de la memoria colectiva... y luego recreada, duplicada, centuplicada o utilizada a capricho por su amo, que decidiría sin que uno pudiera siquiera opinar... la vida sería un juego de un creador, no una experiencia individual maravillosa. Y como todo indica que esa maravilla que es nuestra vida es producto de una serie de afortunadas casualidades irrepetibles en un cosmos asombroso, es fácil ver que no puede tomarse a la ligera ni encomendarse a ningún demiurgo, a ningún hermano mayor, a ningún padre transcósmico... que cada uno de nosotros es responsable de su vida y la de otros, que la felicidad que no produzcamos nosotros no será producida por nadie más, que el dolor que nosotros podemos causar sólo lo podemos evitar nosotros, y que no hay una segunda oportunidad de ser pleno y de crear sonrisas y buenos momentos.

Vivir sin dioses nos deja claro que las ideas de los «bienes supremos» como la justicia, la

solidaridad, el respeto, la libertad, los derechos y la dignidad son logros humanos, no inventos que se nos ofrecen ya acabados; que son valores que debemos hacer realidad nosotros en nuestras sociedades, ante las cuales sí tenemos que responder.

Vivir sin dioses es comprender que el bien debe hacerse no por miedo al castigo, no por disminuir nuestro dolor, no para pagarle a un ente omnicorrupto un soborno con el que nos permita acceder a una vida mejor, sino porque es lo correcto en esta vida singular por la memoria que dejamos en los demás, que es nuestro legado a nuestra descendencia y a nuestra especie.

Es la verdadera trascendencia. No la que se dice que ocurre en un espacio extrauniversal que nadie ha visto, sino la capacidad de ir más allá de nuestra vida y ser memorias.

El descubrimiento de la posibilidad de trascendencia, la fragilidad y la responsabilidad compartida, que son características de la vida, el hallazgo de lo que la hace valiosa y no una trivial creación caprichosa le da al ateo también otra dimensión acerca del esfuerzo que realiza el ser humano por comprender su universo por medio de la ciencia y la razón y le permite dimensionar el terrible daño que el miedo teísta ha provocado en el pasado... y el que provoca hoy, no para «condenar» a los que han torturado y torturan en nombre de dios, a los que han asesinado y asesinan en nombre de la «verdadera religión», a los que oprimen, odian, reprimen, persiguen, censuran, ofenden y agreden «porque se los dijo tal o cual dios», sino para colaborar, a su manera, en el esfuerzo por conseguir que, el día de mañana, esos daños puedan dejar de ser parte de la experiencia humana, que las creencias irracionales que cualquiera tenga derecho a sustentar no se conviertan en acciones despreciables, en negación de los derechos y libertades de nadie, en desesperación, dolor, privación y muerte.

Dado que no parece haber dioses, la vida no puede sino asombrarnos, porque podemos dotarla de significado por medio de nuestra razón y no de nuestro miedo, de nuestra libertad y no de nuestra sumisión, de nuestra creación y no del desciframiento de la creación de otro ser misterioso. Es posible descubrir que la vida puede tener un verdadero sentido, no el que ofrecen las religiones, sino el sentido que cada individuo, cada mujer y hombre pueda imbuirle. Tanto sentido y valor como cada quién desee. No despilfarrar esfuerzos preguntándole al vacío cuál sería el «sentido» que le habría adjudicado a la vida su supuesto demiurgo o tratar de desentrañar su voluntad, sino ocuparse plenamente en darle sentido a la existencia con su propia voluntad.

Podemos aprender así que el amor, la solidaridad, la nobleza y la cooperación son producto de un universo en evolución, no la gracia de un ser superior con modales de niño malcriado. Ver que todas nuestras emociones y todo cuanto las provoca y evoca son parte de una realidad material, natural y cognoscible directamente que, por tanto, nos pertenece. Que se pueden vivir esas emociones y esa realidad en toda su intensidad sin temores ni coacciones, y que se pueden crear libremente en uno mismo y en otro, porque la grandeza del conocimiento, del arte, de la cercanía humana es un logro humano, no moneda para la inspiración a cambio de adoración.

Vivir sin dioses convierte también el hecho inevitable de la muerte en el cierre de un ciclo y no en una forma de coacción para una segunda vida. Consolida la idea de que no se puede posponer la felicidad ni la bondad para otra vida, sino que cada ser humano se ve obligado a asumir plenamente esta vida como la única e irrepetible oportunidad que

tiene por un azar asombroso del universo, una oportunidad que ninguna fuerza puede cambiar ni prolongar ni reeditar, porque el universo no está sujeto a los caprichos de una voluntad similar a la humana, sino a sus propias leyes y equilibrios. Entonces, la lucha contra la muerte es mucho más firme y decidida, porque es realmente definitiva. Y la lucha contra el dolor es más urgente y valiosa, porque quien lo padece no encontrará la paz en los cielos, sino en los avances de la ciencia y la medicina.

Vivir sin dioses es ser libre, con todas las responsabilidades y posibilidades que ello implica. Y esa libertad plena, esa capacidad y reconocimiento de que se deben asumir las riendas del propio destino, es una amenaza para quienes viven del miedo, para los que detentan el poder y, por ello, ninguno de ellos se ha ocupado nunca de promoverla, de modo que se debe conquistar como se ha venido haciendo a lo largo de la historia humana. Una historia donde la razón lentamente ha avanzado contra la superstición, donde la justicia ha avanzado lentamente contra la injusticia, donde la libertad ha avanzado lentamente contra la esclavitud espiritual y física, y donde las víctimas del poder, es decir, las víctimas de las religiones organizadas, en gran medida, han avanzado lentamente contra sus victimarios.

Y vivir sin dioses permite, además, no tener miedo ante los que proclaman dioses, creencias, religiones, verdades sobrenaturales y entidades cósmicas, obligaciones presuntamente estipuladas por seres superiores y obediencias más o menos convenientes. No tener miedo implica poder pedir pruebas sólidas, contrastadas, independientemente verificadas, admisibles en tribunales o en ciencia, de la existencia de tales dioses. Y sostener que, sin tales pruebas, creer es rendir una parte fundamental de nuestra humanidad.

Nota al margen: El ateísmo militante

Decíamos al principio de este libro que decir «soy ateo» sin miedo es una característica de nuestra época y de ciertas sociedades, que hemos caracterizado como «culturas de la Ilustración», con pocos antecedentes a lo largo de la historia humana registrada, unos diez mil años.

Conforme, en los últimos doscientos años, ha ido aumentando la libertad de los ateos para decir que lo son y para argumentar no sólo respecto de la existencia de las deidades, sino de la justicia, razón, lógica y prácticas de las religiones, cada vez más de ellos lo han hecho. Han aprovechado los medios de comunicación, inéditos apenas a principios del siglo xx, para ejercer la osadía de hablar en voz alta y poner en tela de juicio las religiones que han gozado de una absoluta impunidad en sus respectivas sociedades. Son los ateos militantes los que pretenden que el ateísmo sea tenido en cuenta como visión válida y sólida de la realidad, y que las religiones retrocedan sobre todo en los terrenos donde resultan más perjudiciales para el ser humano.

En las últimas décadas, estas voces se han alzado como probablemente nunca se había hecho antes, sobre todo en las culturas de la Ilustración, cuyas condiciones, aún lejos de ser las mejores, han sido propicias para que tales militantes hablen de sus convicciones, y que no sean uno o dos personajes excepcionales, sino varios, una multitud creciente, principalmente en Estados Unidos y Gran Bretaña —y otros países de la mancomunidad británica—, que escriben libros, participan en documentales y en programas de televisión, y se expresen enérgicamente, con claridad y exigiendo respeto a su posición.

La presencia de tales militantes, lógicamente, ha llamado la atención de los medios. Sobre todo en el caso de los militantes del mundo anglosajón, que tienen una mayor repercusión que cualesquiera otros en tales medios. Y en el proceso los medios han creado una imagen imprecisa, distorsionada y en cierta medida deshonesto respecto a los ateos en el siglo xxi.

En 2006, el periodista Gary Wolf hizo un artículo en la revista *Wired* sobre el biólogo británico Richard Dawkins, el neurocientífico estadounidense Sam Harris y el filósofo también estadounidense Daniel Dennett, reconocidos como ateos militantes por sus libros y apariciones en los medios y, más aún, como críticos militantes de las religiones. En el artículo, Wolf llamaba a su posición el «Nuevo Ateísmo»... pese a que no se diferenciaba en nada del ateísmo de siempre. El nombre era un recurso retórico. Y era bueno. Tanto que se difundió como si se tratara realmente de algo novedoso.

En 2007, estos tres autores, junto con el periodista británico Christopher Hitchens, fallecido en 2011, participaron en una mesa redonda donde hablaron de religión y comentaron sus posiciones. Como estrategia mercadotécnica, el DVD de la reunión se tituló *Los cuatro jinetes del No-Apocalipsis*, en referencia a los cuatro jinetes del fin de los tiempos que describe Juan de Patmos precisamente en el Libro de las Revelaciones con el que concluye la Biblia.

Pero pese a su relevancia y presencia en los medios, incluso a su claridad de exposición y, en casos como el de Hitchens y Dawkins, de su valentía al hablar abiertamente de temas delicados incluso dentro de la religión —Hitchens sería uno de los primeros periodistas en profundizar en las acciones y prácticas de Teresa de Calcuta

y darlas a conocer, para enfado de la iglesia, en su libro *The Missionary Position*, por ejemplo —, ni son los únicos ni son líderes, gurús o dirigentes de ningún movimiento.

De hecho, es muy fácil identificar puntos en los cuales diverge el pensamiento de estos autores.

Lo cual, por otro lado, no es sino una buena señal de cordura.

La idea misma, extendida en algunos medios, de que la voz del ateísmo del siglo xxi está destilada y expresada en estos cuatro autores, o en otros pocos, o en alguna agrupación o asociación de ateos es, sin duda alguna, exagerada. Otros muchos, también en el mundo anglosajón, como los comediantes Bill Maher —que al menos en alguna ocasión ha expresado convicciones irracionales contra las vacunas— o el británico Ricky Gervais, el músico Tim Minchin, británico de origen australiano, o el dibujante y actor Seth MacFarlane, creador de la serie animada *Padre de familia* y productor de la secuela de la serie *Cosmos*, son gente de los medios de por sí y aprovechan su exposición al público para hacer su personal defensa de las libertades y el racionalismo. Algunos, como el astrofísico Neil deGrasse Tyson, presentador de *Cosmos*, se han incorporado a los medios desde su labor en la divulgación científica para tomar posiciones respecto de las creencias religiosas, sobre todo en Estados Unidos, donde la educación está bajo el ataque de los creacionistas y la política pública, bajo el embate de los negacionistas del cambio climático y de conspiranoicos diversos.

Antes de ellos hubo muchos otros comediantes conocidos en sus países, especialmente George Carlin, cuya defensa de la libre expresión lo llevó a ser procesado judicialmente en 1972 y cuyos videos siguen siendo visitados y subtitulados en plataformas sociales como YouTube.

Y todos ellos son hijos intelectuales y compañeros de otros que en su momento desafiaron los convencionalismos sociales, las tendencias religiosas y las presiones de sus sociedades en todo el mundo. Franceses como Simone de Beauvoir, Albert Camus, Denis Diderot, Sébastien Faure, Daniel

Guérin o Michel Onfray. Alemanes como Karl Marx, Ludwig Feuerbach, Bertolt Brecht, Arthur Schopenhauer o Friedrich Nietzsche. Británicos como Bertrand Russell, Thomas Henry Huxley, William Mcllroy, Douglas Adams o J. B. S. Haldane. Estadounidenses como Robert Ingersoll, Paul Kurtz, Isaac Asimov o Mark Twain. Hispanoparlantes como el mexicano Ignacio Ramírez, el Nigromante; la argentina Carmen Argibay o Pío Baroja. Y gente de otros orígenes, del canadiense James Randi a la etíope —ahora estadounidense— Ayaan Hirsi Ali o el chino Fang Zhouzi. Ni siquiera es imaginable hacer una lista exhaustiva de quienes se podría llamar «ateos militantes» en las artes, el pensamiento o la política. Ni de las asociaciones, grupos y colectivos que se autodefinen como ateos en los más diversos países y que, además de no creer en dioses, tienen sus propios objetivos, ideas y procedimientos de difusión que no los representan sino a ellos.

El ateísmo no es un movimiento. No puede serlo.

Ateísmo se define única y exclusivamente como no creer en dioses. Algunos ateos se pueden reunir para promover algunas ideas que comparten, sus argumentos sobre dios y las religiones, por ejemplo. Y en algunos países, hacer congresos, convenciones o asociaciones. Pero todo lo que puedan pensar más allá del ateísmo no forma un cuerpo doctrinal. Lo que está escrito en este libro, incluso, es una posición personal y no espera convertirse en un reglamento de cómo ser ateo. Simplemente decir que serlo es bueno.

El ateísmo no es una religión. Es, precisamente, lo opuesto a la religión, a sus métodos, procedimientos y bases de pensamiento. No tiene mandamientos, no tiene exigencias, ni rituales ni un paquete de obligaciones y posturas a asumir como parte del creer en dioses. No es un fenómeno colectivo, es profundamente personal. No hay, pese a la existencia de grupos, círculos, asociaciones o colectivos ateos, una «comunidad atea» homogénea a la que nadie tenga que rendirle cuentas.

Por eso se puede ser ateo de derechas o de izquierdas —aunque muchos ateos tienden a derivar hacia la izquierda del espectro político, y eso mismo se puede decir de un servidor —, ser conservador o progresista, rico o pobre, militarista o pacifista, prociencia y anticiencia. En casi cualquier variedad del pensamiento humano, de la variedad humana y de las posiciones sociopolíticas posibles, se podrá encontrar a gente que no cree en dioses, pero que no ejemplifica ni representa a ningún otro ateo.

El pensamiento racional suele asociarse al ateísmo, pero ciertamente puede haber ateos irracionales, gente que, pese a no creer en una deidad, mantiene otras creencias irracionales, como en la homeopatía u otras terapias «alternativas», la telepatía o la astrología. No es menos atea por ello. Puede ser tiránico o democrático, pro o antitecnología, buena persona o desagradable y abusivo... y nada de ello lo hace «mejor ateo» o «más ateo» o más o menos digno del nombre. El concepto mismo de «mejor ateo» carece de sentido. En todo caso, hay buenas y malas personas. Algunas son ateas.

De hecho, ser ateo no lo hace a uno mejor persona. Ni más inteligente ni superior a los creyentes. El ateísmo puede ser una señal en el camino que indique formas mejores y más morales de actuar en lo personal y en sociedad. Así como en el pasado se equivocaban quienes afirmaban que ser ateo era intrínsecamente perverso, se equivocan quienes creen que es intrínsecamente moral. Nada hace superior o mejor al ateo por el hecho de serlo.

Y ni siquiera la crítica de las religiones, a la que dedicamos buena parte de este libro, es consustancial al ateísmo. Hay ateos que departen alegremente en la mesa de los religionistas, que incluso creen en la importancia de la religión como factor regulador del comportamiento moral —sin atender a los argumentos que hemos repasado aquí— o que consideran que la religión y la razón pueden convivir. Y las ideas y formas de criticar, analizar o exhibir las religiones son tan distintas como las personas que lo hacen. Y tampoco son por ello menos ateos, ateos de segunda o ateos indignos.

Poder decir que uno es ateo y defender públicamente que no por ello es malévolo, que se puede ser una buena persona, moral, noble e idealista sin creer en dioses y religiones no quiere decir que uno *tenga* que hacerlo. Ni que tenga que debatir públicamente, defender sus ideas en tribunas y medios, ser un experto en religiones o en argumentación y retórica, ni ponerse en la mira de religionistas o *trolls* de Internet, entre los cuales suele haber mucha gente desagradable que nadie tiene por qué soportar si no quiere.

Richard Dawkins mismo ha escrito que «organizar a los ateos ha sido comparado a pastorear gatos, porque tienden a pensar independientemente y no aceptarán ninguna autoridad»[\[38\]](#), lo cual deja claro por qué la idea de un «movimiento ateo» homogéneo es poco sostenible. Y, a continuación, expresa su deseo de que más ateos hagan pública su falta de creencias:

Pero un buen primer paso sería construir una masa crítica de aquellos dispuestos «a salir», de paso estimulando a otros a hacerlo. Aún si no pueden ser pastoreados, los gatos en suficiente cantidad pueden hacer un montón de ruido y no pueden ser ignorados.[\[39\]](#)

Como Dawkins, hay ateos militantes que creen —y yo estaría de acuerdo con ellos— que es bueno para la sociedad que cada vez más ateos se pongan en pie y digan públicamente que lo son... siempre que puedan hacerlo sin poner en riesgo su vida, su salud, sus relaciones, su empleo u otras cosas que valoren.

Sería bueno, creemos entonces. Pero no es obligatorio ni es razonable esperar que otro lo haga.

Los militantes por un mundo sin dioses terribles hacen una labor importante, sea individualmente o en colectivos diversos, pero no representan a nadie más que a cada uno de ellos.

Una vida sin dioses puede asumir muchas formas. Yo, personalmente, entiendo el ateísmo como parte indisoluble del pensamiento racional y científico, y al mismo tiempo considero que las evidencias que han puesto en duda cada vez más respuestas de las que ofrecían las religiones también nos señalan que hay otras muchas creencias no religiosas del pasado, como el racismo, el sexismo, el derecho de los monarcas y el derecho al abuso del prójimo, que tampoco tienen bases, mientras que la evidencia nos muestra que nuestra evolución favorece las mejores características humanas: la inclusión, la solidaridad, la cooperación, el cuidado de los desvalidos. Pero también entiendo que no existe ni se puede esperar que exista uniformidad alguna, que muchos ateos no comparten mi punto de vista y que ninguno de nuestros puntos de vista contrapuestos o divergentes son representativos de nada más que de la riqueza del pensamiento humano.

Militar es una decisión personal, pues, independiente de la no creencia en ninguna deidad.

El ateísmo, en última instancia, es una afirmación de la libertad, de los derechos, de la dignidad humana, que debe comenzar forzosamente a nivel individual. Es una forma de no bajar los ojos ante el universo, sino de mirar de frente a la realidad y afirmar que podemos conocerla porque tenemos la misma esencia que todo cuanto nos rodea. Somos materia que ha evolucionado hasta convertirse en el universo que se cuestiona a sí mismo, que se conoce. Todos de los mismos átomos, de los mismos neutrones, protones y electrones. Todos sujetos a las mismas leyes y a las mismas limitaciones, con la única diferencia que nosotros somos materia capaz de cuestionar, capaz de imaginar, capaz de hacerse libre a sí misma.

Que no es poco.

Agradecimientos

Muchas gracias a Cristina Macía, por la lectura crítica del manuscrito y sus valiosas sugerencias que seguramente han sido beneficiosas para los lectores.

A todos los defensores de la religión y a los debates que han sostenido conmigo a lo largo de los últimos 47 años —más o menos— por haberme permitido consolidar y explicarme a mí mismo mejor mi visión respecto de las creencias religiosas.

A Bertrand Russell, que consiguió que el adolescente inquieto y ateo que fui en un mundo hostil no se sintiera del todo solitario y aislado.

A todos quienes han visto, comentado y difundido tanto mis blogs como, muy especialmente, la serie sobre religiones *El rey va desnudo*, y que me animaron a hacer este libro, que tan poco tiene que ver con los demás que he publicado antes.

A Marta, por el apoyo, el ánimo y la confianza. Y por todo lo demás también.

NOTAS

[1] Génesis 1, 27. Salvo indicación de lo contrario, las citas bíblicas utilizadas proceden de *El libro del pueblo de Dios*, traducción de la Biblia realizada en Argentina en 1990 y autorizada por el Vaticano, que la incluye en su página web.

[2] *Catecismo de la Iglesia católica*. Roma. Libreria Editrice Vaticana. 2005. Consultado vía internet en el sitio oficial del Vaticano (www.vatican.va).

[3] Se llama así porque su versión más conocida y temprana la expresó William of Occam (u Ockham), monje y filósofo británico medieval (c. 1287–1347) en su obra *Summa Totius Logicae*.

[4] Paul Raffaele, «In John They Trust», en *Smithsonian Magazine*, febrero de 2006. Vid. <http://www.smithsonianmag.com/people-places/in-john-they-trust-109294882/#EtsKbApk2Q9uJwOK.99>

[5] Martín Lutero. *Obras*. Vol. 16. Edición Erlangen. Págs. 142-148.

[6] Vid. Tomás de Aquino (Santo). *Suma de Teología*. Madrid. Biblioteca de autores cristianos. 4ª ed. 2001.

[7] León XIII. *Humanum genus. Encyclical of Pope Leo XIII. On Freemasonry*. Roma. 20 de abril de 1884. Párrafo 22.

[8] Martín Lutero. *Obras*. Vol. 22.

[9] Siddhartha Bandyopadhyay, Samrat Bhattacharya, Marianna Koli y Rudra Sensarma, «Acquisitive Crime, Sentencing and Detection: An Analysis of England and Wales», en *Discussion Papers*, 12-09, 2012. Vid. http://papers.ssrn.com/sol3/papers.cfm?abstract_id=2035639.

[10] *Catecismo de la Iglesia católica*. Tercera parte: La vida en Cristo. Segunda sección: Los diez mandamientos. Capítulo II: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo». Artículo IV: El cuarto mandamiento. Párrafo 2207.

[11] *Ibidem*. Párrafo 2244.

[12] *Ibidem*. Párrafo 2246.

[13] *Catecismo de la Iglesia católica*. Tercera parte: La vida en Cristo. Segunda sección: Los diez mandamientos. Capítulo II: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo». Artículo V: El quinto mandamiento. Párrafo 2293.

[14] *Catecismo de la Iglesia católica*. Tercera parte: La vida en Cristo. Primera sección: La vocación del hombre. La vida en el Espíritu. Capítulo I: La dignidad de la persona humana. Artículo III: La libertad del hombre. Párrafo 1740.

[15] DUDH. Artículo 18.

[16] *Ibidem*.

[17] *Ibidem*. Artículo 21, epígrafe 3.

[18] *Ibidem*. Artículo 25, epígrafe 2.

[19] Leonardo da Vinci. *Cuadernos de notas*. Madrid. Edimat Libros. 1999. Páginas 258-259.

[20] Josemaría Escrivá de Balaguer, «Penitencia», en *Camino*. Varias ediciones. Párrafo 227.

[21] *Ibidem*. Párrafo 213.

[22] *Ibidem*. Párrafo 232.

[23] Levítico 12, 2.

[24] *Ibídem.* 12, 4.

[25] *Ibídem.* 12, 5.

[26] *Ibídem.* 15,19.

[27] *Ibídem.* 15, 21.

[28] *Ibídem.* 27, 2-8.

[29] R. K. Jones, L. B. Finer y S. Singh. *Characteristics of U.S. Abortion Patients*. Nueva York. Guttmacher Institute. 2010.

[30] Juan Pablo II. *Carta encíclica Veritatis splendor del sumo pontífice Juan Pablo II a todos los obispos de la Iglesia católica sobre algunas cuestiones fundamentales de la enseñanza moral de la Iglesia*. Roma. 6 de agosto de 1993. Párrafo 47.

[31] Joseph Card. Ratzinger y Alberto Bovone. Congregación para la Doctrina de la Fe. *Carta a los obispos de la Iglesia católica sobre la atención pastoral a las personas homosexuales*. Roma. 1 de octubre de 1986. Párrafo 3.

[32] *Ibídem.*

[33] *Ibídem.* Párrafo 12.

[34] *Ibídem.* Párrafo 17.

[35] León XIII, «Males del divorcio», en *Carta encíclica Arcanum divinae sapientiae del sumo pontífice León XIII sobre la familia*, Roma, 10 de febrero de 1880. Párrafo 17.

[36] Pío XI. *Carta encíclica Casti connubii del papa Pío XI sobre el matrimonio cristiano*. Roma. 31 de diciembre de 1930. Párrafo 34.

[37] Vid. Michael Jordan. *Encyclopedia of Gods: Over 2,500 Deities of the World*. Nueva York. Facts on File. 1993.

[38] Richard Dawkins. *El espejismo de Dios*. Madrid. Espasa. 2007.

[39] *Ibíd.*